NILSA FERNANDES

PASAJEROS CON DESTINO



NILSA FERNANDES

PASAJEROS CON DESTINO

Hacia donde tus sueños te lleven

Sello: Independently published

Título: PASAJEROS CON DESTINO
Nilsa Fernandes © 2024

Cubierta: Rony Dhar
Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Quien me enseñó a soñar con los ojos abiertos. Tu recuerdo es la luz que guía mis pasos y tu amor, la fuerza que impulsa mi pluma. Este libro es para ti, para que sigas viviendo en cada palabra que escribo, para ti papá.

Con amor y eterna gratitud.

Contenido

Contenido
Introducción
Un sueño
Más que servir café
El primer pasajero
Una premonición cumplida
Vistas desde la cima
¿Destino o decisiones?
El tiempo lento
Gracias a la lluvia
La verdadera tormenta
El amor se disfrazó de miedo
La vida en dos maletas
Volver a volar
París
La carta
Agradecimientos
Biografía

Introducción

Cada vuelo es una historia, y cada historia tiene el poder de llevarnos más allá de lo que imaginamos. Así comienza el viaje de Valeria, una joven que ha aprendido a volar en más de un sentido. «Pasajeros con destino» no es solo un relato sobre la vida entre aeropuertos y cielos infinitos; es una travesía personal de introspección, resiliencia y redescubrimiento, donde la verdadera pregunta no es solo «¿a dónde vamos?», sino «¿por qué?».

Valeria, tripulante de cabina, ha escuchado cientos de veces la frase «Pasajeros con destino», pero con el tiempo, esas palabras cobraron un nuevo significado para ella. En cada terminal, mientras observaba el ir y venir de los viajeros, comenzó a cuestionarse no solo a dónde se dirigían las personas, sino cuál era su verdadero propósito en la vida. En ese constante movimiento, Valeria también comenzó a preguntarse si el rumbo que había elegido le daría lo que realmente anhelaba.

En esta historia, serás testigo de su fascinante trayecto, desde sus primeros vuelos como tripulante hasta los desafíos más oscuros que la vida le presentará. Tras la premonición cumplida de su padre, un trágico accidente aéreo que pone su mundo patas arriba, Valeria se encuentra en un abismo de incertidumbre, luchando por encontrar su rumbo entre la confusión y el dolor. Pero es en medio de esa tormenta cuando conoce a Andrés, un copiloto carismático que, con el tiempo, le muestra que el amor verdadero no siempre llega como un golpe repentino, sino que puede nacer de una conexión profunda, forjada con tiempo y comprensión.

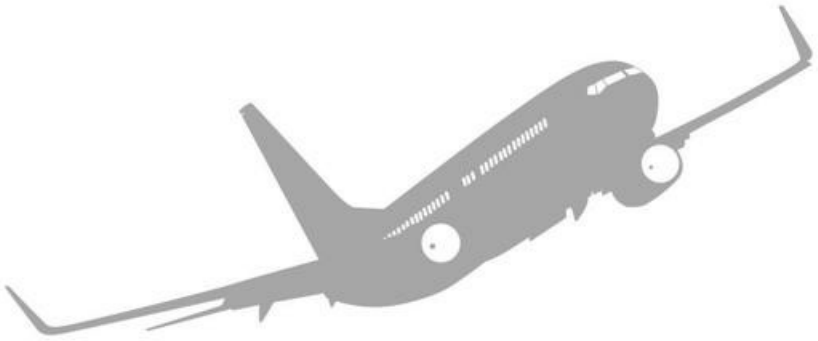
Esta es una novela de vuelo, pero también una exploración íntima de la vida. Con cada página, te sumergirás en la pasión de Valeria por la aviación, sus recuerdos de infancia, sus reflexiones sobre el tiempo y el amor incondicional, y su incansable búsqueda de un propósito. A medida que navega por sus recuerdos y enfrenta los retos que la vida le lanza, aprenderás que las dificultades no son más que turbulencias pasajeras, y que incluso los sueños más difíciles pueden encontrar una forma de resurgir.

Pasajeros con destino no es solo una novela; es una historia conmovedora e inspiradora que te invita a reflexionar sobre tus propios sueños y metas. Acompañarás a Valeria mientras reconstruye su vida más de una vez, y descubrirás que, a pesar de las tormentas, siempre hay una nueva oportunidad esperando, oportunidad que hace a través de sus decisiones. Este libro es un testimonio de la fuerza del espíritu humano, una oda a la resiliencia y al amor, que te hará sentir que tú también puedes encontrar tu verdadero destino, sin importar cuántas veces debas cambiar de rumbo.

Prepárate para despegar con Valeria en un viaje inolvidable lleno de emociones, lecciones y nuevos comienzos.

Gracias por embarcarte en este vuelo. ¡Bienvenido a bordo! Nilsa.

1



Un sueño

Era muy pequeña para recordar mi edad exacta, pero lo suficientemente grande para no olvidar las veces que me escapaba al balcón cada vez que mi madre dejaba la puerta abierta. Podía pasar horas allí, metiendo las piernas entre los barrotes y dejando que mis pies colgaran en el aire, sintiendo que estaba volando. El paisaje era perfecto para ver los aviones aproximándose a la pista. Vivíamos a pocos kilómetros del aeropuerto y tenía el privilegio de contar con el mejor mirador. Justo enfrente de mis ojos, veía cómo el tren de aterrizaje se desplegaba y le decía a mi mamá:

—¡Mira, mira, ya sacó las ruedas!

Nunca había montado en un avión ni los había tenido tan cerca. Mi madre me decía:

—¡Saluda, Valeria! Porque dentro hay personas saludando.

Yo sacaba la mano entre los barrotes y, con mi inocencia, saludaba cada vez que veía los aviones en la aproximación.

—¡Adiós, avión, adiós!

No era un aeropuerto muy concurrido, solo había horas pico en las que veía los aviones llegar uno tras otro, generalmente después de la escuela, casi al atardecer. Te puedes imaginar el juego de colores en el cielo: rosa, amarillo, naranja, gris, violeta. Las apariciones repentinas de los aviones con luces de colores en cada ala, buscando entre las nubes, ese ruido característico, y

verlo aparecer de repente era como un acto de magia.

Mucho tiempo después, quizás tendría nueve años, mi padre tuvo que hacer un viaje a Caracas. En ese entonces vivíamos en Ciudad Bolívar. No recuerdo la razón del viaje, pero dos cosas quedaron en mi mente para siempre. Mi primer viaje en avión. El vuelo duraba alrededor de una hora y el primer recuerdo que tengo es lo que veía por la ventanilla: la sensación de volar sobre las nubes en todo su esplendor, con densidades diferentes, ninguna igual a otra. Tenía la sensación de que las nubes eran las que se movían rápido y no el avión, dejaban espacios despejados entre ellas que permitían ver los verdes valles, pueblos enteros con calles miniatura, ríos que parecían líneas trazadas con pinturas sobre un lienzo… Desde ese momento, desee querer ver el mundo desde arriba siempre, no hay más explicación que sentir todo eso.

La segunda cosa que recuerdo fue durante el desembarque. Vi una puerta abrirse y detrás de ella había un montón de relojes, luces, botones y palancas. Quedé paralizada admirando todo eso. Había dos hombres dentro y uno de ellos, viendo mi cara de asombro, me extendió su mano, invitándome a entrar. Miré a mi padre, que estaba justo detrás de mí, y me dijo:

—Anda, ve. —Animándome a dar el primer paso.

Entré a ese lugar con un poco de miedo porque nunca había visto algo así. Se escuchaban voces que salían por algunos altavoces, ruidos, luces titilando, y todo tipo de relojes, bueno, eso parecían, relojes. Era la cabina de vuelo y ellos, los pilotos, hacían que el avión volara. Solo me hice una pregunta: ¿Cómo hacen ellos para hacer volar esto? Después de ese viaje, no sé si vi la tierra pequeña desde arriba, o yo me volví más grande, porque despertó en mí una pasión.

Ese día no recuerdo más nada. De hecho, esa fue la última vez que me monté en un avión, hasta que me convertí en tripulante de cabina de pasajeros (TCP), que es lo mismo que auxiliar de vuelo, sobrecargo, azafata de vuelo, o como en mi país, Venezuela, le decimos: Aeromoza.

Antes de convertirme en TCP, pasaron muchos años desde aquel primer vuelo. También pasaron muchas cosas: crecí y dejé de ser una niña. Tenía mis gustos y aficiones, y estaba en la edad de decidir qué hacer con mi vida, esa etapa crucial donde estás a punto de graduarte del bachillerato y empezar la universidad. La verdad es que no tenía inspiración para estudiar algo que realmente me apasionara; estaba indecisa, confundida y abrumada. Los profesores nos hacían sentir presionados a mis compañeros de clase y a mí, pues estábamos a punto de presentar las pruebas para entrar a la universidad, las famosas pruebas de aptitud académica, conocidas en otros lugares como la selectividad.

Mis compañeros parecían tener sus vidas planificadas, algunos querían ser médicos, otros ingenieros, abogados. Yo, en cambio, solo sabía que quería volar, pero no sabía cómo convertir ese deseo en una realidad tangible. Fue un periodo de muchas preguntas y pocas respuestas, un momento de búsqueda interna y externa.

Teníamos que elegir al menos tres opciones y, dependiendo de la puntuación de esa prueba, podríamos optar por un cupo en una universidad reconocida. A mí no me llamaba la atención ninguna carrera del listado que había. Mi madre me sugería estudiar educación, mi padre me veía como abogada, la vecina insistía en que fuera médico, y cada uno daba su opinión. Recuerdo esta etapa estresante como si de esa decisión dependiera mi vida entera, como si estuviera condenada a hacer lo que eligiera hasta viejita.

Un día, en el patio del colegio, ya era la hora de la salida. Estaba charlando con mis compañeras cuando, de repente, vi a un niño pequeño que salió corriendo, gritando de emoción como si hubiera visto algo maravilloso. Al otro lado, había una joven muy elegante. Usaba tacones altos, chaqueta azul oscuro, falda con medias y una bufanda que resaltaba tanto como su peinado recogido. Superarreglada, caminaba sigilosamente para pasar desapercibida, pero todos

la miraban. Mientras la observaba, veía su maquillaje perfecto y su manera de hablar; transmitía simpatía mezclada con elegancia. Incluso llegué a oler su perfume, era como ver a una modelo de revistas en vivo y en directo. Abrazó a aquel niño como si no se hubiesen visto desde hacía mucho tiempo; se notaba lo emocionados que estaban.

Una de mis compañeras dijo:

—Es la madre, ella es aeromoza y rara vez viene a buscarlo. Por eso ha pegado ese grito de alegría, pobre niño, quién sabe desde cuándo no ve a su mamá.

Otra compañera añadió:

—Debe ser divertido. Yo veo a mi mamá todos los días y no salto de emoción así al verla. Estaría bien sentir eso también.

Me quedé intrigada, quería saber qué hacía ella, en qué trabajaba. Fue entonces cuando me enteré por mis amigas que era aeromoza, una asistente de vuelo, las que trabajan en los aviones.

—¿Aviones? —me dije. De repente, miles de recuerdos inundaron mi mente: las veces que me asomaba al balcón de pequeña, aquel viaje con mi papá, todas esas sensaciones.

—Quiero estudiar para ser aeromoza, lo tengo decidido. Eso es lo que quiero ser —dije con determinación, como si ya hubiese resuelto mis problemas.

Mis compañeras soltaron carcajadas y, con un gesto burlón, me decían:

—Valeria, no seas ilusa, eso no se estudia. Además, no está como carrera universitaria. Ellas solo sirven café y comida, ven cómo entras y sales del avión y ya está. No hace falta estudiar, lo puede hacer cualquiera.

Escuchar eso fue como si me machacaran los sentimientos. No era solo servir café, no era solo trabajar de aeromoza, era estar en los aviones, volver a sentir esa sensación de volar, una mezcla de emociones que vinieron a mí, atravesar el mundo en cuestión de horas, conocer lugares, vivir cada día distinto. Pero les creí. Si eso no se estudia, no podría dedicarme a ello. Mis padres no me lo permitirían. Siempre había escuchado: «Hija, estudia, es lo más importante que tienes en la vida». O «haz lo que yo no pude hacer, estudia en la universidad». Busqué en la lista de las universidades y no encontré nada que dijera «carrera de aeromoza», «azafata» o algo por el estilo. En ese momento, no sabía que su nombre correcto era tripulante de cabina de pasajeros. Pregunté a los profesores y uno solo me supo responder:

—Eso no es una carrera universitaria, por eso no está.

Así que, frente a la lista de carreras, tuve que decidir entre tres opciones, aunque ninguna despertaba mi verdadera curiosidad. La primera opción: Licenciatura en Educación. Pensaba que era una carrera versátil; después de todo, siempre hay un educador detrás de cada profesión. Segunda opción: Derecho, cediendo un poco a las insistencias de mi padre. Y tercera opción: Medicina. No estaría mal, ya que me gustaban la biología y la química. De las tres, Medicina era la que más me atraía, pero necesitaba una buena calificación para entrar en la universidad, ya que la demanda era alta y los cupos limitados.

El día de la prueba más esperada de toda mi vida académica finalmente llegó, pero en mi mente y mi corazón ya sabía lo que realmente deseaba. Todo en mí se paralizaba cuando escuchaba el sonido lejano de los aviones surcando el cielo. Miraba hacia arriba, siguiendo ese sonido hasta encontrarlo. Todavía lo hago. Amo ver el cielo lleno de estelas de las nubes que dejan, como si estuvieran dibujando sobre un lienzo azul. Un amanecer así es alucinante, con el azul del cielo combinado con los colores rojizos del sol naciente, creando un escenario increíblemente bello.

El tiempo pasó y llegó mi primer día en la universidad. Había sido aceptada para la carrera de Educación. No podía quejarme; estaba ilusionada por haber conseguido un lugar en una de las

mejores universidades del país. Lo que me mantenía motivada era el ambiente de la ciudad universitaria. En mis horas libres, me apuntaba a proyectos y encuentros estudiantiles muy divertidos. Algunos se dedicaban al intercambio de idiomas y otros a la exploración de conocimientos de otras carreras. Me colaba en clases abiertas de otras disciplinas para experimentar qué se sentía ser médico por un día. Recuerdo que me fascinaba el museo de anatomía de la escuela de medicina, con sus cuerpos humanos disecados de mil maneras. En la facultad de ingeniería, se organizaban fiestas estudiantiles a las que pocas veces asistía por falta de tiempo.

Mientras estudiaba, trabajaba a medio tiempo en un *call center* de una compañía telefónica. Atendía llamadas de todo tipo, desde personas con averías en sus teléfonos hasta emergencias 911. Pero las llamadas que más disfrutaba eran de personas que viajaban en avión, solicitando activar el *roaming* internacional. Creo que eran los clientes menos estresados, en comparación con aquellos que llamaban para reclamar sus derechos.

Los primeros días de adaptación, entre estudios y trabajo, fueron muy interesantes. Empezaba una carrera que duraría cinco años, pero casi tres años después, sentía que me estaba acostumbrando. Creo que padecía una especie de «rutinitis aguda» —una palabra inventada por mí para describir la monotonía—. Llegó un momento en que no me sentía cómoda con la rutina. Sentía apatía, como si estuviera estancada, atrapada en un círculo vicioso. Había materias en la universidad que me aburrían tanto que me quedaba dormida en clase. Llegaba al trabajo y a la universidad en piloto automático, y luego a casa a estudiar, día tras día. No era una carrera que me gustara y, aunque me esforzaba por aprender, muchas veces las horas de estudio se hacían eternas. Tenía la sensación de no querer estudiar más, de no querer ir más a la universidad. Intenté cambiar de carrera, pero no tenía los créditos necesarios. Pensé una y mil veces: «Esto no es para mí, esto no es para mí». Sentía que algo en mí estaba muriendo; la ilusión se desvanecía con cada hora, cada día, cada momento que pasaba.

Un día me encontraba hablando con alguien de la universidad, un compañero mucho mayor que yo, ya con muchas canas asomándose, me comentó que estudiar esta carrera era lo mejor que le había pasado. Se había dedicado a ser maestro toda su vida en una escuela rural y, ahora que estaba cerca de jubilarse, la escuela donde impartía clases le exigía un título universitario, una licenciatura. Me contó que en su época no había carreras universitarias; aprendías de otros maestros y mentores, y con la práctica llegabas a ser como ellos, tenía un certificado que obtuvo como maestro, pero nunca estudió en la universidad para obtener la licenciatura.

Me quedé asombrada y le pregunté cómo es que aún le seguía gustando tanto ese trabajo. ¿Qué había encontrado en esta profesión para que le encantara tanto? Quizás estaba buscando en su historia algo que encendiera en mí la chispa que se estaba apagando. Él me contó:

—El simple hecho de que los días se pasen rápido haciendo algo que te apasiona es una señal. Cuando te gusta algo, no miras el reloj, no miras el tiempo pasar, no piensas en irte cuando apenas acabas de llegar. Estás pensando en tus proyectos constantemente, quieres ser mejor cada día. Nada te distrae, te sientes enfocado e ilusionado y te sorprendes con cada cosa que vives en tu día a día. Por eso, me he propuesto volver a estudiar a mi edad. No me importa lo que diga la gente, si piensan que estoy muy mayor o que no vale la pena. Me da igual lo que piensen. Para mí, lo único tarde sería, en mi lecho de muerte, hacerme la terrible pregunta de: «Si tanto quise, ¿por qué no lo hice?».

Seguía hablándome con tanta sabiduría:

—Valeria, tengo sesenta y tres años, estoy a dos de jubilarme y voy a la universidad como tú, que me imagino tendrás unos veinte años. No me siento avergonzado de parecer el abuelo de la

clase, lo haría las veces que hiciera falta. No te olvides que Moisés dirigió el éxodo a los ochenta años y Rubinstein interpretaba como nadie a Chopin a los noventa, solo por citarte dos casos conocidos. Siempre mantén tu mente ilusionada. Hay que aprender algo nuevo, enamorarse de los proyectos, vivir sin perder la ilusión. Puedes empezar de cero muchas veces, pero recuerda que el tiempo es tiempo, y este instante que estoy aquí contigo no volverá jamás, y con ese tiempo hay que hacer lo que más te gusta siempre.

Quedé sorprendida con su historia, con la forma en que lo explicaba, con la emoción que transmitía. «Lo que daría yo por sentir algo así», pensé. Pero estaba perdida, sin rumbo. Hasta que se me ocurrió que trabajando en una escuela podría despertar esa pasión. Me lo propuse y lo conseguí.

A las pocas semanas de esa conversación, conseguí trabajar por las tardes dando clases a niños de ocho años, cubriendo la suplencia de una profesora en reposo por embarazo. Intentaba sentir la pasión que mi compañero de universidad transmitía, pero experimenté todo lo contrario: las horas pasaban lentamente, quería irme apenas llegaba y mirar el reloj se convirtió en un hábito constante. No solo tenía que trabajar en la escuela, también debía preparar y planificar en casa todas las clases, además de las horas de estudio de la universidad. Aunque me encantaban los niños, llegó un punto en que ya ni los quería ver. Cada uno tenía su personalidad: unos adoraban mis clases y otros me ignoraban, me hacían la guerra intentando interrumpir las clases, imagino que es porque extrañaban a su maestra ausente.

Con el tiempo logré ganarme la confianza de la mayoría. Duré tres meses como su maestra suplente, y justo cuando pensé que me estaba gustando todo este tema de la enseñanza, finalizó el año escolar y al mismo tiempo mi contrato. Recuerdo que, en la fiesta de fin de curso, muchos niños me regalaron cartas con dibujos y chocolates, con notas de despedida y agradecimientos. Pero una niña me regaló algo inesperado. Tenía en sus manos una caja de cartón pintada a mano y, dentro, envuelta en telas, había una taza de cerámica blanca, con unos pajaritos pintados a mano y una frase que decía: «Sonríe, que la vida vuela».

Esa pequeña niña no se imagina que ese regalo me cambió la vida. Llegó a lo más profundo de mi corazón y me llevó a tomar una decisión. Lo tomé como una señal del destino, como si la misma vida me quisiera decir: «Date prisa y ve a luchar por lo que quieres, empieza ya, no pierdas el tiempo, prepárate, estudia, lucha, porque así es la única manera de ver las oportunidades, lucha por tus sueños Valeria. Vuela».

2



Más que servir café

A veces, el universo tiene una extraña manera de enseñarte lecciones y llevarte por caminos inesperados. Cuando un sueño se desvanece, uno mejor puede estar en camino, o puede suceder algo que nunca imaginaste. La clave, al menos para mí, es no rendirse. No te rindas hasta el último aliento, porque la vida está llena de desafíos, pero también puede ofrecer cosas increíbles.

Ese día, algo dentro de mí despertó. Estaba junto a mi padre, un hombre que encarnaba la perseverancia y el trabajo duro, como tantos otros portugueses que emigraron a Venezuela en busca de un futuro mejor. Lo veía cada día entregarse a su labor con una disciplina admirable, desde la primera luz del alba hasta el último suspiro de la noche. Era puntual en cada tarea, justo en cada gesto, un ejemplo vivo de constancia y dedicación. Mi padre llegó a Venezuela con apenas diecinueve años. Como cientos de inmigrantes, huía de la guerra, escapando de un gobierno que los perseguía para que fueran a combatir a tierras lejanas. Siendo un hombre de paz, él decidió huir como muchos otros.

Mi niñez con él fue maravillosa y fugaz. Siempre anhelaba su presencia, pero él siempre estaba ocupado, trabajando largas horas y muchos días. Cuando mis padres se divorciaron, apenas tenía doce años. Menos lo veía, y como toda niña que pasa por esta situación, divagaba entre dos casas y dos ciudades, un cumpleaños con papá y el año siguiente con mamá. Bueno, era lo que había.

Apenas me gradué del bachillerato, por circunstancias de la vida, decidí vivir definitivamente con mi padre, ya que la universidad en la que había sido seleccionada quedaba en Caracas, la capital. Un día, mientras conversaba con él sobre mi incertidumbre en la universidad, la falta de motivación que me embargaba y las tentaciones de abandonar todo para buscar algo nuevo, mi padre me aconsejó: «Valeria, hija, no dejes la universidad. Ya has llegado a la mitad. Si

empiezas algo, termínalo, no lo dejes a medias. Cuando termines, prueba con otra cosa que puedas acompañar. Además, estudiar educación es una carrera compatible con otras profesiones. No lo dejes, continúa estudiando. No vayas a desperdiciar el tiempo buscando otras opciones que también podrían no satisfacerte». No sé cómo hacía, pero él siempre me convencía.

A lo largo del tiempo, mi padre me había ofrecido trabajar con él en su tienda en varias ocasiones. Mi alma indecisa a veces aceptaba y otras veces rechazaba.

Siempre me he considerado un alma rebelde ante las rutinas, resistente a la idea de hacer lo mismo día tras día. Quizás se deba a que en mi infancia siempre fui creativa, disfrutaba estar en la calle, jugando con los vecinos, a la pelota, montando en bici, aunque también estuvo marcada por constantes cambios: mudanzas, cambios de escuela... Pero siempre vi cada cambio como una oportunidad para algo nuevo. Aunque a veces, admito, fue difícil dejar atrás lo que me era familiar.

Trabajar en la tienda de mi padre significaba sumergirme en una rutina diaria, algo que no necesariamente veía como negativo, pero sabía que no era para mí. Admiraba a quienes encontraban confort y maestría en su rutina diaria, pero yo sentía que era diferente. Sentía que permanecer demasiado tiempo en un solo lugar eventualmente me llevaría a buscar algo distinto. Por eso, a veces pienso que en la vida hay dos tipos de personas: los que aman las rutinas y los que disfrutan salir de ellas.

Esa misma tarde, decidí callar mis pensamientos leyendo el periódico del día. A los pocos minutos, mis ojos se detuvieron en un anuncio que parecía destinado a mí: «¿Quieres vivir cada día diferente? ¿Te apasionan los aviones? Inscríbete en nuestro próximo curso para Tripulantes de Cabina». Era como si el destino me susurrara al oído.

La emoción me invadió al instante y no pude contenerme. Le comenté entusiasmada a mi padre: «Quiero ser tripulante de cabina». Sin embargo, su reacción fue reservada. Miró el anuncio en silencio por unos momentos y luego, con voz reflexiva, me advirtió sobre los desafíos y las dificultades del trabajo en un avión. «Es un trabajo con horarios muy difíciles, tendrás que trabajar incluso en Navidad, a horas absurdas que te dejarán con un cansancio anormal. Los aviones de este país no parecen seguros; duplican tu edad y cada dos por tres hay noticias de accidentes y problemas en los vuelos. Además, tendrías que aprender idiomas y creo que el inglés no lo dominas bien…» Y su discurso se extendía aún más, tanto que sus palabras sembraron dudas en mi mente. Algo en mí se desvaneció. Quería creerle, me preguntaba muchas veces: ¿Tendrá razón? Pero también me preguntaba: ¿Y si no la tiene?

¿Sería capaz de enfrentar los retos que conllevaba este trabajo? ¿Estaría realmente hecha para ello? Al mismo tiempo, una chispa de esperanza seguía ardiendo en mi interior. ¿Y si esta era mi verdadera vocación, mi oportunidad de vivir cada día de manera diferente?

Decidida a explorar esta nueva posibilidad, tomé el trozo de periódico y lo guardé en mi bolsillo. En casa, realicé una exhaustiva investigación en internet sobre el mundo de los Tripulantes de Cabina.

Me sorprendí al descubrir la variedad de escuelas que ofrecían cursos de formación. Entre todas las opciones, elegí la que mejor se adaptaba a mi complicada agenda. En ese momento, después que terminó la suplencia en la escuela, había vuelto a mi antiguo trabajo de domingo a viernes en un *call center* por las mañanas y asistía a la universidad por las tardes, quedándome solo los sábados libres. La escuela de T.C.P. ofrecía dos opciones de horario: la primera, asistir de lunes a viernes y completar el curso en seis meses; la segunda, asistir solo los sábados y terminar en dieciocho.

Recuerdo esos tres días de indecisión, debatiendo entre dos caminos distintos. Si optaba por la

opción uno, tendría que detener por completo mis estudios universitarios y dejar mi trabajo, lo que me obligaría a solicitar ayuda económica a mi padre para costear el curso. Sin embargo, los pensamientos inundaban mi mente: «El curso es demasiado caro, ¿cómo voy a costearlo? No tengo suficientes ahorros y no puedo abandonar la universidad por esto».

La opción dos, en cambio, me permitiría continuar con mis estudios de la universidad y trabajar para costear el curso gradualmente, asistiendo únicamente los sábados. No tendría que renunciar a nada ni depender económicamente de nadie. Aunque el tiempo necesario sería mucho mayor, con mis veintiún años sentía que el mundo estaba a mi alcance. Así que decidí tomar el camino más largo, la opción dos.

Pasaron unas semanas y ya había tomado mi decisión. Incluso había pagado la inscripción y estaba esperando ansiosamente el inicio del curso, con el uniforme y el material en camino. Solo me quedaba una cosa por hacer: contarle a mi padre, pero me faltó valor para hacerlo.

Era julio de 2005 cuando empecé el curso. Recuerdo que antes de salir de casa, mi padre me vio por primera vez vestida con el uniforme de la escuela: una camisa beige con falda azul marino, del mismo color de las medias y la bufanda. Usaba tacones, tenía el pelo recogido y un poco de maquillaje. La escuela intentaba que ya uno se metiera en el papel de azafata desde el primer día. Sin dudarlo, me preguntó a dónde iba vestida así, porque no era común verme de esa manera. Le comenté que iba a hacer el curso de TCP. Él solo movió la cabeza de un lado a otro, haciendo la señal de «no me lo puedo creer». No dijo nada, pero su mirada fue negativa para mí; parecía no estar muy contento.

Sin embargo, sentí que había tomado una decisión que me pertenecía, y esa certeza me dio la fuerza para seguir adelante. El camino estaba lleno de incertidumbres, pero también de posibilidades. Era el comienzo de una nueva aventura.

Los dos primeros meses de haber empezado el curso fueron un desafío monumental. Para mi mala suerte, hubo muchos accidentes de aviones que llenaron los titulares. En agosto de 2005, el vuelo 358 de Air France se salió de la pista, cayendo por un barranco; el vuelo 522 de Helios Airways chocó cerca de las montañas de Chipre después de que los tripulantes sufrieran hipoxia por pérdida de presurización de la cabina; el vuelo 204 de Tans Perú se estrelló cerca de una ciudad peruana. Incluso en mi país, Venezuela, el accidente del vuelo 708 de West Caribbean en el Estado Zulia mató a ciento sesenta personas y tuvo una gran proyección mediática. Las noticias solo hablaban de eso: de la búsqueda de las cajas negras, de las víctimas, de las investigaciones. Nada alentador para alguien que había decidido dedicarse a volar y trabajar en los aviones.

Fueron incontables las veces que llegaba a casa por las noches y mi padre, señalando la televisión, me decía: «Ves, otro accidente de avión, y tú aún quieres meterte en eso». Empezar así fue, sin duda, como nadar contra la corriente.

Mi primer día de clases fue toda una revelación. Los tripulantes de cabina no solo sirven café, como me decía la gente. Nos dieron el pensum de estudio, y las materias a cursar eran diversas y complejas: aerodinámica, meteorología, medicina aeronáutica, terminología, factores humanos, emergencias a bordo, defensa personal, supervivencia en tierra y agua, equipos de emergencias, servicio a bordo, extinción de incendios, interferencia ilícita, entre otras.

Básicamente, el 90% de las clases consistía en hablar de temas «terroríficos», en aprender sobre todas las peores cosas que podían pasar y que ya habían sucedido. Aprendíamos de los errores de la aviación, relacionados con accidentes e incidentes, y cómo actuar ante ellos. Por ejemplo, en caso de un fuego en la cabina, en el horno, en un equipaje, en el lavabo, en un compartimento, en un pasajero, etc. También aprendíamos cómo actuar en caso de un pasajero

con algún problema médico, como infartos, cómo atender un parto, cómo ayudar a las personas con miedo a volar o con claustrofobia, entre miles de situaciones urgentes que pueden ocurrir no solo a los pasajeros, sino también a la tripulación, como en el caso de que los pilotos estén incapacitados para volar. Miles de protocolos y cientos de procedimientos ponían a prueba nuestro coraje y valentía.

Cada clase era una lección sobre la importancia de estar preparados para lo inesperado. Era un recordatorio constante de que la vida en el aire exigía no solo conocimiento técnico, sino también una fortaleza mental y emocional inquebrantable.

Recuerdo que algunas materias me dejaban con una sensación de angustia. Nos mostraban vídeos de casos del programa de investigación de accidentes aéreos llamado *Mayday: Catástrofes Aéreas*. El profesor nos decía que, en la aviación, lamentablemente, los graves errores se pagaban con sangre o cárcel. Estos casos reales, recreados en documentales, eran de los que había que aprender para no volver a cometerlos. De ahí venían tantos protocolos de seguridad que la mayoría de los viajeros no entendían. De ahí venían las puertas blindadas en la cabina de los pilotos, la obligatoriedad de subir las persianas de las ventanillas en los momentos de aterrizaje y despegue, la prohibición de fumar a bordo, la revisión exhaustiva en los aeropuertos, la prohibición de líquidos en ciertas cantidades, y más. (Esto daría para escribir otro libro, pero mejor continuamos con la historia).

Hubo tantos atentados contra la seguridad que las normas y las leyes cambian constantemente. Los tripulantes contratados deben recibir cursos de actualización y de recordatorio una o dos veces al año.

Nunca pensé que ser tripulante de cabina sería tan complicado. Estudiaba más que en la universidad. Recuerdo más de una vez salir de clases con miedo, solo para encontrarme con mi papá en casa, diciéndome que en las noticias otro avión había tenido un accidente. Por un momento, pensé que estaba entendiendo por qué él no quería que volara: daba miedo, mucho miedo.

A pesar de todo eso, continué avanzando. Con un montón de meses por delante, mi rutina era agotadora: trabajo, universidad y el curso. Solo deseaba que llegara el día de presentar la prueba ante el INAC (Instituto Nacional de Aeronáutica Civil) para obtener la licencia. Recuerdo momentos duros, con pocas horas para dormir. Muchas veces me negaba a salir con mis amigas o con la familia. Me sentía solitaria, a veces agobiada y estresada en la época de exámenes.

Mi padre, aunque me veía con mi uniforme todos los sábados —falda, medias, bufanda y tacones—, no me preguntaba cómo me iba. No quería saber nada. Cuando le hablaba del tema de vez en cuando, sobre alguna anécdota de clases o algo que había aprendido, él no respondía. Intentaba interesarlo, pero no recibía nada. Su silencio era suficiente para saber que esto no le hacía gracia.

Pasó el tiempo, no tan rápido como te lo estoy contando, pero pasó. Dieciocho meses después, ya estábamos en 2007. El día de la graduación llegó. No pudieron estar nuestras familias; era algo muy íntimo entre los compañeros y la escuela.

Estaba llena de felicidad. Había culminado una meta, me había enamorado de la aviación. Sentía que ser TCP no era solo viajar por el mundo, usar uniformes bonitos, conocer muchas personas y aprender protocolos de excelencia para el servicio a bordo en la *first class*. Ser tripulante nos convertía, en cierto modo, en casi superhéroes, un poco policías, un poco bomberos, un poco enfermeros, un poco psicólogos. Éramos los ojos de los pilotos en la cabina de pasajeros.

Pese a los desafíos y las dudas, cada paso que daba me convencía de que había encontrado mi

verdadero camino. La aviación no era solo un trabajo; era una pasión que me había transformado y me enseñaba cada día el valor de la perseverancia y la valentía.

Ese día de la graduación lo viví con mucha nostalgia. En ese curso había conocido a muy buenos amigos, personas con quienes mantengo contacto hasta hoy. Sabía que ya no los vería con tanta frecuencia, que cada uno tomaría un rumbo diferente y que podríamos encontrarnos en el aeropuerto o, quizás, nunca más.

Días después de la certificación, obtuve la licencia y se la mostré a mi papá, buscando su aprobación. Sin embargo, no reaccionó en absoluto. En ese momento, decidí no contarle nada más; ya no me sentía cómoda compartiendo mis logros con él. Con la licencia en mano, empecé a buscar trabajo en las aerolíneas, mientras continuaba mis estudios universitarios y mi empleo en el *call center*, ajustando mis horarios para asistir a las entrevistas.

Un mes después de obtener la licencia, recibí la llamada de mi primera aerolínea. Era la mejor compañía a la que podría haber aspirado, según mi opinión. Esta aerolínea realizaba vuelos nacionales e internacionales a Europa. Mi sueño era volar en un avión de larga distancia que cruzara el océano Atlántico sin descanso, de esos con dos pasillos, muchas puertas y cientos de pasajeros. Sin embargo, como novata tenía que comenzar con los aviones más pequeños de la compañía, solos los empleados más antiguos hacían vuelos a Europa.

Empecé con el famoso ATR42-300, un avión de hélice modesto que apenas tenía capacidad de llevar a cuarenta y ocho pasajeros a bordo y era tripulado por un TCP y dos pilotos. Antes de comenzar a volar como tripulante, tendría que hacer un curso de habilitación para los modelos de avión Boeing 757-200 y el ATR 42. Recuerdo que era un curso muy exigente. Éramos unas veinte personas aproximadamente, los elegidos, aunque aún no estábamos contratados por la compañía. Para ser contratados, deberíamos pasar todas las pruebas teóricas y prácticas, en agua, tierra y vuelo.

El curso duraba un mes, de lunes a sábado, desde las 9:00 hasta las 18:00 horas. No tuve otra opción que renunciar a mi trabajo en el *call center* y pausar mis estudios universitarios hasta lograr una estabilidad horaria que me permitiera continuar. No le comenté esto a mi padre; obvio no quería otra discusión sobre dejar la universidad, etc.

Muchas veces llegaba a casa cansada, pero repasaba lo aprendido: protocolos propios de la compañía, normas y manuales, para volver a empezar al día siguiente. Debíamos asistir a clases vestidos con traje formal de chaqueta, nada de jeans ni zapatos deportivos, bien peinadas, excepto los días de prácticas como las visitas al avión, las prácticas de extinción de fuego y los días de prácticas en el agua, conocido como *Ditching*[1].

Después de una semana de ver mi cambio de rutina, mi padre notó el movimiento y me preguntó qué estaba pasando. Le comenté que una aerolínea me había elegido y que estaba haciendo el curso para poder entrar. Se quedó sorprendido, pero al mismo tiempo reaccionó rechazando la situación, como siempre.

Era una lucha constante entre seguir mi pasión y enfrentar la desaprobación de mi padre. Pero cada desafío, cada clase y cada práctica me reafirmaban que estaba en el camino correcto. La aviación se había convertido en mi vida, y aunque mi padre no lo entendiera, yo estaba decidida a seguir adelante.

En ese momento, no tenía coche, así que debía madrugar para poder ir en transporte público. Me levantaba a las 5:00 AM para llegar a las 8:45 AM. A veces tomaba el bus, otras el metro. Aunque no vivía muy lejos, la zona tenía mucha afluencia y los atascos eran increíbles. En Venezuela contamos con el transporte de moto, el «moto taxi», que utilicé más de una vez a pesar del miedo que le tenía a las motos y del desorden que dejaban en mi pelo por el viento.

Llegar tarde era una falta grave que podía resultar en mi expulsión del curso. En ese caso, le habría dado la razón a mi padre: tiempo malgastado y perdido. Pero eso no pasó. Con todos mis miedos y con todo mi orgullo, seguí adelante.

Pasado un mes, terminé mi preparación. Había superado las pruebas teóricas y las prácticas en tierra y en agua. Ahora solo faltaban las prácticas de vuelo. Días después, me llamaron del departamento de programación de vuelos de la aerolínea, ellos se encargan de programar, analizar y hacer seguimiento de las actividades aéreas de todos los tripulantes, asegurando que se cumplan las horas de vuelo y descanso reglamentarias y que el vuelo salga a la hora planificada.

Eran las 10:00 de la mañana cuando mi teléfono sonó. Contesté una llamada de un número desconocido y la conversación fue así:

—¡Aló! Dígame —le dije.

—¿Es usted Valeria Ferreira?

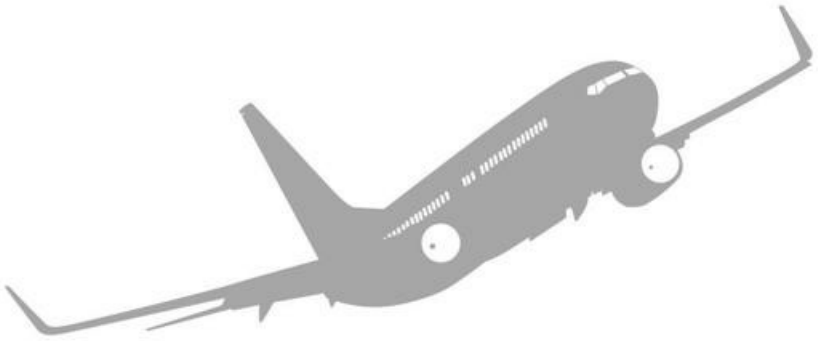
—Sí —contesté.

—Buenos días, le llamamos de programación de vuelos. Tiene usted asignado para mañana el Vuelo 516 con destino a la Ciudad de Mérida a las 5:00 de la mañana. Debe estar una hora y media antes, a las 3:55h como muy tarde. Diríjase al punto de control, baje por el ascensor y vaya a la oficina que está al lado de Despachos de Vuelos y pregunte por la tripulación del vuelo a Mérida.

Solo dije «OK, gracias».

No hubo más palabras, pero todo mi ser estaba en shock, paralizada. Sentía como si hormigas caminaran sobre mi piel y mil mariposas revolotearan en mi estómago. Era una danza de emociones, donde el miedo y la felicidad se entrelazaban en un frenético baile, cada uno luchando por dominar mi ser. En medio de ese torbellino, hay una sensación única, como si estuvieras en el ojo de la tormenta, donde la calma y la turbulencia se encuentran en perfecto equilibrio, dejándote sin aliento, pero llena de vida. Sí, suena cursi, pero así me sentía: una chica de apenas veintitrés años, con miedo y mucha felicidad a la vez. Quizás tú también te has sentido así en algún momento.

3



El primer pasajero

El miedo latente era real, pues apenas sería la segunda vez que abordaba un avión. La primera experiencia había sido en mi niñez y apenas la recordaba. La inquietud se intensificaba ante la perspectiva de un vuelo en plena madrugada. Debía estar en el aeropuerto a las 3:30 AM, a una hora de distancia desde mi casa, aproximadamente cincuenta kilómetros. Mi mente hacía cálculos matemáticos, tratando de calcular el tiempo necesario para despertarme, vestirme y llegar con suficiente antelación para evitar llegar tarde.

Surgían interrogantes sobre el medio de transporte. ¿Optar por un costoso taxi o pedirle a mi padre que me llevara? Me ahogaban las dudas: ¿cómo plantearle la situación a mi padre? ¿Estaría disponible para llevarme? ¿Cuál sería su reacción? Mi mente se llenaba de sombrías imágenes, anticipando lo peor. Quedarme dormida y no llegar al primer vuelo sería el fin del inicio de esta aventura. La imposibilidad de que mi padre me llevara y la posibilidad de ser asaltada mientras esperaba el taxi en la parada durante esa noche oscura. La mente juega malas pasadas; pensé hasta en cosas ilógicas y las sentía de verdad. Es un misterio lo que guarda nuestra mente, capaz de hacernos estremecer como si se tratara de algo real. Esta puede ser tu mejor amiga o la más vil traicionera cuando te imaginas todos los panoramas posibles.

Sonará ilógico, pero también experimentaba una sensación de alegría. Cuando intentaba huir de esos pensamientos negativos, mi mente se enfocaba en pensar en todo lo mejor que podría

pasar, las típicas frases de la ansiedad que empiezan con un «¿y si…?» ¿Y si apruebo el curso? ¿Y si empiezo a volar? ¿Y si me promueven a vuelos internacionales? ¿Y si conozco muchos países y mi vida cambia? ¿Y si…?

Ya había iniciado la fase final para acceder a la línea de vuelo, el día más esperado después de tantos meses de curso, trabajo y sacrificios. La fase final del entrenamiento requería aprobar al menos tres vuelos de familiarización, conforme a las políticas de la compañía. Estos vuelos constituían una oportunidad para que los tripulantes entrenaran y pusieran en práctica lo aprendido en clase. Aunque aún no se formalizaba el contrato con la aerolínea, el tripulante no adquiría la condición de pasajero ni se integraba como miembro pleno de la tripulación. En su lugar, permanecía a bordo en calidad de observador activo, cumpliendo con las instrucciones como lo haría en un vuelo real.

Esa misma tarde me puse a repasar los apuntes, revisando todos los procedimientos para un vuelo normal: desde llegar a la sala de firmas, ir al avión, hacer los chequeos previos antes del vuelo, revisar material de emergencia y verificar el suministro del servicio a bordo. Había una larga lista de tareas que debía completar antes de que el avión despegara. Para los tripulantes, esta fase del vuelo era un poco estresante, ya que de nosotros dependía la seguridad. Todo debía estar en orden y hacerse lo más rápido posible, puesto que el tiempo era limitado y los pasajeros estaban por llegar.

También repasé los procedimientos en caso de que ocurriera una emergencia a bordo: qué hacer si el avión tiene una salida de pista, si ocurre un fuego a bordo, o cómo actuar si el avión cae en el mar. Ese día me encerré en mi habitación, cancelé todos los planes que tenía y me dediqué a estudiar, preparar la maleta de vuelo y el uniforme. Llamé a un taxi para que me viniera a buscar a las 3:00 de la madrugada.

Esa misma noche, durante la cena, estábamos todos en casa: mis hermanos y mi padre. Me llevé una pequeña tarjeta con algunos datos y procedimientos apuntados y la puse discretamente al lado del plato. No quería desaprovechar ni un minuto. Aunque ya me sabía todos los pasos, siempre sentía que podría fallar en alguno. No paraba de estudiar; eran más los nervios del primer día que otra cosa.

Mi hermano se dio cuenta y empezó a preguntarme qué era esa tarjetita. Le dije que eran algunos apuntes de cosas que tenía que estudiar para la aerolínea. Luego comenté:

—Mañana voy a hacer mi primer vuelo con la aerolínea. Tengo que estar en el aeropuerto muy temprano.

Mi padre no se sorprendió mucho con la noticia, pero tampoco se emocionó. El ambiente se sentía tenso, mis hermanos no hablaban y el silencio reinaba. Luego mi padre solo me preguntó cómo haría para llegar allí. Le dije que había pedido un taxi. Después de un par de minutos, me respondió:

—Cancela el taxi, que yo te llevo hasta allá, es muy lejos y además de madrugada podría hasta ser peligroso.

Mis hermanos y yo nos vimos impresionados por su actitud, abriendo nuestros ojos como platos mientras una sonrisa pícara se dibujaba en nuestros labios. En ese instante, dirigí mi mirada hacia papá, quien también nos regalaba una sonrisa cómplice, cuando se dio cuenta de nuestra actitud.

Esa noche me costó quedarme dormida, pero al final caí en los brazos de Morfeo, pensando en todo lo que había logrado yo sola y con todo el esfuerzo.

El despertador irrumpió en mi sueño con la insistencia de un taladro, y mi cuerpo anhelaba seguir sumido en el abrazo reconfortante de Morfeo. Sin embargo, la realidad se coló en mi

mente: ¡Era el día de mi primer vuelo!

De un salto, abandoné la calidez de las sábanas y me vestí con el uniforme de trabajo. Mientras me peinaba y maquillaba, escuché los pasos de mi padre acercándose a mi habitación para asegurarse de que no me hubiera quedado dormida. Al verme, su mirada, aunque siempre reservada en expresar emociones con palabras, irradiaba un palpable sentimiento de orgullo y emoción. Sus ojos hablaban por él, y yo podía sentir algo de su felicidad en el aire.

El día comenzó con la urgencia de quien tiene un destino por alcanzar. Aunque mi estómago no mostraba interés por el desayuno, tomé algunas frutas y galletas para el trayecto. A las 3:00h, emprendimos el camino hacia el aeropuerto. Mientras mi padre manejaba con maestría atravesando la ciudad de Caracas, yo me perdía entre las pocas luces encendidas de una ciudad que todavía dormía y entre los pensamientos sobre el futuro y las decisiones que tendría que enfrentar.

De repente, mi padre rompió el silencio con una ráfaga de preguntas. Una tras otra, las interrogantes surgían con un tono de interés genuino: ¿Qué aerolínea te contrató? ¿A qué ciudad vas a viajar? ¿Cuándo regresas a casa? ¿A qué hora es tu vuelo? ¿Te sientes nerviosa? ¿Qué funciones desempeñarás en el avión? Su curiosidad me tomó por sorpresa, pero no me sentí abrumada. Al contrario, sus preguntas me recordaron lo importante que era este momento para ambos y respondí a todas sus dudas felizmente, por fin teniendo una conversación fluida con él, sin tantos obstáculos.

El tiempo pareció evaporarse mientras nuestras conversaciones llenaban el trayecto. En apenas cuarenta minutos, distinguimos las luces del aeropuerto a lo lejos. Mi padre me dejó en la puerta de salida y, antes de que bajara del coche, me dio un abrazo cargado de afecto. Sus palabras de despedida resonaron en mi corazón:

—Espero que tengas un buen vuelo. Cuídate mucho. Ya me contarás qué tal te fue.

Fue un abrazo extraño, como si sellara nuestra conexión. Pienso que los aeropuertos traen un poco de eso: abrazos largos, despedidas cargadas de afecto, gestos de amor que guardé en mi memoria.

—Gracias, papá, por traerme hasta acá. No creo que me dé tiempo de comprarte un *souvenir* —le dije a modo de broma mientras me despedía.

Tomé mi maleta y me encaminé hacia el aeropuerto. Eran las 3:45h. Había llegado muy temprano, dirigiéndome a la oficina donde los tripulantes suelen esperar a los demás miembros de la tripulación. Mi corazón latía con nerviosismo palpable; era un vuelo para familiarizarme con el avión, con la rutina y los procedimientos previos, durante y después de los aterrizajes. No formaba parte de la tripulación, pero tampoco era una pasajera más; iba como observadora activa. Tenía que poner a prueba todos los conocimientos adquiridos en el curso.

Después de conocer al equipo de vuelo, compuesto por dos pilotos y un experimentado tripulante, nos dirigimos directamente hacia la puerta donde nos aguardaba nuestro avión, un ATR42. La preparación para el vuelo era una carrera contra el tiempo; debíamos verificar todo el equipo de emergencia y asegurarnos de que el catering estuviera listo para el servicio a bordo en cuestión de minutos.

Era impresionante observar cómo el tripulante experto manejaba todas las tareas con destreza y rapidez. Se movía con agilidad por el avión, verificando las fechas de caducidad de los chalecos salvavidas debajo de los asientos, que sumaban unos cincuenta en total. Además, se ocupaba de coordinar con el personal de tierra para asegurarse de que nada faltara para el servicio a bordo. Mientras tanto, yo me tambaleaba por el avión como novata, tratando de ayudar, pero sintiéndome abrumada. Recuerdo que incluso vi sangre cuando me rompí una uña

mientras intentaba abrir la puerta del pequeño *galley*.[2]

En ese momento, me invadió una sensación de incompetencia, como si estuviera más estorbando que ayudando. A pesar de mi torpeza, el tripulante experto fue extremadamente amable conmigo. Al notar mi desconcierto ante la velocidad de los acontecimientos, me reconfortó con palabras de aliento:

—Tranquila, es tu primer vuelo. Aprenderás rápido y lo harás incluso mejor que yo.

Sus palabras me dieron ánimo y me recordaron que cada comienzo tiene su curva de aprendizaje y que, con buena actitud y práctica, pronto encontraría mi ritmo en este nuevo reto.

De repente, la voz resonó desde los altavoces del avión:

«¡Pasajeros a bordo!».

El anuncio lo dio el comandante desde la cabina del vuelo, marcando la inminente llegada de los viajeros a la puerta del avión y el inicio de nuestra preparación para recibirlos. El tripulante experto me indicó que esperara al final del pasillo mientras él recibía a los pasajeros desde la puerta. Así, me quedé expectante, aguardando la entrada del primer pasajero.

¡Qué sorpresa tan increíble! Mis ojos se abrieron de par en par, incapaces de asimilar lo que estaba viendo. Una mezcla de emociones me invadió: sentía un nudo en la garganta, ardor en las mejillas y, de repente, una pequeña lágrima borraba la visión. No podía dar crédito a lo que mis ojos veían: ¡era mi padre entrando por la puerta del avión! Con su sonrisa de oreja a oreja, me encontró mientras grababa con entusiasmo un vídeo utilizando uno de esos primeros teléfonos móviles con cámara que comenzaban a popularizarse en el mercado.

Mis manos temblaban de emoción ante este gesto inesperado. Era difícil de creer que mi padre hubiera organizado este viaje sorpresa en tan poco tiempo. Después de dejarme en el aeropuerto, corrió a comprar un billete de ida y vuelta a Mérida para el mismo día, solo para convertirse en mi primer pasajero. La gratitud y el asombro llenaron mi corazón mientras contemplaba este acto de apoyo incondicional. Era un momento que jamás olvidaría, un hito en mi camino hacia mis sueños.

—¡Ese es mi papá! ¡Ese es mi papá! —le decía a una pasajera que tenía a mi lado, la cual me miró de una manera desconcertante. Recuerdo que me temblaba la voz; me sentía pequeñita otra vez, como una niña en su primer baile del colegio, donde la emoción la invadía al ver a sus padres presentes. El tripulante experto no sabía qué estaba ocurriendo, pero yo estaba nerviosa y se notaba un montón.

Finalizando el embarque, estaba intentando contener las emociones, mi padre observaba mi primera actuación como tripulante de cabina, cómo intentaba darle la bienvenida a bordo a los demás pasajeros, ayudándolos a buscar su asiento para agilizar el embarque.

Cerramos las puertas y nos preparamos para dar las demostraciones de seguridad. Mientras el tripulante experto daba los anuncios de bienvenida, yo me estaba preparando para mi primera demostración de seguridad, con la mascarilla y el chaleco salvavidas en la mano. En medio del pasillo, todos me miraban, pero yo de vez en cuando buscaba la mirada de mi papá. Él solo respondía con una sonrisa y una mirada cómplice; sabía que lo que había hecho era especial.

Ya sentada para despegar, el corazón se me quería salir del pecho con la misma intensidad que los motores del avión, y mis manos temblaban ligeramente mientras ajustaba el cinturón de seguridad. Era una mezcla de emoción y nerviosismo lo que me embargaba en ese momento.

El *jump seat* es un asiento plegable asignado para los miembros de la tripulación. El mío, donde yo me sentaba, se encontraba de cara a todos los pasajeros y justo detrás de mí estaba la cabina de los pilotos. De esta manera, era la única persona en la aeronave que estaba orientada en dirección opuesta al movimiento del avión. A pesar de que no me gustaba ser el centro de

atención, sentía las miradas de todos los pasajeros fijadas en mí. Por eso, me limitaba a observar a través de la ventanilla y, de vez en cuando, echaba un vistazo al corto pasillo, donde el tripulante experto me lanzaba miradas de «tranquila, que todo está bien», como si quisiera transmitirme su confianza cuando se delataba mi cara de principiante. Mi padre estaba a tres filas de distancia, cerca de mí, y no paraba de hacer vídeos con su teléfono de última generación del año 2008 con cámara. Él sonreía cada vez que le miraba.

Con el ruido de los motores y el murmullo de los pasajeros llenando el aire, mi mente divagaba entre los recuerdos del momento en que decidí emprender este viaje y la incredulidad ante el giro inesperado que había tomado el día. ¿Quién hubiera pensado que mi padre, con su habitual reserva emocional, sería capaz de organizar una sorpresa tan emotiva?

Mientras el avión rodaba por la pista, mi mirada se detuvo en la ventanilla, observando cómo el aeropuerto se desvanecía poco a poco a medida que tomábamos altura. Era como si estuviéramos dejando atrás no solo la tierra firme, sino también cualquier duda o temor que pudiera haber albergado en mi corazón por tanto tiempo. Se supone que en esta fase los tripulantes debemos tener conciencia situacional activa, es decir, pensar en los procedimientos de emergencia para que no nos sorprenda algún imprevisto. Sin embargo, mi mente se apartaba, al igual que el avión se apartaba de la pista.

El sol comenzaba a asomarse en el horizonte, el amanecer estaba tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados que parecían pintados por un artista celestial. Aquel espectáculo me transportó de vuelta a mi infancia, recordando las imágenes de los aviones aproximándose a la pista desde el balcón donde pasaban las últimas horas de la tarde. Fue un recordatorio elocuente de que los sueños, si se nutren con trabajo, paciencia y perseverancia, tienen el potencial de materializarse día tras día.

Con frecuencia nos encontramos diciendo: «Algún día tendré esto, algún día haré aquello...». Anhelamos nuestros sueños, pero es importante recordar que debemos poner fecha de caducidad a nuestras metas y comenzar desde el primer día. En lugar de esperar indefinidamente a que los sueños se conviertan en realidad como por arte de magia, debemos actuar, trabajar y dar el primer paso e ir hacia donde nuestros sueños nos lleven.

Mientras aquel avión luchaba contra la gravedad y yo me sumergía en la experiencia de mi primer vuelo, no pude evitar sentir una profunda gratitud por el amor y el apoyo incondicional de mi padre. Su gesto había convertido ese día en un momento inolvidable.

El vuelo comenzó tranquilo, y yo, ansiosa por aprender, ayudaba en todo lo posible al tripulante experto con el servicio a bordo y demás tareas. Me impresionaba la cantidad de trabajo que había que hacer en menos de una hora y veinte minutos. No había tiempo ni para sentarse a comer. Me imaginaba sola en este avión, ya que el modelo ATR42 estaba configurado para que un solo tripulante se encargara de todo: desde chequear los equipos de emergencia, embarcar a los pasajeros de manera rápida y efectiva, hacer la demostración de seguridad y verificar que la cabina estuviera segura para dar la confirmación a los pilotos.

Realmente, el único descanso eran los diez minutos al momento del despegue, y unos diez minutos al inicio de la aproximación hasta el aterrizaje. Durante el resto del vuelo, todo era trabajo: preparar el servicio a bordo, atender a cada pasajero. En esta aerolínea en particular, el servicio a bordo estaba incluido en el billete de avión, y recuerdo que entregábamos una caja con el sándwich del desayuno y luego ofrecíamos bebidas frías y calientes. Tras el servicio, recogíamos los desperdicios y preparábamos a los pasajeros para el aterrizaje.

Observaba al tripulante experto mirando el reloj a menudo, como si todo se tratara de una carrera contra el tiempo. Su precisión y dedicación eran fascinantes, y me hicieron apreciar aún

más la labor de estos profesionales, que con una sonrisa ocultan la presión y la prisa, haciendo parecer todo tan fácil y organizado.

Cuando le hicimos el servicio a bordo a mi padre, él no paraba de mirarme, le dijo al tripulante experto que yo le hiciera el café como a él le gustaba, nos echamos a reír todos, porque bromeaba diciendo con su acento portugués muy marcado:

—Ella sí que sabe hacer un buen café, el mejor *guayoyo*.

La palabra «guayoyo» se refiere a un café de preparación sencilla, tradicionalmente servido en una taza pequeña, y que se disfruta en momentos de descanso o socialización, como en conversaciones entre amigos o familiares. Es una bebida muy popular en la cultura venezolana y forma parte de las tradiciones de muchas personas en la región.

Le serví el café a mi padre y de mi bata de servicio saqué un bombón de chocolate que tenía guardado, como una ofrenda extra a mi pasajero especial.

El avión comenzó a moverse con ligeras turbulencias, señal de que pronto iniciaríamos el descenso. Me asomé por la ventana y la majestuosidad de las montañas nos recibió con los brazos abiertos. Era como si la naturaleza misma nos estuviera animando en nuestro descenso. Ver las montañas tan cerca, era como si la cordillera andina nos diera la bienvenida a Mérida, era impresionante.

Apresuramos el paso y preparamos la cabina para el aterrizaje. El tripulante experto me pidió que diera el anuncio por el P.A. (el altavoz del avión). Temblaba de los nervios porque era la primera vez que leía aquel anuncio. Quería hacerlo perfecto, pero mi voz temblaba al decir:

—Señores pasajeros, en breves minutos aterrizaremos en la ciudad de Mérida. Por favor, abrochen su cinturón de seguridad y cierren su mesa plegable…

Mientras el tripulante experto recorría el pasillo asegurándose de que los pasajeros seguían las instrucciones, yo me preparaba para el aterrizaje. Una vez que todo estuvo listo, nos sentamos en nuestros *jump seats*, esperando el toque del avión contra la tierra.

El momento más conmovedor llegó después de aterrizar en Mérida. El avión se llenó de una energía indescriptible mientras los pasajeros se preparaban para desembarcar. Mi padre se acercó con una sonrisa radiante, sus ojos brillaban con orgullo y cariño. Sus palabras resonaron, grabándose en mi corazón:

—Este ha sido un buen vuelo, el mejor de mi vida. Contigo fue especial, ya no eres mi niña chiquita.

Me prometió volver en el vuelo de la tarde, pero por el momento, su misión era explorar Mérida, deleitarse con la pizca andina y, sobre todo, compartir ese momento especial con su hija. Con un abrazo reconfortante, nos despedimos.

Mientras observaba cómo se alejaba hacia la salida del avión, me sentí abrumada por la emoción y la gratitud. Este vuelo no solo había sido un viaje en el aire, sino también un viaje de conexión, amor y apoyo incondicional. Y así, mientras mi padre desembarcaba entre los últimos pasajeros, llevándose consigo la magia de ese vuelo, me quedé con el corazón lleno de amor, la mente llena de un recuerdo inolvidable y la determinación de hacer que cada vuelo sea una experiencia tan especial como esta.

Después de aquel primer vuelo inolvidable, volvimos a nuestra base en el aeropuerto de Maiquetía, Caracas. El vuelo de retorno fue tal como me lo imaginé, pero con una sensación de nostalgia añadida. Sentía un vacío, ya que mi padre ya no estaba allí.

Sin embargo, mi padre volvió en el último vuelo de la tarde. Pasó el día caminando por el centro de la Ciudad de Mérida, compró pan y algunas confituras artesanales. Recuerdo cuando llegó a casa: se notaba un poco decepcionado porque quería subir al teleférico más alto del

mundo, de una longitud de 12.5 km, pero estaba cerrado por labores de mantenimiento. Aun así, se le veía feliz, cantando mientras comía un trozo de pan andino untado con mermelada artesanal.

Aproveché el momento para preguntarle qué tal le había parecido el viaje y me respondió:

—Magnífico, me ha encantado.

Fue entonces cuando reuní el valor para preguntarle:

—¿Y por qué no quieres que sea tripulante de cabina?

Él se quedó en silencio por un momento, y al cabo de un minuto, respondió:

—Hija, quizás no me entiendas porque no has tenido hijos. Los padres siempre van a querer lo mejor para ellos. Yo siempre quiero lo mejor para ti y para tus hermanos. Quizás te imaginaba siendo abogada o maestra, con una rutina un poco más predecible. En cambio, trabajar en los aviones me parece un poco inestable: sabes cuándo te vas, pero no cuándo regresas, muchos de los horarios no son compatibles con la familia. Además, me da un poco de miedo los aviones, sobre todo los accidentes.

Continúo hablando mientras yo le escuchaba atentamente, no quería interrumpir nada, solo quería comprender sus razones de tantos meses en silencio.

—Hija, quizás fueron mis miedos los que no quería ver, pero esta mañana, cuando te vi vestida con tu uniforme, noté en tus ojos ese brillo que pocos tienen. También me gustó la manera en que hablabas mientras conducía al aeropuerto; sé cuándo alguien le apasiona hablar de algo que le gusta. Espero que no lo pierdas nunca. Prefiero que trabajes con pasión, aunque no me guste, que verte condenada de por vida a algo solo por agradarle a los demás. Disfruta, vuela lo más alto que puedas, y el día que deje de gustarte, porque puede pasar, ponles caducidad a esos sueños, lo adaptas o empieza otro. La vida no está para dejar de ser feliz.

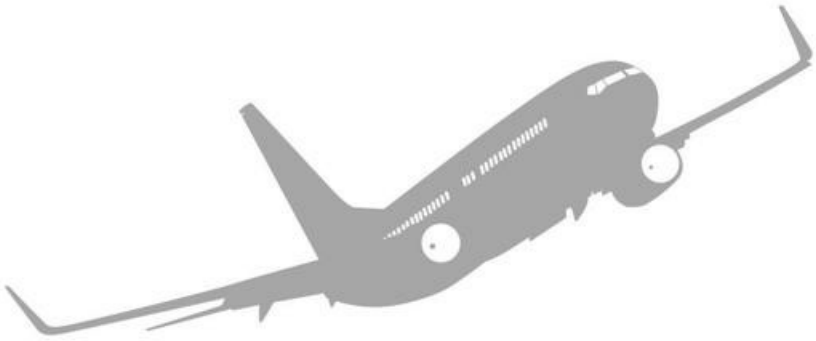
Enseguida se acercó a mí, y me dio un fuerte abrazo. Luego me dijo:

—Vive, trabaja en lo que te apasiona y la próxima vez me compras el billete de avión para volver a verte volar.

Después de ese comentario, se echó a reír, bueno, ambos reímos.

Sus palabras se quedaron en mi corazón, y me sentí más apoyada que nunca a seguir mi camino. Sabía que, aunque no siempre lo demostrara, mi padre validaba mis sueños, eran sus miedos lo que lo mantenía en silencio, era su forma de ver la vida lo que hacía ignorarme cada vez que le hablaba del tema, todo pasó hasta ese momento. Y eso me daba la fuerza para seguir adelante, para enfrentar cada vuelo con la misma pasión y dedicación que había sentido en aquel primer viaje inolvidable.

4



Una premonición cumplida

Después de aquel primer vuelo, pasaron varios días antes de que me programaran para el segundo de observación. Mientras esperaba ansiosamente la llamada de la aerolínea, la impaciencia me jugaba malas pasadas y me invadían pensamientos negativos. Necesitaba trabajar urgentemente; ya había dejado los estudios universitarios en pausa y había renunciado a mi empleo en el *call center*, pero nunca pensé que tardarían tanto en responder. Con el tiempo, entendí que esto formaba parte del proceso: para poder entrenar a todos los nuevos tripulantes y agregarlos a la línea de vuelo, la compañía tenía que gestionar cuidadosamente la planificación y el tiempo. La aerolínea solo disponía de dos aviones operativos de ese tipo en aquel momento, y el poder entrenar a todos los tripulantes principiantes demoraba su tiempo.

Una noche en casa, mi familia aún no había llegado, y me puse a preparar algo para la cena. Mientras lavaba los platos, dejaba la tele encendida solo por la costumbre de sentir ruido; no me gustaba el silencio cuando estaba sola. En ese momento, el programa se interrumpió por un anuncio del noticiero que decía:

«Noticia de última hora, un avión modelo ATR42-300 se encuentra desaparecido. Despegó a las 17:29 horas del aeropuerto de la Ciudad de Mérida y a los pocos minutos dejó de comunicarse con la torre de control».

En un instante, el aire se tornó denso, congelando mis pensamientos mientras mis manos

temblaban sobre los platos. Este avión, el mismo modelo que había volado recientemente, ahora se perdía en la inmensidad de la oscuridad.

Encendí mi computadora, buscando desesperadamente información adicional. Cambiaba frenéticamente los canales de noticias, buscando cualquier indicio de lo sucedido. Sin embargo, solo encontré un vacío de incertidumbre. El simple hecho de que un nuevo accidente sacudiera el noticiero me dejaba helada. Dos aerolíneas en mi país operaban ese tipo de aeronave, y la idea de que fuera la misma en la que anhelaba trabajar me dejaba sin consuelo.

A los pocos minutos, mi padre irrumpió en la habitación, el eco de la noticia aún fresco en su rostro preocupado. Su simple pregunta repicó como un eco en mi mente:

—Valeria, ¿sabes algo de esto? —Y me abrazó con fuerza, al darse cuenta de que su premonición de un accidente se hubiera cumplido.

La verdad era que no sabía nada más allá de lo que había visto en el canal de noticias. Mis intentos de buscar información adicional entre mis amigos resultaron fallidos, dejándome atrapada entre la incertidumbre y la ansiedad.

Aquella noche se convirtió en una vigilia, con el corazón latiendo en mi pecho y la tele encendida como un faro de esperanza en medio de la oscuridad. Solo quería que apareciera el bendito avión con todos sus ocupantes a salvo. Cada minuto que pasaba sin noticias era una tortura, alimentando mis peores temores y dejándome atrapada en un mar de angustia.

Pasaron las horas y la noche me venció. Me quedé dormida sobre el sofá de la sala con la tele encendida. Por la mañana, desperté angustiada por una pesadilla en la que buscaba desesperadamente aquel avión, usando una magia que no funcionaba.

Al despertar, el eco de la televisión encendida me recordaba la cruda realidad que había dejado atrás en mis sueños. Con manos temblorosas, alcancé el control remoto y cambié los canales, aferrándome a la esperanza de encontrar alguna noticia que calmara mi incertidumbre. Quería aferrarme a la posibilidad de oír que el avión había aparecido con todos sus ocupantes a salvo.

Fue entonces cuando una noticia me golpeó con toda su fuerza: un helicóptero de rescate había emprendido la búsqueda del ATR42 al amanecer, y lamentablemente, sus esfuerzos llevaron al descubrimiento de los restos de la aeronave. El avión se había estrellado en el Páramo de los Conejos de la cordillera Andina, tras haber despegado solo unos minutos antes de la Ciudad de Mérida.

Un escalofrío recorrió mi espalda al comprender la magnitud de la tragedia: era el mismo avión en el que había viajado unos días antes. Lloré mucho cuando supe que no hubo sobrevivientes. A medida que pasaban las horas, también pasaban las actualizaciones del accidente. Llegué a conocer a los miembros de la tripulación y, con ellos, se fueron muchos de mis recuerdos.

Reflexionando sobre lo fugaz que es la vida, no entendía por qué esto estaba ocurriendo, ni por qué en ese momento. De repente, la realidad se presentó como una bofetada en la cara, recordándome todas las veces que mi padre me decía que la aviación no era un lugar para mí, que no era seguro, que era demasiado complicado. Era difícil creer que su premonición se había hecho realidad.

Pasaron los días y nadie de la aerolínea daba más información de la que los medios de comunicación proporcionaban. Apenas se pudieron recuperar los cuerpos en aquel páramo andino, fuimos a las ceremonias religiosas para despedir a los pasajeros y miembros de la tripulación.

Desde aquel accidente, no sabía si la aerolínea volvería a llamarnos. Solo me enteraba por la prensa que, por órdenes del Instituto Nacional de Aeronáutica Civil, se obligaba a la aerolínea a

cesar sus operaciones con el tipo de avión siniestrado mientras se realizaban las investigaciones. Como resultado, esos vuelos fueron cancelados. Me quedé sin nada que hacer, no estaba estudiando, no estaba trabajando, lo único que me quedó de toda la experiencia, fue el miedo, mucho miedo.

Cada día era una lucha contra la desesperanza. Me levantaba con la ilusión de que algo cambiaría, de que recibiría una llamada que reavivara mi pasión por volar. Sin embargo, los días se convertían en semanas y las semanas en meses, sin que nada sucediera.

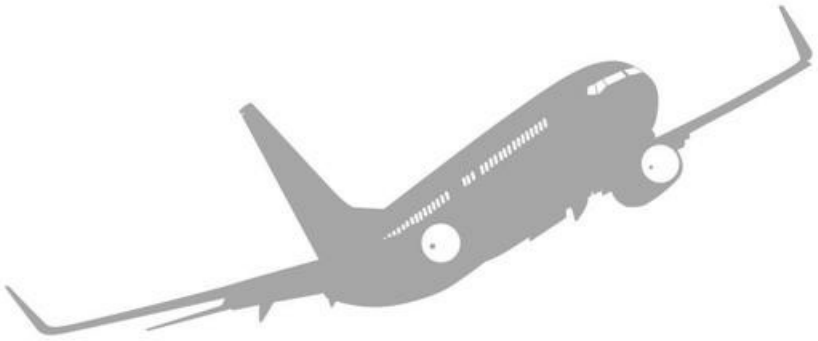
Una tarde, mientras revisaba una caja llena de papeles, encontré un mensaje de un viejo amigo que había fallecido hacía un par de años. Era breve, pero significativo:

«Valeria, aunque estos tiempos sean difíciles, no pierdas la fe. La aviación es tu sueño, y los sueños no mueren con las turbulencias. Sigue adelante. Que el cielo sea tu límite. Alex».

Esas palabras las había escrito cuando empecé el curso de tripulantes de cabina, dándome ánimos para seguir con mis sueños, a pesar de que mi padre se oponía a ello, pero nunca imaginé que me darían la fuerza para seguir adelante nuevamente. Decidí que no dejaría que el miedo y la incertidumbre definieran mi futuro. Empecé a buscar otras oportunidades, otras aerolíneas, incluso consideré estudiar algo relacionado con la aviación para mantenerme cerca de mi pasión.

Mientras me preparaba para esta nueva etapa, me di cuenta de que los sueños, aunque a veces se vean empañados por la tragedia, siempre encuentran una manera de resurgir. La aviación había sido mi vida y no estaba dispuesta a dejar que un solo evento, por más devastador que fuera, definiera mi destino. Empecé a enviar currículums, a inscribirme en cursos de actualización y a conectarme con antiguos compañeros y mentores.

5



Vistas desde la cima

Algunas veces, para despejar la mente de preocupaciones o estrés, solía subir la montaña de Caracas, El Ávila. Al principio lo hacía como si tuviera que cumplir una promesa, de hecho, cargaba dos o tres velitas en la mochila que encendía a la Virgen María que estaba puesta en su santuario cuando terminaba la ruta de Sabas Nieves, un puesto de guardaparques de la montaña que abraza la ciudad de Caracas.

Lo hacía frecuentemente, al menos dos veces a la semana, la intención al principio era una manera de hacer deporte manteniendo un contacto estrecho con la naturaleza, despejaba mi mente, y otra de simplemente agradecer a la virgen por los favores concedidos. Lo confieso, no suelo ir todos los domingos a misa, pero llevo conmigo esa semillita que me regalaron mis padres, de agradecer a Dios por todo lo vivido.

Recuerdo perfectamente el primer día que subí al Ávila, uno de mis amigos Alex me invitó a una excursión con mis dos hermanos y dos amigas más, yo realmente no estaba preparada, no solía hacer deporte, en esa época entre la universidad y el trabajo era poco consciente con mi alimentación y el ejercicio, me buscaba todos los atajos y excusas para no hacer deporte, floja no era, sino lo siguiente.

El día que subimos la montaña fue toda una odisea. No sé si alguna vez te has enfrentado a una montaña, pero déjame decirte que no es precisamente como subir al trenecito en un parque

de diversiones. No, señora. Subir una montaña a pie por primera vez es como una versión extrema de la vida misma: llena de altibajos, con momentos en los que sientes que tocas el cielo y otros en los que te preguntas si no sería más sensato simplemente, sentarte y esperar a que alguien te baje en helicóptero.

Debo confesar que al principio me sentí como una tortuga intentando hacer ballet en una pista de hielo, no me sentía hecha para eso. Mis piernas parecían de goma, no tenían resistencia, mi respiración se agitaba como si estuviera participando en un concurso de quién puede hiperventilar más rápido, y mis pensamientos iban desde «¿por qué me metí en esto?», hasta «¿qué tan malo sería renunciar a la mitad del camino y decirles a todos que me perdí en la selva?».

Alex, para animarme, me decía que había algo maravilloso arriba y como dicen por ahí, la curiosidad mató al gato. Así que decidí seguir adelante, motivada por la promesa de vistas espectaculares y la esperanza de que mis hermanos y amigos no se burlaran demasiado de mí si lograba llegar a la cima sin desmayarme.

Y así, con la determinación de un gato persiguiendo a un ratón y la gracia de una tortuga bailando ballet, comencé mi subida. Cada paso era una tortura, cada curva un desafío y cada vez que miraba hacia arriba y veía lo que aún me quedaba por subir, me angustiaba. Casi renunciaba cuando me decían que estaba en la famosa «subida del diablo», una cuesta muy empinada y exigente de la ruta, tanto que, al mirar atrás, sentías que te ibas rodando cuesta abajo. Pero entonces, justo cuando pensaba que mis piernas se convertirían en gelatina y rodarían cerro abajo, algo increíble sucedió. Llegué a un claro en el camino, donde los árboles se apartaban y dejaban ver un panorama que quitaba el aliento. En esa colina había un banquito, donde la gente suele sentarse a descansar, la ciudad de Caracas se extendía ante mí, como un lienzo pintado, con sus calles chiquiticas, con sus edificios revelándose bajo la sombra de las nubes y la luz del sol, acompañados por el constante murmullo de una ciudad caótica.

Fue como si la montaña misma me estuviera diciendo: «Mira, pequeña tortuga, mira lo que puedes lograr si te lo propones». Y en ese instante, supe que no importaba cuánto tardara en llegar a la cima, ni cuántos músculos me dolieran al día siguiente, porque había descubierto el verdadero tesoro que se escondía en la cima del Ávila: la satisfacción de saber que, incluso cuando crees que no puedes más, siempre hay una vista espectacular esperando por ti si sigues adelante.

Desde entonces, subir el Ávila se convirtió en mi ritual semanal, mi manera de desconectar del ajetreo y recordarme a mí misma que, aunque a veces la vida parezca una montaña demasiado empinada para escalar, siempre hay una vista increíble esperando por aquellos, lo suficientemente valientes, para intentarlo.

Y quién sabe, tal vez incluso puedas encontrarte con la Virgen María en el camino y encenderle una velita por buena suerte. Nunca se sabe qué sorpresas te depara esa montaña, ni la vida misma. Así que, si alguna vez te encuentras en Caracas, no dudes en desafiar al Ávila. Te prometo que la vista desde arriba hará que cada paso valga la pena, incluso si tienes que arrastrarte hasta la cima como una tortuga con zapatillas de ballet.

Recordando el vibrante paisaje urbano de Caracas, la historia de Alex, el chico bohemio y detallista, cobra vida con un encanto único. Con su cámara en mano, Alex era un cazador de momentos, un buscador incansable de la belleza escondida en cada rincón de la ciudad. Y aunque nuestra amistad se remontaba a la infancia, la vida nos separó cuando me mudé a Ciudad Bolívar, un pueblo distante de Caracas.

Pero el destino nos tenía preparado un reencuentro. Cuando regresé a la capital en busca de

oportunidades para perseguir mis sueños de convertirme en tripulante, Alex se convirtió en mi guía, mi cómplice en esta nueva etapa de mi vida. Con su espíritu libre y su profundo conocimiento de la ciudad, cada callejón se transformaba en una experiencia inolvidable. Pero Alex era mucho más que mi guía; se convirtió en mi inspiración, mi musa, mi amigo. Su amor por el arte y la fotografía me enseñó a ver el mundo con nuevos ojos, a apreciar la belleza en los pequeños detalles y a encontrar la magia en lo ordinario.

Nuestras conversaciones eran profundas y reveladoras. Él siempre recordaba cómo había vuelto a nacer después de sobrevivir milagrosamente a un disparo que, de no ser por su teléfono móvil que actuó como un escudo improvisado, habría sido fatal. Caracas, además de ser hermosa y exuberante, era también peligrosa. El alto índice de violencia de los años 2000 marcó profundamente la historia de los ciudadanos, que se resguardaban de las balas perdidas de los malhechores y antisociales que abundaban por la ciudad. Recuerdo su frase favorita: «Tu verdadera vida empieza, cuando descubres que solo tienes una», era fantástico cómo vivía en el presente aprovechando cada instante como una fiesta única y él solo recordaba el futuro con mucha ilusión.

Pero en el gran juego de la vida, a veces las cartas se reparten de manera tan inesperada que incluso los jugadores más astutos se quedan boquiabiertos. Eso fue lo que sucedió con Alex. Un día estaba aquí, irradiando su sonrisa contagiosa y su energía inagotable, y al siguiente, se sumó trágicamente a una estadística lamentable de accidentes automovilísticos. No hay manera suave de abordarlo, sentí que el destino le tendió una trampa y que era muy injusto.

Recuerdo los días posteriores al accidente, días de shock y pesar, como si el mundo hubiera decidido ponerse en pausa para procesar la noticia. Al principio, me encontraba en una nube de confusión y resentimiento. Siempre me preguntaba: ¿Por qué a él? ¿Por qué a mí? Y con el tiempo entendí que cambiar la pregunta lo cambiaría todo. ¿Qué lección había que aprender aquí?

Con el paso de los años, la frase «después de la tormenta, viene la calma» cobró un significado profundo en mi vida. Alex no se había ido del todo; simplemente se nos había adelantado en el viaje. Me recordó, de la manera más salvaje y directa posible, que esta vida es un paseo temporal, como pasajeros con destino desconocido, donde lo único cierto es el viaje en sí y cómo decidimos experimentarlo.

Recordar a Alex y su mensaje fue mi ancla. Sus palabras eran un recordatorio constante de que la pasión y la perseverancia son cruciales para mantenernos en el vuelo de la vida, incluso cuando las condiciones se vuelven adversas. Cada vez que me encontraba con dudas o miedos, pensaba en su fe inquebrantable, y encontraba la fuerza para seguir adelante con mis sueños.

Y no solo fue Alex quien me sostuvo en los momentos difíciles. El amor y el apoyo de mi padre, que inicialmente dudaba de mi elección, se transformaron en una fuente constante de motivación. Con el tiempo, él también entendió que mi lugar estaba en los cielos y que la aviación no solo era un trabajo para mí, sino una pasión que daba sentido a mi vida.

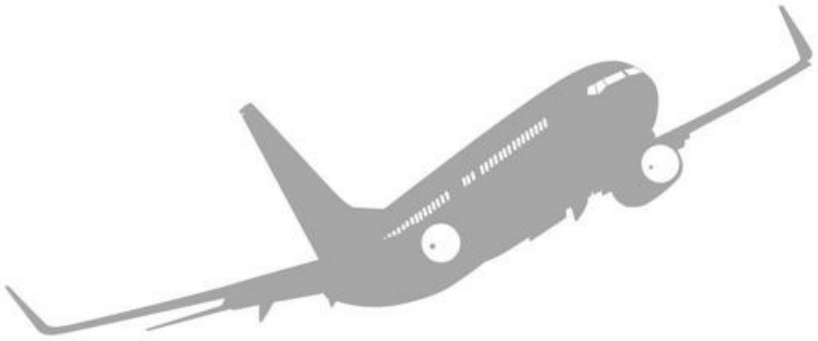
El recuerdo de Alex, muchas veces me hace levantar la cabeza, sacudirme el polvo y volver al ruedo, cuando siento que las cosas no van bien. Porque, al final del día, no se trata de cuánto tiempo pasamos en este planeta, sino de cómo aprovechamos cada momento que se nos regala. Todos tenemos a «un Alex» en el corazón. Y quién sabe, tal vez ese Alex esté en algún lugar mejor, riéndose de nuestras preocupaciones terrenales y guiándonos desde las estrellas. Pienso que es así.

Esta historia la recuerdo, no para sumirte en la tristeza o hacerte dudar de tus decisiones. Al contrario, quiero recordarte que cada día es una oportunidad para vivir al máximo, para abrazar a

tus seres queridos con más fuerza y para perseguir tus sueños con una determinación inquebrantable. No dejes que los comentarios de los demás te desanimen, ni desperdicies el tiempo en distracciones que solo hacen dispersar tu foco; persigue tus metas con valentía y pasión, porque al menos, cuando nos vayamos, habremos hecho todo lo posible.

Ahora te preguntarás, qué tiene que ver Alex, subir a la montaña y todo este tema de cumplir los sueños, pues ahí, en esa montaña, en la cima de ese guardaparques, recibí una inesperada llamada, la llamada que lo cambió todo. Una decisión que cambió el destino.

6



¿Destino o decisiones?

Y fue ahí, en la cima del Ávila, cuando recibí la llamada de Tati, una excompañera de la escuela de aquel curso sabatino de tripulantes de cabina. Tati me contaba, emocionada, que esa misma tarde tenía una entrevista con una nueva aerolínea, una que llevaba menos de dos años volando y de la que se sabía poco, pero que ya marcaba grandes pasos en la aviación venezolana. De repente, recordé que había enviado mi currículo a esa aerolínea unas semanas atrás y que también tenía una invitación para la entrevista en mi bandeja de entrada de mi correo electrónico, pero, con mi despiste, lo había olvidado por completo.

Tati me preguntó si iba a asistir. Aunque inicialmente dudé, le dije que no estaba segura. Aún esperaba la segunda llamada de otra aerolínea, con la esperanza de que se recuperara pronto del accidente y retomara sus operaciones. Sin embargo, allí, en esa montaña, sentí que las oportunidades a veces solo se presentan una vez. Supe en ese momento que no debía dejar pasar esta oportunidad.

La decisión estaba tomada. Pensé que ir a la entrevista solo podía traerme beneficios. Así que me lancé a la aventura. Corrí cuesta abajo como si se tratara de una carrera contra el tiempo. Tenía que llegar a casa lo más rápido posible, ducharme y vestirme para la entrevista. Solo disponía de dos horas y el camino era largo. Tenía que atravesar la ciudad en la hora punta del tráfico, cuando todo estaba atascado.

Llegué a tiempo, justo para ser la última entrevistada. El lugar estaba prácticamente vacío; solo quedaba Tati esperándome. Ella ya había pasado su entrevista y, con una sonrisa, me deseó toda la suerte del mundo antes de darme un abrazo. Entré a un salón donde me esperaban cinco personas: la jefa del Departamento de Tripulantes de Cabina, el director de Operaciones, una chica de Recursos Humanos y un instructor que me reconoció de cuando me saludó en los pasillos del aeropuerto el primer día de mi vuelo. Estaba muy nerviosa; no había tenido tiempo de preparar nada para la entrevista. Llevaba un traje de chaqueta y una camisa blanca un poco arrugada, con tacones altos y el pelo recogido en un moño que me había hecho justo antes de entrar al salón donde nos entrevistaban.

Intentando disimular mis nervios con una sonrisa confiada. La jefa del Departamento de Tripulantes de Cabina fue la primera en hablar:

—Valeria, ¿cuéntanos un poco sobre ti y por qué quieres trabajar con nosotros?

Tomé un respiro y comencé a hablar, tratando de mostrar que no me sentía nerviosa. A medida que hablaba, mis nervios empezaron a disiparse. Les conté sobre mi formación, y aquel vuelo de observación que hice con la otra aerolínea y, por supuesto, mi inquebrantable deseo de volar nuevamente.

El director de Operaciones me hizo varias preguntas técnicas y situacionales. Mientras respondía, noté que el instructor, quien me reconoció de mis días en el aeropuerto, asentía con una ligera sonrisa. Esto me dio un poco más de confianza.

La entrevista avanzó y la chica de Recursos Humanos se interesó por mi capacidad de trabajo en equipo y cómo lidiaría con situaciones de estrés. Recordé las palabras de Alex, «los sueños no mueren con las turbulencias», y utilicé esa filosofía para responder, destacando mi habilidad para mantener la calma y apoyar a mis compañeros en momentos difíciles.

Al finalizar la entrevista, la jefa del Departamento de Tripulantes de Cabina me miró fijamente y dijo:

—Valeria, nos has impresionado con tus palabras. Gracias por compartir tu historia con nosotros. Te llamaremos en los próximos días, cuando decidamos si formas parte de nuestro grupo de seleccionados.

Salí de la sala con una mezcla de alivio y emoción. Tati me estaba esperando afuera con una gran sonrisa. Nos abrazamos y, aunque no sabía si conseguiría el trabajo, sentí que había dado todo de mí y eso ya era una victoria.

Esa noche, mientras reflexionaba sobre el día, me di cuenta de que, a veces, las oportunidades más grandes llegan en los momentos menos esperados. Y así, decidí que, independientemente del resultado, seguiría luchando por mis sueños, sin importar cuántas veces tendría que volver a intentarlo.

Al día siguiente, desperté temprano con la mente aún agitada por los acontecimientos de la jornada anterior. Cada pequeño detalle de la entrevista pasaba por mi cabeza, intentando analizar cada respuesta, cada gesto, buscando alguna pista sobre la decisión que tomarían. Pero sabía que esa espera era una prueba más de paciencia.

Pasaron tres días sin noticias. Cada vez que mi teléfono sonaba, el corazón me daba un vuelco. Me mantenía ocupada buscando nuevas oportunidades y actualizando mi currículum, pero la ansiedad era difícil de ignorar.

El cuarto día, recibí una llamada mientras caminaba por el parque cercano a casa. Era de un número desconocido. Contesté con una mezcla de esperanza y temor.

—¿Señorita Valeria Ferreira? —dijo una voz al otro lado—. Soy Laura, del Departamento de Recursos Humanos de la aerolínea venezolana. Nos gustaría informarte que has sido

seleccionada para unirte a nuestro equipo de tripulantes de cabina.

Las palabras resonaron en mis oídos como una melodía. Apenas podía creerlo.

—¡Muchas gracias! —logré decir, conteniendo la emoción—. Estoy muy feliz de escuchar esto.

Ella continuó explicando los próximos pasos: un período de entrenamiento intensivo, la firma del contrato y otros detalles logísticos. Pero mi mente seguía celebrando. Había conseguido una oportunidad en un momento de incertidumbre, y ahora, un nuevo capítulo estaba a punto de comenzar.

Llamé a mi madre para compartir la gran noticia. Ella, siempre mi mayor apoyo, gritó de alegría al escucharme. Su felicidad era tan contagiosa que sentí mi corazón latir con fuerza. Cuando mi padre llegó a casa, no pude esperar para contárselo. Aunque más reservado, pude ver en sus ojos el orgullo y la alegría que sentía por mí. Me felicitó y, con unas palabras que nunca olvidaré, dijo:

—Sabía que lo lograrías, Valeria. He estado preocupado pensando en cómo irías al aeropuerto con esos horarios tan locos. No pienso llevarte cada vez que tengas que trabajar a las cinco de la mañana. Así que, te daré esto.

De su bolsillo sacó unas llaves y las dejó suavemente en mis manos. Yo estaba completamente confundida hasta que me dijo:

—Asómate por la ventana. ¿Ves ese coche rojo?

Asentí, con los ojos tan abiertos como platos. No podía creer lo que estaba sucediendo.

—Es tuyo, te hará la vida más fácil para llegar a todos lados —dijo con una sonrisa, viendo mi cara de asombro como si estuviera resolviendo un acertijo que, claramente, ya estaba resuelto.

—¿Me has comprado un coche? —pregunté, aún incrédula, aunque la evidencia estaba clara frente a mis ojos.

De un salto, le abracé con fuerza y las lágrimas de emoción empezaron a rodar por mis mejillas. Él, disfrutando de mi reacción, se reía al verme tan conmocionada. Luego, añadió:

—Bueno, he pagado la inicial, pero es tuyo, estoy seguro de que tu nuevo trabajo te ayudará a pagar las cuotas restantes. Disfruta de este coche, hija.

La emoción de tener un vehículo era indescriptible. Sentí como si estuviera en un sueño irreal, bajé corriendo por las escaleras para tocarlo, porque aún no me lo podía creer. Era demasiado lo que viví, incluso esa noche apenas pude dormir, mi mente estaba llena de pensamientos sobre las nuevas oportunidades que se abrían ante mí.

Llamé a Tati, para darle la noticia que había quedado en la nueva aerolínea y agradecerle, pero fue ahí cuando toda la felicidad que sentía se extinguió, me sentí muy triste al saber que Tati no había quedado seleccionada, no la llamaron para empezar el curso al igual que a mí. Muchos remordimientos de culpa llenaron mi mente, opacando toda la alegría que sentía, gracias a ella, estaba dentro del grupo de los futuros TCP de esta nueva compañía, pero me invadía la tristeza porque me veía volando con ella. Al saber que no había quedado seleccionada, le prometí que para la próxima convocatoria haría lo posible por dar mis recomendaciones, pero el futuro, con lo incierto que es, ella renunció a su sueño, dedicándose a otra profesión.

Las semanas siguientes en la nueva aerolínea estuvieron llenas de actividades. El entrenamiento fue riguroso, con largas horas de estudio y práctica. Conocí a mis nuevos compañeros, cada uno con su propia historia y pasión por la aviación. Nadie tenía experiencia previa, así que a todos nos unía el mismo sueño, y eso creó un vínculo especial entre nosotros. Allí conocí a las que se convirtieron en mis mejores amigas.

El primer día de vuelo con la nueva aerolínea llegó más rápido de lo que esperaba. Mientras

me ponía el uniforme, sentí una mezcla de nervios y entusiasmo. Esta vez, sin embargo, había una confianza renovada en mí misma, porque ya no era mi primer vuelo. Recordé las palabras de Alex, de mi padre y de aquel tripulante experto que me acompañó en aquel primer vuelo, y supe que estaba lista para enfrentar cualquier reto.

Abordé el avión, un Boeing 737-200, en el embarque saludé a los pasajeros con una sonrisa genuina. Ya al despegar, miré por la ventana mientras el avión se alejaba de la tierra, vi el Ávila a lo lejos, y fue como un *déjà vu*, un recordatorio constante de ese momento decisivo en la montaña.

Ese vuelo fue impecable. Los pasajeros estaban contentos, y la tripulación me dio una cálida bienvenida, todos trabajamos en perfecta armonía. Al aterrizar, recibí felicitaciones de mis compañeros y de la jefa de cabina, lo que me hizo sentir aún más segura de mí. Fue en ese momento que comenzaron los primeros años de mi carrera como tripulante de cabina.

7



El tiempo lento

Ya llevaba dos años volando, y nunca mejor dicho, se me habían pasado «volando». Muchas veces reflexionaba sobre cómo la vida de adulto es un abrir y cerrar de ojos. Todo pasa muy deprisa: entre la rutina y el día a día, la vida adulta se sumerge en preocupaciones, muchas veces ilógicas, y se vive intentando llegar a todos lados como si la vida fuera una bomba de tiempo.

No sé en qué momento dejé de sentir que el tiempo avanzaba lentamente. Recuerdo la sensación de mi niñez, cuando el tiempo parecía eterno y soñaba con crecer para hacer muchas cosas. El tiempo en esa época era lento.

Era lento cuando esperaba ver mi programa favorito en la televisión. Antes, no había internet ni la inmediatez de tener todo al instante. El tiempo también se ralentizaba cuando mi madre me decía que faltaban pocos días para Navidad. ¿Cuánto eran «pocos»? No paraba de preguntar cuánto faltaba, desde la mañana hasta la noche. El tiempo se volvía especialmente lento cuando llegaba el domingo y nos íbamos a la playa; el trayecto parecía eterno.

Lo único que no añoro de mi niñez es esa sensación de no tener control sobre nada. El tiempo era lento, pero no sabía cómo aprovecharlo. El tiempo era infinito, pero no sabía qué hacer con él.

Cuando crecí, la sensación del tiempo empezó a ir mucho más rápido. Ahora sé que el tiempo es tiempo, y yo no soy inmortal. Que pase lento o rápido, ya no me importa. Sin embargo, en mi

adultez, deseaba poder sentir el tiempo lento y tener control, las dos cosas a la vez. Poder ralentizar el tiempo, hacer que vaya tan despacio que casi parezca detenido. Volver a tener esa sensación.

Volver al tiempo lento de la infancia es una experiencia inalcanzable. ¿Inalcanzable? Hasta que lo conocí a él.

No creo mucho en los amores a primera vista. Pienso que se basan en la atracción física y las primeras impresiones, que son superficiales y pueden llevar a idealizar a la otra persona. Las relaciones profundas requieren tiempo para conocer a alguien en sus valores, intereses y metas. La compatibilidad a largo plazo implica más que química física; incluye compatibilidad emocional e intelectual. Creo que las relaciones exitosas se construyen y fortalecen con el tiempo, a través de experiencias compartidas y un entendimiento mutuo profundo. Eso mismo me pasó con Andrés, un amor de segundas vistas.

La primera vez que lo vi, no puedo negar que llamó mi atención: un chico rubio de profundos ojos verdes y una sonrisa contagiosa. No era el típico hombre que se veía por las esquinas. Ya había escuchado de él a través de otras compañeras, así que me lo imaginaba tal cual como me lo describían: «él no es de por aquí, vino buscando una oportunidad de trabajo desde Europa». Para mí, siempre ha sido un compañero más, un copiloto como cualquier otro.

Un día, mientras esperaba en la oficina a la tripulación de mi vuelo a la Ciudad de Panamá, aproveché el momento de revisar mi programación de vuelos desde el ordenador y me di cuenta de que Andrés y yo estábamos programados para volar juntos casi todos los días del próximo mes de enero. Andrés y yo habíamos trabajado juntos en varias ocasiones, aunque solo en vuelos fugaces. Sin embargo, quince días de ese mes trajo consigo una serie de casualidades que parecían orquestadas por el destino, me llamó mucho la atención porque era muy inusual que en esta aerolínea las tripulaciones coincidieran tantos días seguidos.

Nuestro primer vuelo juntos de esa racha comenzó como cualquier otro día. Cuando entré en la cabina, saludé a la tripulación y me dirigí a mi puesto. Andrés, el copiloto con quien había compartido más charlas en los pasillos del aeropuerto que en los vuelos, estaba en la cabina de mando. A pesar de conocerlo desde hacía dos años, nunca lo había realmente observado con otros ojos.

Andrés era un hombre enigmático. Sus ojos claros y profundos parecían contener secretos de cielos lejanos. Su acento extranjero despertaba curiosidad, te daban ganas de hablar cualquier cosa con él, y sus ocurrencias siempre provocaban risas. A pesar de su apariencia graciosa, percibí una intensidad en su mirada que me hizo sentir un leve estremecimiento.

El segundo día de vuelo fue igual que el anterior. Había cambiado toda la tripulación, pero él y yo seguíamos en los mismos puestos. El avión despegó sin contratiempos y me sumergí en mi rutina, atendiendo a los pasajeros y asegurándome de que todo estuviera en orden. Mientras servía bebidas y sonreía a los viajeros, surgió un llamado desde la cabina de los pilotos. Como estaba cerca, fui a atender la llamada.

—Valeria, ¿puedes quedarte en la cabina mientras el comandante va al lavabo? —me dijo Andrés.

No sé por qué, pero escuchar su voz por el interfono me hacía latir el corazón un poco más rápido. Entré en la cabina, por protocolo de seguridad, ningún piloto puede quedarse solo en la cabina de mando durante el vuelo. El comandante salió, y yo entré en silencio, cerré la puerta y me quedé de pie. Ahí estaba Andrés, hablando con la torre de control, concentrado en que el vuelo estuviera perfecto, mirando todos esos relojes y tocando algunos botones.

Era un vuelo nocturno. Era fascinante ver las vistas desde el *cockpit*: las ciudades a lo lejos

llenas de luces, la tenue iluminación de la cabina que daba una sensación de respeto, y con él al mando, todo era aún más fascinante. Andrés interrumpió el silencio.

—¿Ves eso a lo lejos? —dijo, señalando con su dedo hacia una dirección específica.

A lo lejos se observaba una columna de nubes con un espectáculo de rayos y relámpagos saliendo por todos lados.

—¿Es una tormenta? —pregunté, sorprendida. Me resultaba difícil de entender porque la noche estaba despejada, incluso se podían ver las estrellas. No había nubes alrededor, solo a lo lejos esa tormenta de rayos y centellas.

Con una sonrisa pícara, me respondió:

—¡Chiquilla, nubes son obviamente y tormenta también! Pero no cualquier tormenta, es un monumento natural, que verlo como lo estás haciendo ahora vale más que las joyas de la corona de España. Es el Relámpago del Catatumbo. El lugar donde caen más rayos en el mundo.

—¡Vaya! —exclamé, impresionada.

Ya había escuchado sobre eso, pero nunca lo había visto. El Relámpago del Catatumbo es un fenómeno meteorológico que se desarrolla en la cuenca del lago de Maracaibo en Venezuela, principalmente en la zona sur del lago y en la cuenca inferior del río Catatumbo, de ahí su nombre. Es uno de los cinco fenómenos naturales más conocidos a nivel mundial. Dicen que se trata de un rincón de la Tierra donde cada noche, trescientos días al año, los relámpagos se precipitan una y otra vez sobre la misma superficie de agua. Verlo desde la cabina de vuelo, era un espectáculo sumamente impresionante.

El comandante interrumpió entrando a la cabina. Yo tenía que salir para continuar con mis funciones. Al despedirme, Andrés volteó su mirada hacia mí y me soltó un guiño. Nunca supe qué quiso decir con eso, pero le respondí con una sonrisa. Ese momento duró algo más de tres minutos, pero me bastó para ver que, en sus ojos, había algo más de lo que había conocido.

Sentí que esa breve conversación sobre el Relámpago del Catatumbo había revelado una profundidad en Andrés que no había percibido antes. Era como si, detrás de su apariencia graciosa y su acento extranjero, hubiera un mundo entero por descubrir.

Durante el tercer día de vuelo juntos, durante una escala, estábamos en el *galley* arreglando las cosas para el vuelo. Andrés salió de la cabina de mando a estirar las piernas y se quedó a mi lado por unos momentos.

—¿Cómo va todo por aquí? —preguntó con una sonrisa que revelaba una calidez inesperada.

—Todo en orden, gracias —respondí, tratando de mantener la compostura. Pero algo en mi tono delataba mi curiosidad y el deseo de saber más, de hablar más con él. Además, trataba de no parecer una adolescente emocionada, lo cual era más difícil de lo que esperaba.

Los minutos se hicieron eternos, y me encontré deseando esos breves encuentros, esas pequeñas interacciones que parecían llenas de posibilidades. No era amor a primera vista; no, yo no creía en eso. Pero cada mirada, cada sonrisa, cada palabra intercambiada parecía construir algo, ladrillo a ladrillo, que yo no podía ignorar. Y yo, que siempre he sido más bien torpe en las cuestiones del corazón, empezaba a sentir que esto podría ser algo diferente.

Como volábamos tantos días seguidos, ya nos saludábamos con gracia, diciéndonos «¡otro avestruz!», queriendo decir, otra vez tú. Con su acento andaluz y yo con mi acento caraqueño, quizás parecía una ofensa, pero viniendo de nosotros ya daba risa. Toda la tripulación cambiaba vuelo tras vuelo, pero nosotros, durante dos semanas, estábamos día tras día.

Recuerdo que, durante una breve escala, coincidimos en la cafetería del aeropuerto.

—¿Te importa si me siento aquí? —preguntó él, señalando la silla vacía frente a mí.

—Claro, adelante —respondí, intentando no mostrar demasiado entusiasmo. No quería parecer

desesperada, aunque quizás un poco lo estaba.

La conversación fluyó con sorprendente naturalidad. Hablamos de nuestros viajes, de nuestros sueños y de esas pequeñas cosas que a veces pasan desapercibidas, pero que, juntas, forman la esencia de una vida. Descubrí que Andrés tenía una pasión por las montañas y que, al igual que yo, encontraba en el senderismo una especie de desahogo y refugio. Cuando mencionó que su sueño era subir hasta el pico más alto del Ávila, hasta el pico Naiguatá y acampar ahí, casi me atraganté con mi café, imaginándolo tratando de convencerme de subir con él. Ya me veía yo, agarrándome a la ladera y rogando por mi vida mientras él escalaba con la gracia de una cabra montesa.

Cuando realizamos el último vuelo juntos de esa rotación, me di cuenta de que algo dentro de mí había cambiado. Andrés ya no era cualquier otro compañero, ya era especial. En ese momento, no podría nombrar lo que sentía, pero sí que era algo especial. No era el amor a primera vista del que tanto se hablaba en las películas y libros románticos. Era algo más profundo, más real. Me estaba enamorando de él a través de pequeñas interacciones, de esos momentos, de descubrimientos pausados y conversaciones significativas. Era como una buena taza de té, que necesitas dejar reposar para que tenga el sabor perfecto.

Mientras esperaba la próxima oportunidad de volar juntos, el tiempo pareció desacelerarse, recordándome cómo de niña sentía que los días se alargaban interminablemente. Cada día sin verlo se sentía como una eternidad, una espera interminable que me devolvía a aquellos tiempos en los que la impaciencia infantil hacía que cada segundo contara. Él me devolvió el tiempo lento de la infancia, pero con el control de la adultez, disfrutando esa sensación de extrañarlo, me encantaban los encuentros casuales y las miradas entre los pasillos del aeropuerto, miradas que, sin decir palabra, decían todo. Miradas que me daban pistas de que Andrés sentía lo mismo por mí.

En esas largas horas de espera, me aferré a la esperanza y a la certeza de que lo bueno, a veces, toma tiempo. Y en esa espera, aprendí que el verdadero amor se construye con paciencia, con segundas miradas y con la firme creencia de que, aunque el tiempo pueda parecer ir de prisa, hay momentos en los que vale la pena detenerse y disfrutar del lento, hermoso y tortuoso paso del tiempo. Porque a veces, la espera y la lentitud del tiempo son lo que realmente nos permite apreciar lo que tenemos frente a nosotros.

Tenía ganas de volver a verle y tenía su número de teléfono, no me atrevía a llamarle. Sin embargo, en un vuelo imprevisto, donde yo estaba de guardia, me llamaron de programación de vuelos, para reemplazar a una tripulante enferma. No tenía idea de quién formaba parte de la tripulación de ese vuelo y, al llegar al avión, ahí estaba él, con una sonrisa de oreja a oreja al verme. Le saludé como ya era costumbre entre nosotros: «otro avestruz». Nos echamos a reír, había mucha complicidad en nuestras miradas y una emoción inexplicable de que el destino, sin previo aviso, nos volviera a unir.

—Qué casualidad, ¿no? ¿O has chantajeado a alguien para volver a volar conmigo? —me dijo con su sonrisa irónica pero dulcemente pícara.

Me puse roja como un tomate. Ya me hubiera gustado que el chantaje hubiera estado de por medio, pero todo fue por pura casualidad. Mis mejillas me delataron y, en tono de broma, le dije con ironía:

—Pues no sabes de lo que soy capaz.

«¿Qué? ¿Cómo me atreví a decir eso?», pensé, queriendo seguirle la corriente con ironías y terminando por soltar una mentirijilla que me hacía parecer desesperada, aunque la verdad lo estaba.

Él se rio y, ante la mirada del resto de la tripulación, decidió cambiar drásticamente la conversación:

—Valeria, dame tu maleta, te ayudo a guardarla.

Tomó mi maleta y la llevó a uno de los compartimentos del avión destinados a la tripulación, justo al final del pasillo, donde estaba la cola del avión. Yo iba detrás de él, de manera discreta, intentando aparentar con naturalidad su presencia, aunque en realidad estaba temblando por el repentino encuentro. Mi corazón no podía ir más rápido. Justo ahí, detrás, estábamos los dos solos, mientras los demás tripulantes hacían su trabajo. Intenté adelantar los procedimientos que había que hacer antes del embarque, pero mis ojos se iban sin querer hacia donde él estaba.

Después de guardar la maleta, se dirigió hacia la parte delantera del avión. En el cruce del pasillo, se encontró conmigo. Le di espacio para que pasara, y al hacerlo me susurró al oído:

—Valeria —dijo, acercándose con esa mirada que ahora me resultaba tan familiar.

—Me ha encantado nuestra conversación. Me pregunto si te gustaría continuarla alguna vez, fuera de este avión.

Sonreí, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba aún más fuerte.

—Me encantaría —respondí.

Volvió a sonreír y pasó adelante rozando con su mano con delicadeza la mía y se fue alejando para continuar su trabajo como copiloto.

Yo me quedé congelada, quieta, petrificada. Mi corazón se aceleraba y mis piernas temblaban. Parecía estar en un sueño donde él me tomaba en sus brazos, pero me despertó el sonido del altavoz cuando el jefe de cabina anunció la inminente llegada de los pasajeros. Me dirigí a mi posición, intentando concentrarme en el trabajo, pero mis ojos se desviaban hacia la cabina de los pilotos, deseando volver a cruzarme con su mirada.

El vuelo continuó como de costumbre: él en su cabina de mando y yo en la mía con los pasajeros. Solo una puerta blindada nos separaba, pero yo estaba feliz de haber vuelto a coincidir con él. Mientras atendía al pasaje, no podía dejar de imaginar cómo sería verlo fuera de este avión.

Al finalizar el vuelo, me despedí de la tripulación mientras sus ojos verdes no dejaban de mirarme. Cuando me acerqué a él para despedirme, me dijo:

—Te escribo esta noche. ¿Vale?

No dije nada, solo sonreí y me sonrojé como un tomate otra vez. Sentía calor en mis mejillas, y era evidente cómo mi cuerpo me delataba, a pesar de que me encontraba muda. Sin decir una palabra, me marché.

Estuve esperando su mensaje toda la tarde y parte de la noche. Recuerdo que tenía un teléfono de marca BlackBerry, donde compartías el pin, una especie de chat interno exclusivo para esos teléfonos. Pasaban las horas y no me escribía. La impaciencia se fue apoderando de mí, pero mi decisión de no dar el primer paso fue mayor.

Avanzada la noche, su mensaje seguía sin aparecer. Un poco decepcionada, pensaba que se había olvidado de su propuesta de contactarme. No sé por qué se me ocurrió quitar la foto de mi perfil de chat y poner en su lugar una imagen completamente negra. No había foto, solo un cuadro negro. Estaba claro que estaba aburrida, esperando a que me escribiera.

Justo cuando me estaba quedando dormida sobre la cama, escuché la campanita de notificación de mi buzón de mensajes. Di un salto, ese era el sonido que había estado esperando durante horas. Era él. Cuando abrí el mensaje, solo decía: «¿Qué pasó? ¿Se fue la luz?».

Pensé, ¿qué dice? No entendía nada. Hasta que recordé que había quitado la foto de mi perfil y estaba todo negro. Me eché a reír. Le escribí: «Ja, ja, ja, ja, ja, pues sí, me han apagado la luz».

Intentando seguirle el juego con la misma ironía.

«¿Quién fue ese despiadado que te ha robado la luz?», respondió.

Supuse que él estaba bromeando y decidí seguirle la corriente.

«Uno por ahí, que se ha olvidado de mí. Pero ya ni caso, la vida sigue, aunque me duela».

Tan pronto envié ese mensaje, sentí un arrepentimiento inmediato. Pensé que estaba loca, que pensaría que estaba despechada por otro hombre. Unos segundos después, me envió un mensaje diciendo:

«Para eso, te dedico una canción. Escucha *Mirando pa' ti* de El Arrebato».

Busqué rápidamente la canción en YouTube y la escuché con extrema atención. ¡Vaya! Un cantante andaluz que nunca había escuchado. Ese acento andaluz, su forma de hablar... Enseguida me sumergí en la imaginación, como si él mismo me la estuviera cantando.

«Qué bonita canción, nunca la había escuchado», le respondí.

Desde ese momento, hasta altas horas de la noche, intercambiábamos mensajes sin cesar, hablando de cualquier cosa que nos viniera a la mente. La atracción era evidente; ambos queríamos conocernos a fondo y mantener viva la conexión.

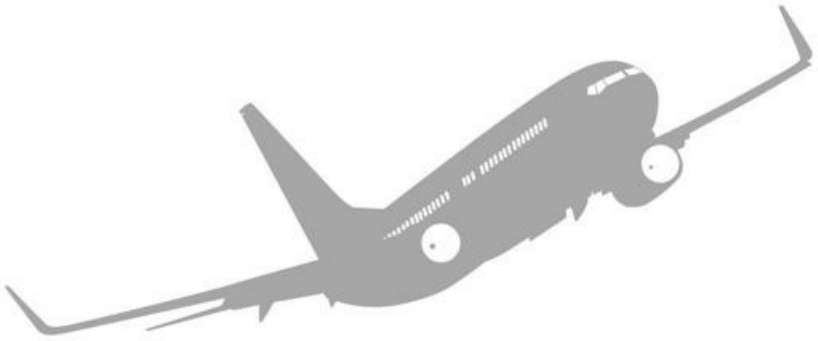
En una de esas conversaciones, surgió el tema de la montaña, y él me propuso hacer senderismo en un lugar que yo no conocía. Se llamaba El Volcán, una montaña ubicada al lado opuesto del Ávila, la cual él solía frecuentar. Caracas, rodeada por un hermoso valle, ofrece montañas llenas de rutas de senderismo a donde quiera que voltees.

Él me dijo: «Es la que suelo visitar más frecuentemente, ya que vivo cerca. ¿Qué te parece si nos vemos este fin de semana? Parece que hará buen clima, creo que no lloverá. Veremos quién aguanta llegar a la cima, a ver qué tan deportista eres».

Sonó a reto, una competición. Sin dudarlo, le respondí de manera desafiante: «Claro, ¿por qué no?».

Con esa propuesta cerramos nuestra conversación. Estaba emocionada y al despedirme, volví a sentir esa sensación de tiempo lento, pero con la ilusión de volver a verle. Solo faltaban tres días para el fin de semana, tres días que parecían una eternidad.

8



Gracias a la lluvia

Nos habíamos citado en un punto de la ciudad y yo no sabía exactamente desde dónde comenzaríamos a subir. Mientras esperaba que él me recogiera en su coche, noté que el tiempo no era precisamente el mejor para una caminata: a lo lejos, unas nubes negras anunciaban tormenta. «Qué mala suerte», pensé. Ojalá el viento cambie y se las lleve en otra dirección. El clima en Caracas es muy privilegiado, es como estar en una eterna primavera todo el año. Sin embargo, durante la temporada de lluvias, las tormentas se forman rápidamente y puedes encontrarte con lugares lluviosos y soleados en la misma ciudad. Incluso puede llover intensamente y, en cuestión de minutos, ver el sol salir como si nada hubiera pasado. Esa es la magia del trópico. Pero ese día, no quería que lloviera. Solo quería descubrir la cima de esa montaña con él.

En medio de mis pensamientos, llegó él. Se bajó del coche y dijo:

—Nos vamos caminando desde aquí. Cerca está la entrada a la montaña.

Yo llevaba una pequeña mochila con agua y algo para comer, y él otra con lo mismo.

—Parece que debemos darnos prisa —dijo—. Se viene una tormenta, creo que nos dará tiempo, así que tenemos que llegar pronto a la cima. Si vamos rápido, nos tomará solo veinte minutos y unos quince más para bajar. ¿Estás lista?

Asentí con osadía. No importaba el clima, solo quería vivir esa aventura con él.

Apenas diez minutos de ascenso por la ladera y ya se podía apreciar la vista. Era muy bonito ver la ciudad desde ahí, pero quería llegar hasta arriba. Él siempre decía que las vistas eran espectaculares porque estaba El Ávila, esa montaña que forma parte del símbolo de la ciudad. Mientras más subíamos, más cerca se escuchaban los truenos. Faltando pocos metros para llegar a la cima, empecé a arrepentirme. La montaña tenía muchas zanjas de lluvias anteriores, y la verdad, no era seguro hacer senderismo con lluvia, porque de esas zanjas bajaría el agua de la lluvia, o, mejor dicho, el lodo. Pero aún no llovía, y seguimos con determinación hasta la cima. Era como competir contra la naturaleza, un desafío, la odisea de subir y bajar antes de que las nubes reventaran con toda su fuerza.

Por fin llegamos a la cima. Estaba exhausta, porque fue un ascenso duro; a pesar de que hacía senderismo regularmente, el tema de subir sin parar fue desafiante. A él también se le veía agotado. Nos sentamos en el suelo, al borde de una roca, contemplando el paisaje. Era precioso ver los dos extremos de la ciudad tan distintos: por un lado, todo estaba oscuro por la tormenta que se avecinaba, y por el otro, el sol radiante brillaba sobre el verde de los árboles. Contemplar aquello era mágico y más con él a mi lado. Quería que el tiempo se detuviera, que los minutos no pasaran. Pero tendríamos que bajar pronto, porque esa tormenta no daba buena espina y estaba llegando más rápido de lo que pensábamos.

Tomamos un poco de agua y comimos algo. Él sacó un par de frutas de su mochila y yo, dos galletas de avena. Solo hablamos del paisaje mientras comíamos, fascinados por las vistas.

—Oye, me dijiste que no iba a llover —le dije.

Él se rio y respondió:

—Eso pensaba, pero aquí todo es impredecible, como lo fue nuestro encuentro aquí.

Se fue acercando poco a poco, a tal punto que nuestros ojos ya no veían tormentas ni paisajes, solo veían lo cerca que estábamos el uno del otro. Nunca habíamos estado tan cerca, y yo sentía unas ganas terribles de besarle. Parecía que él sentía lo mismo.

De repente, los truenos y la lluvia interrumpieron aquella escena extremadamente romántica. El viento también hacía de las suyas, era como un aviso inminente de que la tormenta no nos daba tregua para descender.

—Vámonos —dijo él—. Ahora el reto es bajar más rápido de lo que tardamos en subir.

Empezamos a mojarnos con las primeras gotas. Mientras bajábamos, la lluvia se intensificaba y los truenos se hacían más fuertes. Él sacó una bolsa de su mochila y guardó nuestros teléfonos y documentos de identidad para protegerlos de la humedad. Mientras descendíamos a toda prisa, la tierra se volvía resbalosa y nuestros pies esquivaban las caídas como podían. Era una carrera que teníamos todas las de perder. La tormenta ya estaba encima de nosotros y con ella, los riachuelos de lodo empezaron a bajar por todas partes. Correr cuesta abajo era inútil, y nuestra prioridad pasó a ser la seguridad, más que mantenernos secos. Estábamos empapados, y la lluvia se hacía más fuerte, al igual que el viento. El miedo a que una rama de algún árbol cayera sobre nosotros era mayor que el de resbalarnos en el fango de aquellas tierras resbaladizas.

Finalmente, llegamos a la calle, nuestro lugar seguro. Empapados de pies a cabeza, estallamos en risas al ver nuestras pintas, llenas de lodo y suciedad.

—Qué locura —dije, riendo mientras le quitaba a Andrés una hoja de la cabeza—. Debimos cambiar de plan.

Él también se rio, sacudiéndose el lodo de la ropa.

—Tal vez, pero esto que nos pasó no lo cambiaría por nada.

Nos miramos, con la sensación de que esa aventura, a pesar de todo, había sido el inicio de algo especial. Sonreí, me sonrojé, y un temblor me recorrió el cuerpo mientras el agua de la

lluvia me corría por la frente.

Al llegar a su coche, nos dimos cuenta de lo realmente sucios y mojados que estábamos. La lluvia no cesaba y los truenos tampoco. No era capaz de montarme y ensuciarlo de barro, a pesar de que él tenía algunos plásticos guardados en la maleta y decía que cubriendo los asientos podríamos mojarlo lo menos posible.

—Súbete y te llevo a tu casa —me dijo.

Hacía frío y pronto empezaría a anochecer. Yo vivía al otro lado de la ciudad y, con el tráfico que se formaba cada vez que llovía, tardaríamos el doble en llegar. Ya llevábamos un buen rato varados en el tráfico cuando él me propuso algo.

—¿Qué te parece si vamos a mi casa? Está por aquí cerca —sugirió—. Te presto una camisa limpia y tomamos algo caliente antes de llevarte.

La idea de seguir mojada y sucia en ese tráfico interminable no era nada atractiva, así que acepté. Nos dirigimos a su casa, que se encontraba a dos cuadras de aquel lugar, mientras estábamos disfrutando de una especie de complicidad nacida de nuestra aventura bajo la tormenta.

Su casa, una pequeña cabaña de madera construida a mano, probablemente por algún leñador, estaba en la cima de una colina con paisajes hermosos que te hacían sentir parte de la naturaleza. Era increíble conseguir un lugar así en una ciudad tan grande. Una vez había estado ahí, en una fiesta que celebraba varios cumpleaños de compañeros de la aerolínea. Así que, esta no era la primera vez que visitaba esa casa; ya había estado ahí antes. Él vivía solo, aunque en compañía de sus dos perros y dos gatas, que convivían sorprendentemente bien, como si fueran hermanos.

—Son mi mejor compañía —me decía mientras acariciaba su perro—. Desde que me vine de España, ellos se han convertido en mi familia.

Eso despertó mi curiosidad sobre su pasado y le pregunté:

—¿Por qué estás solo aquí?

Con su humor irónico, siempre esquivando las preguntas incómodas, me respondió:

—Aquí no estoy solo, ahora estoy contigo, chiquilla.

Me hizo reír y sonrojar. Insistí:

—Anda, dime en serio. ¿Por qué has venido desde España, dejando a toda tu familia y amigos, tu vida entera?

Él suspiró y respondió:

—Vine a cumplir un sueño. Es una historia larga, ya habrá tiempo de contártela. Pero te resumo: cuando hice la carrera de piloto, me di cuenta de que en mi país es complicado empezar a volar como tal en una compañía aérea. Y buscando entre muchas alternativas, aquí encontré la oportunidad de hacer horas de vuelo. Ya llevo ocho años viviendo en Venezuela y me encanta este país. Nunca he vivido mejor que aquí.

—Entonces, ¿no piensas volver?

—Bueno, la primera vez que vine tenía el billete de regreso a los tres meses, era solo para probar, pero me quedé y cómo te dije me fue bien, ya llevo ocho años aquí. No sé cuándo tendré que volver. Lo más probable es que sea cuando me asciendan a comandante y haya acumulado más experiencia. No planeo quedarme mucho tiempo más.

Algo en mí se contrajo al escuchar eso. No me gustó. No quería seguir preguntando, ya que empezaba a sentir algo especial por alguien que estaba deseando volver a otro lugar.

—¿Te preparo algo caliente? —dijo, rompiendo el silencio.

Asentí, agradecida por el cambio de tema. Mientras él preparaba té, me senté en el sofá con una manta, observando a sus gatas jugar juntas. La tormenta seguía afuera, pero dentro de esa

pequeña cabaña de madera, todo parecía tranquilo. Por un momento, deseé que el tiempo se detuviera y que él no tuviera que irse nunca de Venezuela.

Encendí la tele mientras él preparaba algo en la cocina. Justo en el canal del noticiero, anunciaban a última hora que las lluvias habían causado varios derrumbes en la ciudad de Caracas, dejando incomunicadas a varias zonas.

«Tomen precauciones y no salgan de casa. Los bomberos y Protección Civil ya están realizando labores de rescate a personas atrapadas en la autopista, afectadas por la inundación originada por las lluvias», decía el reportero.

—Vaya —dije yo, con incredulidad—. Pensé que se trataba de una tormenta pasajera y vino para quedarse. No puede ser que esta ciudad se inunde por tres gotas de agua.

Me sentía un poco frustrada porque quería volver a casa esa noche. Tenía que volar al día siguiente; ese era mi único compromiso, pero la situación no daba para salir de allí.

—Parece que nos quedaremos atrapados aquí un rato más —dijo él, asomándose desde la cocina con una sonrisa pícara—. Pero no te preocupes, te prometo que te haré sentir como en casa. Apenas la tormenta cese, te llevaré a la tuya.

Intentaba levantar mi ánimo, y aunque apreciaba su esfuerzo, la preocupación aún pesaba en mi mente. Me preguntaba si mi familia estaría bien y si mi casa estaría segura de las inundaciones. Pero al mirar a su alrededor, viendo a sus mascotas jugar tranquilamente y sintiendo el calor acogedor de la cabaña, un sentimiento de calma comenzó a instalarse en mí.

Las luces tenues del salón contribuían a una atmósfera reconfortante. Sentí que, a pesar de todo, podía relajarme un poco.

—Gracias —dije, intentando sonreír—. Estoy segura de que estaré bien aquí.

Se acercó con una bandeja de té. Luego trajo otra con algo de pan, queso y jamón. Se sentó a mi lado, apagando la tele y encendiendo el reproductor de música. Empezaron a sonar canciones de Melendi y El Canto del Loco.

—Brindemos por las aventuras inesperadas y las tormentas que nos obligan a quedarnos —dijo.

Nos reímos y levantamos nuestras tazas. Aunque estaba atrapada, la compañía y la calidez de ese lugar hicieron que la situación no pareciera tan mala. De repente, la idea de pasar la noche allí no me pareció tan frustrante. Había algo en él y en ese pequeño refugio que me hacía sentir que estaba justo donde debía estar.

—Andrés, cuéntame más sobre tu vida aquí —le pedí mientras tomábamos el té.

Él sonrió, dejando la taza a un lado.

—Bueno, cuando llegué, no conocía a casi nadie. Empecé desde cero, buscando oportunidades para poder volar, sin darme cuenta he ido construyendo mi vida aquí poco a poco. Al principio fue difícil, pero pronto encontré amigos que me ayudaron y luego esta casa, que me dio la paz y el espacio que necesitaba.

Me habló de su amor por los paisajes venezolanos, de cómo le gustaba explorar las montañas y las playas, y de cómo los días tranquilos en la cabaña con sus mascotas eran su escape perfecto del bullicio de la ciudad.

—Venezuela tiene una belleza que no se puede explicar, alguien que viene por vacaciones no siente esto, tienes que quedarte aquí, tienes que vivirla —dijo, con los ojos brillando de entusiasmo.

—Parece que realmente has encontrado tu lugar aquí —dije, admirando su pasión por su vida en Venezuela.

—Sí, aunque siempre hay algo de nostalgia por lo que dejé en España. Pero aquí he

encontrado una segunda familia, una segunda casa.

Me contó anécdotas de sus primeros vuelos, de cómo lidiaba con los problemas y de los momentos que lo hicieron enamorarse del país. Sus palabras y su entusiasmo me hicieron sentir que, quizás, él se quedaría para siempre a vivir aquí.

Mientras la música seguía sonando y la lluvia arreciaba afuera, sentí que ese momento, con él, era algo especial. Quizás no estaba tan mal estar atrapada en medio de una tormenta, si eso significaba poder conocerlo más y compartir esa noche tan única.

La noche avanzaba y mi cansancio se notaba. Él me buscó unas almohadas, sábanas y una manta y abrió un sofá-cama. Arrimó hacia mí una mesita con una lamparita, me buscó un vaso de agua por si tenía sed durante la noche y lo puso ahí.

—Aquí estarás bien. Descansa, ya mañana sabremos qué hacer. Quizás tengas que ir a trabajar o quizás no, con estas lluvias nunca se sabe.

En el fondo se escuchaba el sonido de una secadora, y le pregunté si eso estaría funcionando toda la noche.

—He tomado nuestra ropa llena de lodo y la he lavado. Ya está secando, así mañana tendrás algo limpio que vestir, aunque mi ropa te queda muy bien —dijo sonriendo.

Me hizo reír, y por un momento me olvidé del caos exterior. Sentí una mezcla de agradecimiento y calidez que hacía tiempo no experimentaba.

—Gracias por todo, Andrés—le dije, sinceramente.

—Es un placer, niña —respondió.

Apagó las luces principales, dejando solo la lámpara de la mesita encendida. Se marchó diciendo:

—Descansa, guapa.

Tomé la manta y me acomodé en el sofá-cama, sintiendo el confort y la tranquilidad que ofrecía ese rincón acogedor.

Él se retiró a su habitación, dejando la puerta entreabierta, como si quisiera asegurarse de que me sintiera segura. El sonido constante de la secadora era sorprendentemente reconfortante, una especie de murmullo que acompañaba el ritmo de la lluvia golpeando el techo.

A pesar de la tormenta y la incertidumbre del día siguiente, me sentí en paz. Cerré los ojos y dejé que el cansancio me venciera, con la última imagen en mi mente siendo su sonrisa y el calor acogedor de su hogar.

A la mañana siguiente, el sol se asomaba entre las persianas y se escuchaba el canto de un montón de pajaritos. Por un momento no supe dónde estaba, pero enseguida recordé: estaba en la cabaña de Andrés. Me levanté estirándome, queriendo no hacer ruido. Fui sigilosamente al baño y, al volver, vi su habitación, la tentación me hizo mirar a través de la puerta entreabierta. Allí estaba él, plácidamente dormido, estaba sin camisa, terriblemente guapo, acostado entre almohadas y sábanas blancas. En ese momento, él se movió, y yo salí despavorida para que no me encontrara mirándole. Choqué contra un estante que estaba justo al lado de la puerta, tirando todo al suelo y haciendo un ruido bestial. Obviamente, se despertó.

Me sentía tonta. «¿Cómo podía haber hecho eso?», pensé. Salió de la habitación casi desnudo, bueno, solo llevaba prenda interior. «¡Ay, mi madre, ese cuerpo tan monumental!».

—Perdóname por despertarte, soy algo torpe andando por aquí —dije, sintiéndome la cara roja de la vergüenza.

Su sonrisa pícara me delató, él sabía que yo estaba mirándole, que estaba cerca de su puerta.

—No te preocupes, niña espía —respondió mientras me ayudaba a recoger todo lo que se había caído.

Yo, avergonzada, no sabía qué hacer. De repente, él me tomó del brazo con una fuerza inesperada y me dio un beso apasionado, de esos que te dejan sin aliento. Fue un momento intenso, como si la naturaleza humana nos hubiera dominado de la manera más primitiva. Mi corazón latía con fuerza mientras nos perdíamos en una espiral de besos que se esparcían por todos lados. En ese instante, toda torpeza y vergüenza se desvanecieron, dejándonos solo a nosotros y esa conexión tan inesperada como irresistible.

Justo cuando comenzábamos a perder la noción del tiempo y el espacio, una ráfaga de viento frío que se coló por la ventana entreabierta nos devolvió a la realidad. Nos separamos, aun respirando con dificultad, nos miramos a los ojos, tratando de descifrar lo que acababa de suceder. La habitación estaba a media luz por las persianas entreabiertas, pero en el aire flotaba una sensación de complicidad que nunca antes había experimentado.

—¿Estás bien? —preguntó Andrés con una sonrisa que destilaba una mezcla de picardía y preocupación, mientras se mordía los labios.

Asentí, aún recuperándome de la sorpresa y la intensidad del momento. Nunca antes había sentido algo tan visceral, tan puro y desinhibido. La vergüenza inicial había dado paso a una curiosidad incontrolable, y quería saber más, explorar más.

—No esperaba esto —dije finalmente, con una risa nerviosa que no pude contener.

—Yo tampoco —admitió él, sin soltarme del todo—. Pero a veces, lo inesperado es lo mejor que nos puede pasar.

Sus palabras resonaron en mi mente mientras nos sentábamos en el borde de la cama, todavía tomados de la mano, en un silencio que no necesitaba ser llenado. Cada segundo que pasaba con Andrés parecía cargado de una promesa de aventura, una promesa que estaba ansiosa por descubrir. Había algo en su manera de mirarme, algo que me hacía sentir especial, como si en sus ojos yo fuera la única persona en el mundo.

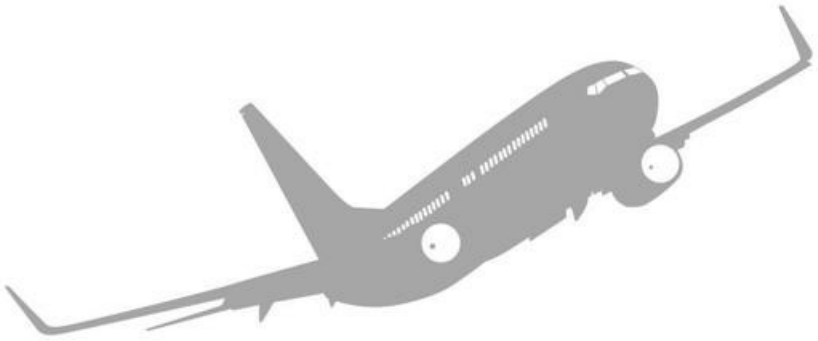
—Valeria —dijo suavemente, rompiendo el silencio—, no quiero que pienses que esto fue solo un impulso del momento. Hay algo en ti que me atrae de una manera que no puedo explicar. Lo siento, si esto te pudo incomodar.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar sus palabras. Sentí un calor reconfortante y una emoción que me inundaba por completo. En ese instante, comprendí que aquel beso había sido solo el principio. La vida, nos había llevado a este preciso momento, y estaba decidida a disfrutar cada segundo.

—Andrés —respondí, buscando sus ojos—, siento lo mismo. Quiero ver a dónde nos lleva esto.

Nos abrazamos, dejando que el tiempo se desvaneciera una vez más, perdidos en la magia de ese instante.

9



La verdadera tormenta

El día comenzaba lleno de sorpresas, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo era posible. La tensión entre Andrés y yo se había transformado en una chispa palpable, sentía que ya no éramos los mismos. Algo entre nosotros había cambiado para siempre.

Al cabo de unos minutos, recordé que volaba en las próximas horas y que tendría que ir a mi casa, a preparar todo para el vuelo, me vestí con la ropa que aún estaba tibia de la secadora mientras Andrés iba a la cocina a preparar algo para desayunar. Yo, mientras tanto, busqué el celular, pero estaba apagado y sin batería. Le pedí un cargador y me prestó uno que tenía cerca. Mientras el teléfono se cargaba, encendí la televisión para buscar noticias sobre las inundaciones en la ciudad, pero no había nada al respecto.

Él me acercó una taza de café y un par de tostadas con tomate.

—Gracias —le dije sonriendo.

Al ver que el teléfono había cargado un poco, lo encendí y, para mi sorpresa, tenía cinco mensajes de voz de uno de mis hermanos. «Ay, qué torpe soy, no avisé en casa y seguro que están preocupados por mí», pensé que se preocupaban por el tema de las inundaciones. Al escuchar los mensajes de voz, noté algo desgarrador en su tono.

—Valeria, ¿dónde estás? Papá no se siente bien, se ha despertado esta madrugada con un dolor muy fuerte en el estómago, está hinchado y ha vomitado dos veces.

«No puede ser», pensé. Las manos me temblaban cuando intenté escuchar el siguiente mensaje:

—Valeria, estoy camino al hospital, espero que no sea grave, pero papá se encuentra muy mal. Te aviso en qué hospital estaré.

Llamé varias veces a mi hermano, pero no respondió. La incertidumbre me invadía el cuerpo. Andrés notó mi preocupación.

—Valeria, ¿pasa algo? —preguntó.

—Mi padre va camino al hospital, no está bien, dice mi hermano. Tengo que irme —respondí.

Después de escuchar todos los mensajes de voz explicando la situación, mi hermano me devolvió la llamada:

—Ven urgente a la clínica. Papá está ingresado y los médicos no saben qué tiene. Le harán una cirugía abdominal exploratoria para determinar la causa, pero todo pinta muy grave. Tengo miedo, ven.

Enseguida busqué mis cosas y Andrés condujo el coche, mientras me tomaba la mano, diciéndome: «Todo estará bien, calma, todo saldrá bien» y me dejó en las puertas del hospital. Estaba muy nerviosa y, por un momento, me olvidé del mundo. Estaban mis dos hermanos y cuando los vi, nos abrazamos, era tanto afecto que queríamos borrar toda expresión de infelicidad en nuestras caras.

—¿Dónde está papá? —pregunté.

—En cuidados intensivos, lo están preparando para quirófano, pero tiene los valores altos de azúcar en sangre. Al parecer papá tiene una condición de diabetes muy delicada.

No me esperaba esa noticia. Sentía que mi mundo se desvanecía, como si todo a mi alrededor se nublara. Un escalofrío cruzó mi ser al saber que podría ser muy grave, que mi padre no despertaría y que yo no estaba ahí, a su lado.

Me quedé de pie en esa fría sala de espera, sintiendo que el tiempo se ralentizaba. Mis hermanos y yo intercambiábamos miradas de preocupación, cada uno lidiando con sus propios temores. El sonido de las puertas automáticas de la sala de urgencias abriéndose y cerrándose, los pasos apresurados del personal médico, todo se convertía en un murmullo lejano, así como pasaban las horas a la espera de alguna noticia.

Finalmente, un médico se acercó a nosotros, su rostro era serio, pero parecía mostrar una sospecha de esperanza en sus palabras.

—Familia del señor Ferreira —anunció, y todos nos levantamos de un salto.

—Sí, somos nosotros —respondió uno de mis hermanos.

El médico nos miró con seriedad y comenzó a explicar:

—Hemos estabilizado los valores de sangre de su padre, pero necesitamos proceder con la cirugía exploratoria para determinar la causa de su dolor. Al parecer hay una obstrucción en el intestino, pero con los resultados de la ecografía no sabemos de qué se trata. Es una operación delicada, pero es necesaria para evitar complicaciones mayores.

Mi mente estaba aturdida. Las palabras del médico resonaban en mis oídos mientras trataba de asimilar la situación. La posibilidad de perder a mi padre me parecía irreal, como si fuera una pesadilla de la que no podía despertar.

—¿Podemos verlo antes de la cirugía? —pregunté con voz temblorosa.

El médico asintió y nos guio hasta donde estaba él, nos vestimos con una especie de traje verde, guantes y mascarillas, una vez dentro, uno por uno entró hasta la habitación donde mi padre estaba descansando, conectado a varios monitores y con un catéter en su cuello, pero no mostraba señales de dolor, imaginando que podría ser por la cantidad de calmantes que le

estaban siendo suministrados. Su rostro estaba pálido y parecía más frágil de lo que había imaginado. Me acerqué a su cama, tomé su mano y sentí cómo una ola de emociones me envolvía.

—Papi, estoy aquí contigo —le susurré, tratando de contener las lágrimas y mi cara de preocupación debajo de mi mascarilla—. Vas a salir de esta, somos fuertes.

Él abrió los ojos lentamente y esbozó una pequeña sonrisa, aunque su mirada reflejaba el miedo que estaba viviendo. Mis hermanos también se acercaron, cada uno ofreciendo palabras de aliento y apoyo. Ese momento de unión familiar, aunque doloroso, me recordó la fuerza del amor y la importancia de estar juntos en los momentos difíciles.

Poco después, los enfermeros entraron para llevar a mi padre al quirófano. Nos quedamos allí, viendo cómo se lo llevaban, sintiendo una mezcla de esperanza y miedo. Regresamos a la sala de espera, ahora más silenciosa que nunca. Me senté junto a mis hermanos, agarrándonos de las manos, esperando y rezando por un milagro.

Las horas pasaban, intentaba distraerme leyendo una revista vieja que encontré en la sala, pero mi mente siempre volvía al cartel que estaba colgado en una de las puertas del hospital, que decía «Sala Quirúrgica». Miraba el reloj cada poco tiempo, parecía que las manecillas apenas se movían. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, el médico regresó.

Su expresión todavía era seria, pero había una sospecha de alivio en sus ojos.

—Familia Ferreira, la cirugía fue exitosa —anunció—. Encontramos una obstrucción intestinal que estaba causando el dolor y la hinchazón. La hemos removido y su padre está en recuperación estable de momento. Aún hay que monitorearlo de cerca, pero esperamos que se recupere bien.

Un suspiro colectivo de alivio recorrió a mi familia. Nos abrazamos, llorando de alegría y gratitud. Sentía como si un enorme peso se hubiera levantado de mis hombros.

Más tarde, cuando por fin pude ver a mi padre en la sala de recuperación, me acerqué a su cama y le susurré:

—Te dije que somos fuertes, papá. Vas a estar bien.

Él me apretó la mano con una fuerza renovada y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí en paz. Sabía que todavía había un camino largo por delante, pero con el apoyo de mi familia y la esperanza en nuestros corazones, todo parecía posible. Desde ahí, comprendí lo frágil que puede ser la vida. Estas situaciones no solo nos ponen a prueba, sino que nos dan un manotazo para que reaccionemos sin esperar; el tiempo y la vida pasan, pasan así de rápido.

Mi padre tendría que estar ingresado unos días más en el hospital. Su estado era delicado, aunque ya había superado la condición de extrema urgencia. Andrés nunca dejó de preocuparse por nosotros, llamaba constantemente para preguntar sobre la situación, una tarde para alegrarme el día, me llevó un peluche y unos bombones. Además, fue él quien avisó por mí a la aerolínea la situación, para que ellos coordinaran que otro tripulante ocupara mi lugar, esos días que debí volar. También contó a mis amigos más cercanos la situación, llenándome de mensajes y llamadas de buena vibra. Fue un gesto muy noble de su parte hacer eso por mí, en esos momentos me sentía agotada pero aliviada, protegida y conmovida por todas las emociones que había experimentado en los últimos días.

Mientras mi padre descansaba, Andrés y yo nos sentamos en la pequeña sala de espera del hospital. La luz tenue y el silencio, roto solo por el ocasional pitido de una máquina en la distancia, creaban un ambiente surrealista. Andrés, siempre tan atento, intentaba distraerme con historias y anécdotas.

—¿Sabes? —dijo, mirándome con una sonrisa—. Esto me recuerda a aquella vez que nos

quedamos atrapados en el avión, en el aeropuerto de Isla de Margarita, por aquella tormenta que nos hizo aterrizar de emergencia. ¿Recuerdas? Fue un caos, era muy tarde, los niños llorando, la gente angustiada, y aquel pasajero borracho que se bebió todo el alcohol que compró en el *Dutty Free*, alegrando la noche con sus chistes y canciones cantadas a todo pulmón, estábamos cansados, pero al final manejamos la situación, fue una experiencia más, y hoy logramos reírnos un poco de todo.

Su esfuerzo por aligerar el ambiente me hizo sonreír. A pesar de la situación, su presencia era un bálsamo para mi ansiedad.

—Gracias, Andrés, no sé qué habría hecho sin ti —dije, sintiendo como si el peso de la preocupación fuese compartido entre dos.

Él me miró con ternura y, sin decir nada más, me pasó un brazo por los hombros, ofreciéndome un consuelo silencioso.

Las horas siguientes pasaron lentamente. Mis hermanos y yo nos turnábamos para estar con mi padre y descansar un poco en la sala de espera. Cada visita a su habitación me llenaba de esperanza; aunque se veía débil, su espíritu seguía intacto.

Una mañana, mientras esperaba en la cafetería del hospital, recibí una llamada de mi madre. Había llegado de su viaje y estaba en camino. Sentí una oleada de alivio al saber que pronto estaría con nosotros. A pesar de que mis padres estaban separados desde hace mucho tiempo y sus caminos tomaron rumbos distintos, ella siempre ha estado al tanto de todo.

Cuando mi madre llegó, corrí a su encuentro y nos abrazamos largamente. Su presencia era reconfortante, un ancla en medio de la tempestad.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó con voz temblona, pero firme.

Le conté todo lo que había ocurrido y la llevé a ver a mi padre. Su llegada parecía darle una fuerza renovada. Juntos, enfrentábamos cada desafío, cada incertidumbre, con la convicción de que, mientras estuviéramos unidos, podríamos superar cualquier obstáculo.

Los días siguientes fueron una mezcla de preocupaciones y pequeños momentos de alegría. Ver a mi padre mejorar poco a poco era un alivio indescriptible. Los médicos estaban satisfechos con su progreso, aunque insistían en que debía tomarse las cosas con calma.

Una tarde, mientras me sentaba junto a su cama, mi padre me tomó la mano y me dijo:

—Valeria, a veces olvidamos lo importante que es estar con quienes amamos. Este susto me ha hecho recordar eso. No dejes que el trabajo o las preocupaciones te alejen de lo realmente importante. Intentar mantener las dos cosas cerquita, la familia primero y el trabajo al lado.

Sus palabras se grabaron en mi corazón como un tatuaje. En ese momento, decidí que, sin importar lo ocupada que estuviera, siempre encontraría tiempo para mi familia. Esta lección me enseñó que la vida es demasiado corta y frágil para no valorar cada instante con ellos.

Finalmente, llegó el día en que los médicos dieron el alta a mi padre. Salir del hospital fue como despertar de una pesadilla. Aunque todavía había un camino de recuperación por delante, estábamos listos para enfrentarlo juntos.

De regreso a casa, sentí una nueva apreciación por todo lo que tenía, eso pasa cuando sientes que la vida te quita algo, «nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde», como dice el refrán. La experiencia había sido dura, pero también me había enseñado mucho sobre la importancia de la familia, la resiliencia y el amor. Y con esas lecciones en el corazón, estaba lista para enfrentar cualquier cosa que la vida me deparara.

10



El amor se disfrazó de miedo

La vida continuó sin tantos cambios drásticos. La relación con Andrés iba de maravilla día a día y a los pocos meses nos anunciaban que íbamos a ser ascendidos en la compañía: él como comandante y yo como instructora para tripulantes de cabina. Mi padre mejoró notablemente de salud, sorprendiéndonos con su dedicación a los ejercicios y su abandono del azúcar y los malos hábitos alimenticios. Nosotros también adoptamos esos cambios, comprendiendo que la única manera de vivir plenamente es cuidar nuestro «monumento», nuestro cuerpo.

Las cosas no podrían ir mejor. Cada día, Andrés y yo nos apoyábamos mutuamente en nuestras responsabilidades laborales. Su ascenso a comandante no solo era un logro profesional, sino también una prueba de su capacidad y dedicación. Él pasaba horas y horas estudiando, preparándose para ello.

Yo, por mi parte, disfrutaba de mi nuevo rol como instructora, me había graduado de la universidad de aquella carrera que no quería al principio, pero con la insistencia de mi padre, pude obtener el título de Licenciada en Educación, fue duro estudiar mientras trabajaba volando, pero vi con ganancias que todo el esfuerzo valió la pena, así que «enseñar» se convirtió parte de mi destino, encontraba una satisfacción especial en guiar a los nuevos tripulantes y transmitirles mi pasión por el trabajo.

En casa, el ambiente era de armonía y gratitud. Mi padre, con su salud renovada, se convirtió

en un ejemplo de fuerza. Sus esfuerzos por mantenerse activo y saludable nos inspiraban a todos. Mis hermanos y yo, nos unimos aún más en esta nueva etapa, celebrando cada pequeño logro y disfrutando de los momentos simples.

Una tarde, mientras estábamos reunidos en la sala, mi padre se levantó con una energía que no habíamos visto en años, el que era muy reservado emocionalmente, nos dijo:

—¿Saben? —dijo con una sonrisa—. Nunca es tarde para volver a comenzar. Quiero agradecerles a todos por estar conmigo, por no dejarme caer. Esta segunda oportunidad que la vida me ha dado es algo que no pienso desaprovechar.

Nos miramos emocionados, sintiendo que esas palabras encapsulaban todo lo que habíamos vivido. A partir de ese día, a pesar de cada una de nuestras ocupaciones, decidimos hacer algo especial todos los meses: una cena familiar, una caminata en el parque, un viaje corto, lo que fuera. Lo importante era estar juntos, crear recuerdos y reforzar nuestra unión.

Andrés se integró completamente a nuestra familia. Mis padres lo aceptaron como un hijo más, y su presencia siempre traía alegría y tranquilidad.

Hasta que un día, Andrés me dijo que tenía que viajar a su país, España, para resolver algunos asuntos familiares. Me aseguró que solo tardaría un par de semanas. Lo comprendí sin dudar. Aunque una parte de mí no quería que se fuera, pero le abracé y le deseé un buen viaje.

Durante los días siguientes sin Andrés, me sumergí en el trabajo y en la rutina, pero no podía evitar sentir un vacío. Andrés y yo solíamos compartir todos los pequeños detalles de nuestro día a día, y su ausencia era palpable. Aun así, me consolaba pensar que pronto estaría de vuelta. La comunicación era difícil. Además de la diferencia horaria, nuestras ocupaciones nos distanciaban. Más de una vez no sabíamos de nosotros; solo nos dejábamos mensajes para decir que todo estaba bien. Lo extrañaba mucho, especialmente al caer la noche.

Pasaron las dos semanas, y el día de su regreso por fin llegó. Fui al aeropuerto a esperarlo. Cuando lo vi aparecer entre la multitud, corrí hacia él y nos abrazamos como si quisiera detener el tiempo. Sentir su calor y su presencia de nuevo fue como volver a respirar después de estar bajo el agua.

—Te extrañé tanto —le dije, sin poder contener las lágrimas.

Sin embargo, algo en él había cambiado. No estaba tan alegre como yo. Mi intuición me decía que algo pasaba. Lo notaba frío y distante, pero me dije que quizá solo era el cansancio del viaje o el famoso *jetlag*. No quise darle demasiada importancia.

Al día siguiente, decidí sorprenderlo con una cena improvisada. Le llevé sushi, nuestra comida favorita, pero su reacción fue otra vez fría, casi indiferente. Empecé a preocuparme.

—¿Qué te pasa, Andrés? —le pregunté con suavidad, aunque por dentro me moría de la curiosidad.

Él bajó la mirada, como si quisiera ocultar algo.

—No quiero preocuparte —dijo en un tono bajo—. Solo necesito estudiar para el chequeo del ascenso a comandante. La prueba final está a la vuelta de la esquina y no me siento preparado.

—Ah, el ascenso. Estás nervioso por eso. No te preocupes, todo saldrá bien. Eres muy inteligente y dedicado. En un par de días lo tendrás todo controlado. Le respondí, tomándole de la mano.

Cenamos rápidamente y luego me marché. No quería distraerlo. Le dejé claro que me llamara si necesitaba despejar la mente, porque estudiar sin parar tampoco es lo más recomendable. Pero, aunque traté de convencerme de que el ascenso era la causa de su comportamiento, algo en mí seguía dudando.

Con el paso de los días, noté que eran menos frecuentes los mensajes que me dejaba en el

teléfono. La iniciativa en todos los planes la tomaba yo: «Vamos a subir a la montaña», le decía. «No puedo», respondía. «Vamos a comer juntos». «Tampoco puedo». «¿Quieres ver una peli?». «Hoy no», y así sucesivamente. Andrés también le gustaba tomar la iniciativa, pero era evidente que ya no lo hacía. Y yo, por dentro, me comía la incertidumbre porque no entendía. Sabía que estaba nervioso por el examen a comandante, pero algo en mí no se convencía.

Ese mes estuve prácticamente sola. Menos mal que también me pusieron muchos vuelos y con eso mantenía la mente ocupada. Después de volar, me refugiaba en mis amigas y a la vez compañeras de vuelo, y como mujeres, nos confesábamos cosas. Cuando hablaba con ellas parecía que conversara con un diablo y un ángel; ellas me daban consejos para animarme, pero muchos de ellos venían de su propia personalidad, de sus propias experiencias, así lo sentía.

Una de ellas, la optimista eterna, veía todo con una luz brillante, casi cegadora. Siempre encontraba el lado positivo y me decía:

—Tranquila, eso pasa. Ascender a comandante es un gran cambio. Se dan cuenta de la enorme responsabilidad que llevan sobre sus hombros. Imagínate, ¡llevar ciento cincuenta personas en el aire y que todo dependa de tus decisiones! Las pruebas son durísimas, Valeria. Ya verás que cuando termine con todo el proceso, volverá a ser el mismo Andrés de siempre.

Por otro lado, mi otra amiga, la más realista (o pesimista, dependiendo del punto de vista), no se guardaba nada:

—Puede que haya conocido a alguien en España y no tenga el valor de decírtelo. Eso pasa. Los hombres muchas veces no saben enfrentar sus problemas y lo hacen de la manera más cobarde. Yo, si fuera tú, no le escribiría más. ¡Que se vaya a joder a otro lado!

Ambas versiones me dejaban pensando. No quería creer en ninguna de ellas, pero la duda ya estaba plantada en mi cabeza, y cada día que pasaba, la indiferencia de Andrés me hacía más daño.

De repente, sonó el teléfono. Era mi madre. No quería atender porque sabía que, con su intuición de madre, podría adivinar que algo andaba mal. Pero al tercer timbre, no resistí.

—¿Aló, mamá?

—Hola, hija, ¿cómo estás? —me preguntó, con ese tono suave que siempre me desarmaba.

Quería contarle todo, pero en vez de eso respondí:

—Bien, mamita.

Mi mamá vivía en otra ciudad, y aunque no nos veíamos con frecuencia, ese día deseé más que nunca poder abrazarla. El abrazo de una madre es como un escudo contra todos los males del mundo, un refugio que te hace sentir que todo estará bien.

Sin embargo, no quería preocuparla con algo que, quizás, no tuviera sentido. Durante la llamada, me contó que planeaba ir a Portugal, a la isla de Madeira, en un par de meses y me propuso unirme. Me emocioné al recordar la vez que fui de niña. Esa isla, tierra de mis padres, siempre la había sentido mi hogar, más que cualquier otro lugar en el mundo. Le respondí:

—¡Me encantaría! Pero tengo que pedir vacaciones en la aerolínea, ver si me las aprueban y cuadrar los pasajes, es un viaje largo.

Pensé que también sería perfecto para reflexionar sobre todo lo que estaba pasando con Andrés.

Los días pasaron, Andrés aprobó su examen de comandante, pero seguía igual de distante. Ya no tenía excusas para evitarme. Lo nuestro se desmoronaba, y yo sentía como si corriera tras alguien que solo caminaba a mi lado. La chispa que nos había unido se apagaba, y me hacía daño.

Un día, fui a su cabaña, donde habíamos compartido tantos momentos. Necesitaba saber la

verdad, aunque doliera. No podía seguir en esa incertidumbre.

—Andrés —dije, con el corazón latiendo en mis manos—, dime la verdad. ¿Hay alguien más? ¿Por qué estás así?

Su respuesta fue sincera, pero devastadora.

—No hay otra persona, Valeria. Soy yo. Hace tiempo me prometí que este país solo sería una etapa en mi vida, para ganar experiencia, pero ahora… siento que es hora de volver a España. Extraño a mi familia, mis amigos, mi hogar, es difícil de explicar, quizás no lo puedas entender.

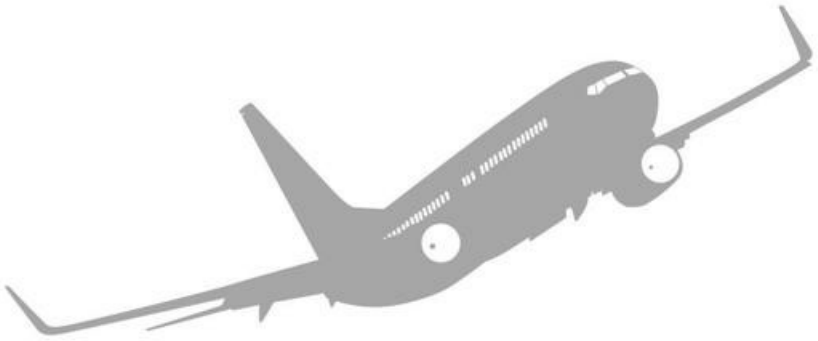
Sus palabras fueron como una tormenta que se había estado gestando, pero que, de repente, estalló en mi pecho. Lo comprendí. Sabía que Andrés era de raíces profundas, que España siempre sería su hogar. Lo abracé fuerte, con una mezcla de tristeza y aceptación.

Esa misma semana, empezó a vender sus cosas, y preparar su regreso, ese regreso que en ningún momento me sentí incluida, tampoco sabía si quería irme con él, dejar mis raíces, mi país, mi familia, todo mi mundo me tenía al borde de un abismo de indecisiones.

Mientras él planificaba su viaje sin regreso, yo volví a refugiarme en la montaña. Me hacía fuerte, subía hasta la cima del Ávila, como si pudiera encontrar respuestas en el viento que soplaba allá arriba. Pero solo encontré lágrimas. Lloraba, lloraba como una niña, sin poder contenerme.

Finalmente, esa semana confirmé mis vacaciones y compré un boleto para Portugal. Necesitaba cambiar de ambiente, pero, sobre todo, necesitaba reencontrarme.

11



La vida en dos maletas

El viaje a Portugal marcó un antes y un después en mi vida. Quizás ese era mi verdadero propósito al elegir esas vacaciones: reflexionar o, simplemente, dejar de pensar tanto.

Horas antes del vuelo, recibí un mensaje de Andrés. Quizás notaba mi distancia, aunque para ese momento no tenía intenciones de dejar atrás lo que sucedió entre nosotros, necesitaba un tiempo para reflexionar. Una parte de mí aún lo amaba con locura, pero la otra no podía mantenerlo atado. Sentía que él no quería estar conmigo, y no tenía sentido aferrarme a alguien que no estaba del todo presente. El amor no se trata de poseer ni de controlar; es una decisión libre, y yo no quería menos.

Llegué al aeropuerto, lista para mi vuelo a Funchal con escala en Madrid. Sin embargo, a pocos minutos de embarcar, me sucedió algo tan estresante que hoy solo puedo contarlo con risa. Sentí una necesidad urgente de ir al baño, y claro, opté por ir al más cercano a la puerta de embarque. Lo que no esperaba era quedar atrapada en el pequeño cubículo. Al intentar salir, el pestillo se rompió, dejándome prisionera. Golpeé la puerta y grité tan fuerte, pero nadie parecía escucharme. Mientras intentaba desesperadamente salir, escuchaba en el fondo los altavoces anunciando: «Última llamada para los pasajeros con destino a Madrid, embarquen por la puerta A32». ¡Qué mala suerte! Imaginé que perdería el vuelo por culpa de esto.

Mientras intentaba escalar la puerta nuevamente, empecé a gritar:

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

Una señora, entrando al baño, se dio cuenta de que estaba atrapada y, subiendo a una papelera, logró darme su mano y entre el mayor de los impulsos, una pierna logré sacar y luego la otra, ella pudo ayudarme a salir. La abracé como si fuera mi héroe, le di las gracias y corrí hacia la puerta de embarque.

El personal del aeropuerto me recibió con cara poco amigable; ya estaban gestionando bajar mi maleta para cancelar mi vuelo. Apenas subí al avión, aún intentando recuperar la respiración, una azafata, me dio la bienvenida y me informó que habían tomado mi asiento. Resulta que, por un fallo del sistema, habían ubicado a un niño lejos de su madre y decidieron sentarlo en mi asiento.

—Lo entiendo, también soy tripulante de cabina y esto pasa a menudo en mis vuelos —le respondí, de manera compresiva.

—¿Usted es tripulante de qué aerolínea? —me preguntó la azafata.

—Sí, de una venezolana que seguramente la habrás visto por aquí —le respondí—. Si necesita ayuda durante el vuelo, estaré encantada de colaborar —agregué.

Ella sonrió amablemente y me guio a mi nuevo asiento. Mientras caminaba detrás de ella, me di cuenta de que estaba en otra cabina completamente diferente. Había comprado billetes de clase turista, pero ella me estaba llevando a primera clase. Nunca había volado así, y al principio me sentí extraña, como si no lo mereciera. Pero en cuanto me senté y me ofrecieron una copa de champán, decidí que sí, claro que me lo merecía.

En ese momento, sentí un entusiasmo que no había anticipado. Siempre he amado volar, y el hecho de cruzar el Atlántico me llenaba de una emoción indescriptible. Trabajar en grandes aviones como el Boeing 747 o el Airbus A350 era uno de esos sueños que siempre parecían inalcanzables. Pero ¿inalcanzable? De repente, una idea me vino a la mente: llevaba conmigo todos los documentos y certificados que acreditaban mi experiencia como tripulante de cabina. ¿Y si este viaje no era solo una escapada, sino la oportunidad de cambiar mi vida?

Decidí probar suerte. Sabía que podría cumplir con todos los requisitos que buscaban las aerolíneas grandes: la experiencia, la altura, el peso… Todo parecía que estaba alineado. En el fondo, me repetía un viejo refrán que solía decir mi madre: «Tocar no es entrar», lo que significa que, aunque no tengamos certeza del resultado, lo importante es intentar. Y eso estaba dispuesta a hacer.

El vuelo transcurrió mientras mi mente vagaba entre el presente y el futuro. Disfrutaba de un menú exquisito y las comodidades de primera clase, pero al mismo tiempo, me repetía que esta experiencia, este viaje, era solo el inicio de algo más grande. Ese viaje sembró en mí unas ganas terribles de volar en una aerolínea internacional, volar en primera clase no solo como pasajera, sino como parte de la tripulación.

Al llegar a Funchal, agotada tras la escala en Madrid, me recibió mi madre con un abrazo cálido. Había alquilado un apartamento encantador en un edificio antiguo, cerca del centro. En los primeros días, me dediqué a explorar la ciudad, caminando por sus calles empedradas, disfrutando ese olor a océano y de la música como el fado que interpretaba un músico que improvisaba en la calle. Disfruté tanto comer las espetadas de carne jugosas con ese sabor a laurel, el *milho* frito y *bolo do caco* calentito que no se resistía a la mantequilla. Sentí una conexión inmediata con el lugar, como si una parte de mí hubiera nacido ahí, como si fuera el escenario perfecto para un nuevo comienzo.

Inspirada por el entorno y decidida a aprovechar esta oportunidad, envié por internet mi currículum a varias aerolíneas internacionales. Y un par de días después, recibí una llamada para

una entrevista con una aerolínea europea de renombre. La emoción me invadió; sentía que esta era la oportunidad que había estado esperando.

La entrevista telefónica comenzó bien. Compartí mis experiencias, mis habilidades y mi pasión por la aviación. Sin embargo, durante la prueba de inglés, me di cuenta de que estaba más nerviosa de lo que pensaba y admito que cometí varios errores. Solo pensé: «Espero que esto sea una razón para descalificarme». La entrevistadora se despidió muy amablemente, diciéndome que pronto recibiría un email para una entrevista en persona, que si estaba dispuesta a viajar hasta el lugar y obviamente dije que sí.

Un par de días después, paseando por los vibrantes caminos del Jardín Botánico de Madeira, una sensación de calma absoluta me envolvía. No sé si es por aire fresco que acariciaba mi piel o por la vista del exuberante paisaje, con sus flores exóticas y colores vivos, llenaba mi corazón de una alegría serena. Era como si cada rincón de ese lugar me susurrara paz, como si el mundo entero me recordara lo hermosa que puede ser la vida en su sencillez. Sin embargo, todo cambió en un instante. Un correo electrónico llegó a mi teléfono celular, era de la aerolínea, el cual interrumpió ese momento perfecto: no había sido seleccionada debido a mi nivel de inglés. La noticia cayó como un jarro de agua fría. En un solo segundo, la decepción y la frustración se apoderaron de mí. El jardín, que antes se desplegaba ante mis ojos como un refugio de belleza, parecía desvanecerse, como si el paisaje, tan vibrante un momento atrás, se volviera borroso, casi distante. Pero nada a mi alrededor había cambiado. El cambio estaba en mí. Era mi manera de ver lo que había alterado la percepción de todo lo que me rodeaba.

A pesar del golpe, decidí que este revés no marcaría el fin de mi camino. Sentí que me enfrentaba a un muro lleno de obstáculos, y la falta de fluidez en inglés era solo uno de los muchos ladrillos que necesitaba derribar. Ese obstáculo, lejos de derrotarme, encendió una chispa dentro de mí. Funchal me regaló una lección poderosa: no se trata solo de soñar, sino de estar realmente preparada para alcanzarlos.

Así, tomé una decisión que cambiaría mi vida para siempre. No quería más cursos ocasionales, ni intentos a medias. Sabía que la única manera de conquistar este desafío era sumergirme por completo. Decidí que iría a Inglaterra durante seis meses, a vivir, respirar y sentir el inglés en cada instante de mi día a día. Estaba dispuesta a vender muchas de mis cosas: esa guitarra que ya no tocaba, un portátil que había quedado en el olvido, mi bicicleta que siempre había sido mi compañera en días soleados, incluso pedir algo de dinero a mi padre para completar el pago del curso. Y dar todo lo que había ahorrado durante años, estaba destinado a ese momento, a esta apuesta por mi futuro.

A los pocos días, ya tenía la preinscripción de la academia en mis manos. Sabía que estaba a punto de comenzar una aventura que no solo mejoraría mi inglés, sino que también me enseñaría sobre mi propia capacidad de superación. Comprendí, en lo más profundo de mi ser, que el verdadero éxito no es la ausencia de fracasos, sino la decisión de no rendirse jamás.

Mis vacaciones en Portugal terminaron antes de lo que esperaba, y al regresar a mi país, volví a trabajar en mi aerolínea durante unos meses más. Pero esta vez, con una chispa renovada, una meta clara que iluminaba cada uno de mis días: aprender inglés con fluidez y, algún día, trabajar en Europa. Mi mente estaba enfocada, pero el regreso también trajo consigo un reencuentro que removió emociones profundas.

Ver a Andrés fue como despertar de nuevo a un sentimiento que creía adormecido. Fue en ese instante que comprendí lo que un viaje puede hacer en el alma. Un viaje, más que moverte de un lugar a otro, te lleva al fondo de ti mismo, te obliga a reflexionar sobre lo que realmente quieres en la vida. De pronto entendí por qué Andrés había vuelto tan distinto de su tiempo en España,

porque yo también regresé transformada de Portugal. Ambos éramos versiones nuevas, moldeadas por nuestras propias experiencias.

Nos reconciliamos tras una conversación honesta. Andrés me confesó que su distancia había sido fruto del miedo. Tenía que volver a España, pero temía que al decírmelo yo sintiera presión de seguirlo, aunque, en el fondo, lo que más anhelaba era que yo lo acompañara. El miedo a que no compartiera su sueño lo había mantenido alejado, inseguro. Comprendí entonces la batalla interna que había estado librando: el temor de pedirme que dejara todo atrás por él. Nadie, mejor que Andrés, sabía lo duro que era desprenderse de tu hogar, de tu familia, de tus amigos. Lo había vivido en carne propia, y no quería que yo experimentara esa misma soledad, ese desarraigo que él había sentido durante tantos años.

Sin embargo, mi viaje a Funchal me había dejado claro algo muy importante: mi camino no estaba trazado por seguir a nadie, ni siquiera por amor. Decidí que mi deseo de ir al extranjero no era una respuesta a los anhelos de Andrés, sino el eco de mis propios sueños. Quería explorar el mundo, crecer a nivel personal e internacional, y asegurarme de que, cuando fuera mayor y mirara atrás, vería una vida llenita de intentos, desafíos y logros. Soñaba con contarle a una versión más vieja de mí misma que lo había intentado todo, que no dejé que mis miedos me frenaran, y que el mundo, en toda su vastedad, había sido mi maestro. Fue entonces cuando decidimos irnos juntos a vivir a Europa.

Días antes de nuestro viaje definitivo, Andrés organizó una cena especial en su casa. Mi familia al completo se reunió, y el ambiente estaba cargado de alegría, aunque no sabía entonces lo que iba a suceder. En medio de risas y anécdotas familiares, Andrés se levantó y, con un brillo en los ojos, hizo un anuncio que cambió el rumbo de la noche: se iba de Venezuela. Aunque todos sabíamos que su estadía en el país era temporal, escuchar esas palabras en voz alta hizo que el tiempo se detuviera por un instante. Mis padres quedaron desconcertados, con miradas de incredulidad en sus rostros. Fue entonces cuando Andrés sacó un anillo de compromiso de su bolsillo, y en ese momento, el mundo pareció desaparecer, quedando solo él y yo, bajo la luz suave de la cena familiar. Me propuso matrimonio, diciendo que quería llevarme con él a Europa.

Respondí que sí, absolutamente que sí aceptaba y el lugar estalló de alegría, era inevitable sentir que mi corazón latía acelerado, pero mi padre con su silencio por la sorpresa se levantó de la mesa, sin decir una palabra, y se apartó del lugar. Mientras mis hermanos, entre la euforia y las risas, grababan vídeos de nuestro compromiso, yo no podía dejar de sentir un vacío al notar la ausencia de mi padre. La preocupación se fue acumulando en mi pecho, hasta que finalmente pregunté dónde estaba.

Al cabo de poco tiempo, mi padre volvió. Su rostro aún reflejaba sorpresa, pero también serenidad. Con un tono tranquilo, habló:

—Yo también, un día, decidí dejar mi país y a mi familia en busca de una vida mejor. Me alegra que mi hija haya tomado esta decisión. Es parte de la vida…

El silencio que siguió a sus palabras llenó la habitación de una tensión evidente. Pero, continuó diciendo:

—Tengo emociones encontradas. Por un lado, mi hija ha crecido, ha madurado y está a punto de dar un gran paso en su vida. Pero, por otro lado, se va del país, y eso... —Su voz se quebró ligeramente, pero antes de que pudiera terminar la frase, me abrazó. Fue un abrazo fuerte, profundo, lleno de todo aquello que las palabras no pueden expresar. En ese instante, una lágrima escapó de mis ojos. Era difícil procesar tantas emociones al mismo tiempo: la euforia del compromiso y la tristeza inminente de la despedida.

Para romper la mezcla de sentimientos, mi padre tomó una copa y la levantó, diciendo:

—Les deseo toda la felicidad del mundo y sé que podrán enfrentar juntos lo que venga. Les doy mi bendición y espero con ansias el día de la boda.

Sus palabras, aún rebotan en mi cabeza, él que es de muy poco hablar de sentimientos, cuando le tocan el corazón, es capaz de decirlo todo. Al ver a mis hermanos y a Andrés, conmovidos, no pude evitar sonreír también. Sabíamos que estábamos a punto de dar un paso gigante, uno lleno de incertidumbre, pero también de esperanzas compartidas. Todos estábamos emocionados, era una mezcla rara entre dolor y alegría por la inminente despedida, tampoco no se podía evitar la ansiedad que venía con el gran cambio que nos esperaba.

Después de eso, comenzaron las despedidas. Hacíamos reuniones familiares, de amigos y antiguos compañeros de trabajo. Cada despedida traía consigo una oleada de nostalgia y emoción. Nadie te advierte lo difícil que es ese momento en el que conviertes tu vida en un par de maletas, cuando debes dejar todo atrás para adentrarte en un destino incierto, con miedo a lo desconocido, pero con la esperanza firme de alcanzar tus sueños.

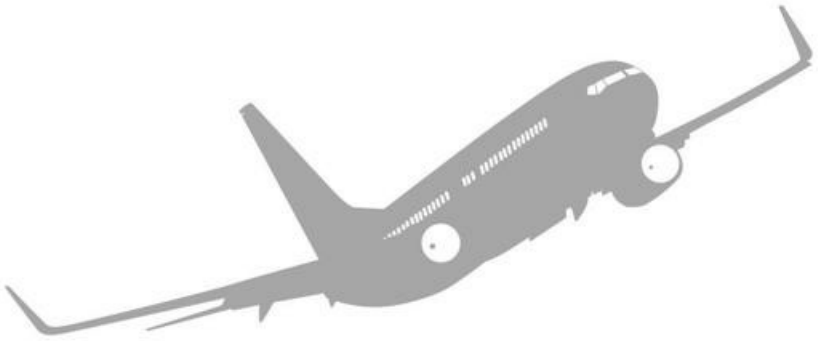
Esa experiencia me enseñó algo profundo: decir adiós es, en realidad, una puerta abierta a lo desconocido, una oportunidad para redescubrir quién eres y redefinir lo que deseas de verdad en la vida. La vida, después de todo, es una aventura llena de momentos difíciles, pero también de sorpresas maravillosas. Y fue en esa travesía, en ese cruce de caminos entre lo conocido y lo desconocido, donde encontré la fuerza para perseguir mis sueños, sabiendo que, aunque el camino fuera incierto, la recompensa sería inestimable.

Con el corazón lleno de emociones, me despedí de una etapa de mi vida, abrazando el futuro con esperanza. Porque, como bien decía aquella pequeña taza que aún guardo como amuleto, «la vida vuela». Y yo, finalmente, estaba lista para volar con ella.

Empacar mis cosas, cerrar las maletas y dejar atrás todo lo que conocía fue una de las experiencias más profundas de mi vida. Emigrar no solo implica dejar un lugar físico, sino desprenderse de la comodidad de lo familiar, de los rostros amados y de las rutinas que nos anclan. A pesar de la incertidumbre y el miedo, sentía una chispa de esperanza que iluminaba el camino hacia nuevas oportunidades.

Mi padre, con su historia de sacrificio y valentía, había sido mi guía silencioso, sin darse cuenta. Al igual que él, estaba dispuesta a enfrentar los desafíos, a trabajar duro por mis sueños y aprovechar cada oportunidad que la vida me ofreciera. Y aunque sabía que no sería fácil, también entendía que cada paso valdría la pena.

12



Volver a volar

Pasaron los meses, y antes de que me diera cuenta, me encontraba lista para embarcarme en un vuelo hacia Inglaterra, mi primer destino antes de buscar oportunidades en España. La misión allí era aprender inglés y, aunque había hecho muchos sacrificios para conseguirlo, aposté todo por dominar el idioma de manera fluida. Mi padre, una vez más, me acompañó al aeropuerto. Con su abrazo cargado de esa energía reconfortante, me surgió un pensamiento: mi padre siempre está en el primer día de mis saltos al vacío, como yo llamo a los nuevos comienzos. Esos comienzos cargados en dos maletas que no sabes realmente qué traerán consigo. Sabía que este viaje sería diferente; no era solo una aventura, sino una misión para alcanzar otra meta más.

Inglaterra me recibió con su clima frío y lluvioso, pero eso no me desanimó. Al llegar, al norte del país, me instalé en una acogedora casa de familia inglesa de origen hindú. Fue en ese hogar donde mi perspectiva del mundo cambió por completo.

Antes de mi viaje, me imaginaba viviendo con una familia inglesa típica: personas altas, rubias, de ojos claros, como los extranjeros que yo veía y que solían visitar la Gran Sabana en Venezuela. Sin embargo, al conocer no solo a esta familia, me di cuenta de la increíble diversidad cultural que existe en Inglaterra. Una mezcla de razas, la mayoría ciudadanos ingleses de nacimiento, pero con costumbres profundamente arraigadas en sus orígenes.

Esa familia fue lo mejor que me pudo haber pasado en mi primera experiencia en el extranjero.

No solo me enseñaron a ver el mundo de una manera diferente, sino que me dieron una de las lecciones más valiosas: todos cabemos en este mundo, sin distinción de fronteras.

A veces, los sueños que tenemos se ven tan claros, tan definidos, que no contemplamos las sorpresas que nos esperan en el camino. La realidad no es blanca o negra, si no que viene cargada de matices, para mostrarnos que lo verdaderamente bonito no siempre se ajusta a nuestras expectativas. Y es en esa inesperada realidad donde descubrimos las lecciones más profundas y los momentos más significativos.

Comencé mis clases al día siguiente. El curso era exigente, pero exactamente lo que necesitaba. Me sumergí completamente en el idioma, haciendo amigos de todo el mundo: chinos, japoneses, italianos, brasileros, rusos, franceses, si también había muchos latinos y españoles, que les daba pereza hablar inglés, pero yo estaba enfocada en ir practicando el idioma en cada oportunidad.

Durante esos seis meses, mi vida se transformó. No solo mejoré mi inglés, sino que también crecí como persona. Aprendí a adaptarme a nuevas culturas, a resolver problemas por mi cuenta y a ser constante. Cada pequeño logro, como entender una conversación rápida o escribir un ensayo sin errores, me acercaba más a mi objetivo.

Andrés y yo manteníamos el contacto. Él ya se encontraba en España, en casa de sus padres, buscando un apartamento para cuando yo volviera, nuestro nuevo refugio, bueno ese era el plan. Aunque a veces la distancia complicaba las cosas, sabíamos que, si nuestra relación sobrevivía a esta prueba, podría sobrevivir a cualquier cosa. Hablábamos de nuestros sueños, de los retos que enfrentábamos y de cómo esperábamos el día en que pudiéramos estar juntos de nuevo.

Finalmente, llegó el día de volver. Me sentía preparada para cualquier entrevista, segura de que mi dedicación había dado frutos. En el vuelo de regreso, sentí una mezcla de nostalgia por dejar Inglaterra y emoción por las oportunidades que se abrían ante mí. Mi mente seguía enfocada en mi meta «volver a volar».

Días después, envié nuevamente mi currículum a varias aerolíneas internacionales. En esa ocasión, con mucho valor y un inglés impecable. Sin embargo, la nueva realidad me sacudió nuevamente, como si la vida estaba preparada para darme un golpe en toda la cara: me rechazaron muchas solicitudes. Ninguna especificaba la razón, simplemente no era apta. Mi mente se debatía buscando razones, justificando el rechazo. Me ahogaba en mis pensamientos, atribuyendo los rechazos a mi edad —ya tenía treinta y un años— o a la altura —me faltaba un centímetro para cumplir con algunos requisitos—. Iba a los «Open Day», que son entrevistas a puertas abiertas, que duraban todo el día, mucha gente llegaba a los lugares donde convocaban la aerolínea para realizar las entrevistas, algunas veces tenía que moverme a otras ciudades, obviamente corriendo con todos los gastos, de tren, taxi y algunas veces hospedaje.

Fue una decepción increíble ver tantos requisitos que pedían algunas aerolíneas para poder volar en Europa: Pruebas de natación, hablar varios idiomas, no solo inglés y, sobre todo, tener la Licencia Europea, que no tenía. Me enteré de que debía hacer un curso inicial nuevamente para obtener dicha licencia. Aunque confiaba en mis conocimientos, debía repetir todo lo que había aprendido en Venezuela, solo con algunas diferencias en cuanto al reglamento europeo. El curso sería exigente y costoso.

Hice lo que no quería hacer, aquel coche que inicialmente me dio por sorpresa mi padre y que fui pagando poco a poco lo tuve que vender, de esta manera pude pagar los tres mil euros que pedía la escuela. Pensé que, paradójicamente, estaba repitiendo mi vida. Diez años después, volviendo a hacer el curso inicial de TCP como si nunca hubiese ejercido, mis compañeros de clases empezaban desde cero y yo prácticamente me sabía todo, me frustraba la idea de empezar

de nuevo, pero había que realizar aquel protocolo. Esta vez, el curso duró dos meses, sí, muy intensivos. No había tiempo que perder.

Andrés, buscando trabajo, tuvo algo de más suerte. Él ya tenía su licencia europea y solo tuvo que actualizarla, aunque tuvo que sacar una habilitación nueva. Pero al conseguir trabajo, le ofrecieron una buena oportunidad, un trabajo muy bien remunerado, con todos los gastos pagados para el curso de ingreso y la estadía, lo único malo, si se podía decir, era que el trabajo era al otro lado del planeta, en una isla de las Antillas Holandesas. Así fue cuando decidimos emprender el viaje juntos, la vida se empeñaba en separarnos. Bueno, la vida o nosotros, con nuestro empeño de lograr cada uno su sueño. Andrés me había pedido que dejara todo para irme con él, pero con el corazón en la mano rechacé su oferta, no estaba dispuesta a perder por todo lo que estaba luchando, además siempre pensando que sería todo temporal, pensando que podríamos llevar esto por un tiempo.

Después de tener mi licencia europea en mis manos, en un abrir y cerrar de ojos, me encontraba enviando nuevamente mis currículos. Aquella aerolínea de renombre que me rechazó hacía muchos años por no saber inglés, volvió a hacer convocatorias. Esa vez, aprobé todas las fases de las entrevistas. Con mi impecable inglés y mi licencia en mano, logré entrar a trabajar en lo que tanto había querido, en lo que tanto había soñado: vuelos trasatlánticos que daban la vuelta al mundo.

Uno de los beneficios por ser empleada de esa aerolínea, era tener el acceso a billetes ridículamente baratos, con que logré visitar a Andrés al menos una vez al mes, aprovechando esos pocos días libres que reuníamos para poder vernos. Él hacía lo mismo cada vez que podía.

Durante unos meses, intentamos retar la distancia, enfrentando la soledad que se siente cada atardecer cuando él no estaba a mi lado y lo frías que se volvían las sábanas en invierno. Cada despedida se hacía más larga y triste, como si un vacío extraño se instalara entre nosotros, un vacío que ni el vuelo más rápido podía llenar. Era una montaña rusa de emociones, con la alegría del reencuentro seguida de la profunda tristeza de la separación. Muchas veces me preguntaba; ¿Hasta qué punto una relación puede resistir a la distancia?

No podía creer que, después de tanto esfuerzo, de alcanzar lo que siempre había deseado, me encontrase enfrentando una realidad para la que no estaba preparada. Había alcanzado mi sueño, sí, pero ese logro vino acompañado de un vacío que no había anticipado. La soledad, esa compañera silenciosa, me sorprendió en medio de lo que debería haber sido mi victoria.

No entendía por qué los sueños alcanzados pueden revelarnos una verdad inesperada: que no siempre lo que anhelamos nos brinda la felicidad que imaginábamos.

Y ahí en la cúspide de mis sueños, pensé que estaba sacrificando el tiempo de estar a su lado. Fue entonces cuando mis sueños cambiaron; soñaba con que, algún día, podríamos volar juntos desde la misma base, desde la misma casa. Pero en ese momento, parecía un imposible.

Al mismo tiempo, lo que estaba viviendo era increíble. Despertaba en Londres, dormía en Cancún, y al poco tiempo estaba en Nueva York, Ámsterdam, Bogotá, São Paulo… En hoteles cinco estrellas, en lugares realmente increíbles. Estaba viviendo el sueño que siempre había tenido: Conocer el mundo y que me pagasen por ello, me hacía sentir una persona privilegiada.

Pero a los pocos meses, la euforia comenzó a desvanecerse, y lo que desde afuera parecía maravilloso empezó a sentirse monótono y agotador. Lo que al principio era la emoción de descubrir una nueva ciudad, se volvía una rutina extenuante. Después de la primera o segunda visita a cualquier lugar, solo quería dormir. El famoso *jetlag* comenzó a pasar factura, y mi cuerpo, exhausto por los constantes cambios de horario, clamaba por descanso. En mis días libres, me encontraba durmiendo hasta dieciocho horas sin parar, tratando de recuperar una

energía que nunca parecía suficiente.

No había un solo día en el que no me sintiera sola. Es una paradoja cruel: rodeada de cientos de personas en cada vuelo, voces que me pedían café, agua, mantas… y, sin embargo, dentro de mí, solo había un eco. Una especie de vacío que me acompañaba en cada despegue y en cada aterrizaje. Para muchos, volar es una aventura, un escape. Para mí, se había convertido en una jaula, una que estaba hecha de cielos despejados y zonas horarias rotas.

Hace poco, alguien me preguntó qué era el *jetlag*. «Solo un poco de cansancio, ¿no?», dijeron con esa sonrisa despreocupada. Me quedé callada, porque no sabía por dónde empezar. ¿Cómo le explicas a alguien que nunca ha cruzado cinco husos horarios en un solo día que no es solo estar cansada? Es como si te arrancaran del tiempo. Tu cuerpo no sabe si es de día o de noche, si deberías comer, dormir o simplemente desaparecer. Es una batalla constante con tu propio reloj interno, un reloj que siempre va fuera de ritmo.

Imagínate esto: estás en el aire durante catorce horas. El sol sube, baja, y luego vuelve a salir, pero tu cuerpo no tiene idea de qué está pasando. Llegas a tu destino y, mientras todo el mundo a tu alrededor sigue su día, tú sientes que vives en otro planeta. Los ojos te arden, tus pies están hinchados, y la cabeza... oh, la cabeza, es como si estuviera envuelta en niebla, incapaz de concentrarse en nada. El mundo a tu alrededor sigue girando, pero tú estás atrapada en esa pausa infinita, entre el agotamiento y la confusión.

Es como estar en una conversación constante con tu propio cuerpo, pero ninguno de los dos entiende el idioma del otro. El hambre aparece a medianoche, el sueño te abandona justo cuando más lo necesitas, y a veces... a veces solo quieres llorar de pura frustración. Pero no puedes. Porque al día siguiente te espera otro vuelo, y tienes que volver a sonreír.

La soledad… esa es otra historia. Imagina estar en una ciudad nueva cada semana, rodeada de gente, pero sin realmente estar con nadie. Ves los rostros de los pasajeros, de tus compañeros de tripulación, pero sus vidas siguen. Se bajan del avión y se reencuentran con sus seres queridos, van a sus casas, a sus rutinas. Y tú… tú te quedas. En un hotel frío, en una cama que no es la tuya, mirando al techo, esperando que llegue la hora en la que tu cuerpo finalmente se rinda y te permita dormir.

La gente comúnmente no entiende lo que es esta soledad. No es solo estar lejos de casa, es estar lejos de ti misma. Mi familia me llama, me mandan mensajes, me preguntan cómo estoy. Les digo que bien, que todo está en orden, pero a veces no sé qué responder. ¿Cómo les explico que he dejado de sentirme conectada con ellos? Que los quiero, pero no sé cómo volver a ser la Valeria que una vez conocieron. Estoy tan cansada que incluso las palabras me cuestan. Solo quiero descansar, pero el descanso verdadero me esquiva.

Mi cuerpo es una máquina que sigue moviéndose porque debe hacerlo. Pero mi mente... mi mente se queda atrás, en alguna ciudad que no puedo recordar. Y con cada vuelo, siento que pierdo un poco más de mí. Ya no sé quién soy cuando no estoy a bordo de un avión. Antes tenía sueños, planes. Ahora solo tengo horarios de vuelos y maletas que nunca se vacían.

No es que odie volar, pero me he dado cuenta de que hay un precio que no se ve desde fuera. Las personas me ven con mi uniforme, con una sonrisa impecable, pero no ven la fatiga que llevo bajo los ojos. No ven cómo me siento desmoronada cuando cierro la puerta de mi habitación de hotel y me quedo sola con mis pensamientos.

Esa soledad es lo peor de todo. Hay momentos en los que me siento más perdida que nunca. ¿Cómo le explicas a alguien que puedes estar rodeada de personas y sentirte completamente sola? Estás siempre en movimiento, pero nunca llegas a ningún lugar. Es una vida entre ciudades, entre vuelos, entre rostros que desaparecen tan rápido como llegan.

Y así es cada día. Me subo a otro avión, cruzo otro océano, y el mundo sigue su curso. Pero yo... yo solo sigo flotando, atrapada entre el cielo y la tierra, sin saber si alguna vez volveré a encontrar mi lugar.

Si alguna vez te encuentras con alguien que vuela como yo, no pienses que nuestra vida es solo *glamour* y viajes. Hay un costo, uno que pagamos con cada vuelo. Un costo que no se ve, pero que se siente en cada poro de nuestra piel.

El sueño de viajar por el mundo, de vivir una vida llena de aventuras y descubrimientos, comenzó a mostrar su lado oscuro. La realidad me volvió a golpear con fuerza, haciéndome ver que la soledad y el agotamiento eran el precio que pagaba por esa vida que se suponía que era de ensueño. Todo mi cuerpo se había convertido en un testimonio silencioso de esa lucha constante, una batalla entre el deseo de explorar y el anhelo de encontrar, por fin, un hogar.

Cuando se acercaba diciembre, el que solía ser mi mes favorito del año, me sentía más triste que nunca. La Navidad, una época que siempre había esperado con ilusión, se convirtió en un recordatorio doloroso de lo que realmente importa: la familia.

Andrés y yo no pudimos estar juntos esa Navidad. A él le tocó volar, y aunque las videollamadas nos mantenían en contacto, no era lo mismo. El tiempo estaba haciendo de las suyas y lo que más temía se hizo realidad. Nuestra relación empezó a enfriarse. Nos acostumbramos a la distancia, tanto que cuando estábamos juntos, se sentía diferente. Ya no éramos los mismos. Intentaba desesperadamente arreglarlo todo, deseando que con magia se solucionara. Quería tenerlo todo: la casa, el trabajo, el amor, la familia todo atado en el mismo punto geográfico. Pero la vida no es así de sencilla. Nos aferramos a la urgencia de vivir alcanzando nuestros sueños, pero ¿qué sucede cuando finalmente los alcanzamos? ¿Encaja? ¿Te gusta? Tal vez aparece otro sueño, y otro más, en una cadena interminable que deja poco tiempo para vivir realmente y alcanzar algo en ese futuro incierto.

La realidad era que, en los vuelos me encontraba cada vez más callada, limitándome solo a trabajar. Mis compañeros notaban mi actitud, distante y seria, algunos no paraban de preguntarme si estaba bien, a pesar de usar la falsa sonrisa de cortesía que obtenemos los tripulantes de cabina con el tiempo. En las horas de descanso, me refugiaba en la lectura, como si fuera el rincón más cómodo y seguro. Leer me llevaba a lugares que nunca había visitado, a vivir experiencias que no había tenido, y me obligaba a reflexionar. Reflexionaba sobre los sueños, sobre la soledad, y sobre lo que realmente significa alcanzar aquello que tanto deseamos y lo que estamos dispuestos a sacrificar para lograrlo.

Quizás, al final, la vida me estaba enseñando una lección que aún no había terminado de entender: que no solo se trata de alcanzar sueños, sino de aprender a vivir mientras los consigues, a pesar de toda su complejidad. Y mientras eso pasaba, me encontré con la soledad, quien me estaba dando las respuestas que tanto buscaba.

En ese momento, me encontraba en un laberinto de deseos y decepciones. He aprendido a ser resiliente, a levantarme una y otra vez, convencida de que cada obstáculo superado es un peldaño más en la escalera hacia mis metas. Pero en esta búsqueda incansable de éxito y logro personal, descubrí algo que no había anticipado: No todo tiene que ser perfecto, y eso está bien.

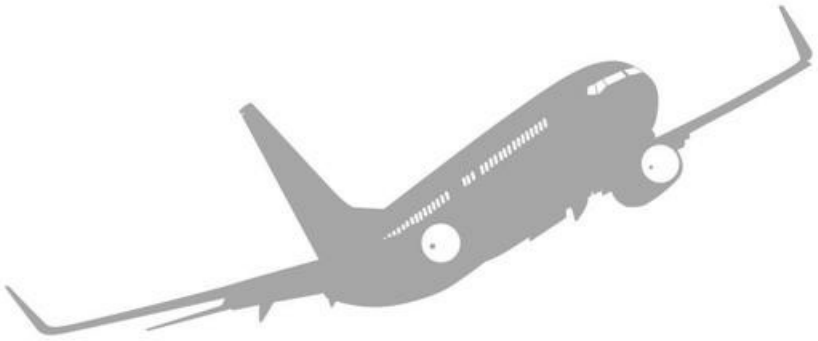
La soledad estaba ahí para enseñarme que es una paradoja. Es una presencia constante, invisible pero tangible, que me acompañaba en los momentos más altos de mi vida, cuando finalmente logré aquello que tanto anhelaba. La soledad me encontró en la cúspide de mis sueños, solo para darme cuenta de que la compañía que alguna vez me rodeó se había quedado atrás, sacrificada en el altar de mis ambiciones. Mis padres, mis hermanos, mis verdaderos amigos, mi país y mi amor, todo lo fui dejando atrás, atado en un puerto, para cuando tenga

tiempo para volver a verlos.

La «señora» soledad es, en este sentido, una terrible compañera, porque me recuerda lo que he perdido o dejado de lado en mi búsqueda de éxito. Pero es también, de alguna manera, una compañera necesaria. Me obliga a mirarme a mí misma, a reflexionar sobre mis prioridades, sobre lo que realmente importa en la vida. Me enseña que el verdadero éxito no se mide solo en términos de logros externos, sino también en la calidad de las relaciones que cultivo, en el amor y la conexión que comparto con los demás.

Así, en la encrucijada entre la realización de mis sueños y la soledad que a veces conlleva, he aprendido una lección crucial: la necesidad de equilibrio. La vida no solo se trata de alcanzar metas, sino de hacerlo sin perder de vista lo que realmente me hace humana: la capacidad de compartir mi viaje con otros, de encontrar consuelo y alegría en la compañía de quienes amo. Porque, al final del día, los sueños cumplidos solo tienen sentido si tengo con quién compartirlos.

13



París

Con un humor melancólico que me pesaba en el alma, la llamada de Paula fue como un rayito de sol en un día nublado de invierno. Paula, una de las compañeras más veteranas de la aerolínea, compartía conmigo algo más que nuestra fecha de cumpleaños; había entre nosotras una conexión inexplicable, como si el destino nos hubiera hecho coincidir en medio de esa inmensa aerolínea donde es casi imposible encontrarse con las mismas personas dos veces en seis meses. Desde el primer día, Paula y yo congeniamos de una manera poco común. En un ambiente donde los compañeros suelen ser distantes o, en el mejor de los casos, amistosa, pero sin llegar a ser confiable, nuestra relación se destacó por la cercanía genuina que surgió entre nosotras. Incluso fuera del trabajo, nos encontrábamos a menudo para charlar, como aquella vez que coincidimos en la cafetería del aeropuerto, donde me invitó a su casa dos días antes de Navidad.

Aquella invitación llegó como una válvula de escape en medio de la soledad que me envolvía. Ella vivía a pocos metros de la playa, en una casa que parecía respirar calidez en cada rincón. Desde la cocina se podía ver el salón, y más allá, un gran ventanal con vistas al mar, donde el sonido de las olas creaba el mejor fondo musical. Su esposo, siempre encantador, compartía con ella una complicidad que irradiaba amor y entendimiento, esa clase de conexión que pocas veces se encuentra y que todos anhelamos. Sus tres hijos pequeños correteaban por la casa, llenándola de risas, el sonido más puro que podía haber escuchado en semanas.

Mientras observaba aquella escena, una punzada de envidia se instaló en mi pecho, una envidia dulce, que, en lugar de criticar, susurraba deseos. «Ojalá algún día pueda tener esto», pensaba, aunque la realidad me golpeaba con fuerza: Andrés estaba a miles de kilómetros, y nuestra relación, que alguna vez fue un sueño compartido, se desmoronaba lentamente. Habíamos aplazado nuestra boda, congelado nuestras esperanzas mientras perseguíamos lo que creíamos que nos haría felices, pero la vida parecía conspirar en nuestra contra, separándonos más con cada decisión que tomábamos.

Paula, ajena a mis pensamientos, adelantaba la cena de Navidad. La casa estaba impregnada de un cálido aroma a galletas de jengibre, y los villancicos que sonaban de fondo le daban al ambiente un toque casi mágico. Recordé que de niña disfrutaba pasar tiempo con mi familia en estas fechas, añorando la alegría de mi papá encendiéndonos luces de véngala, oír las gaitas a todo volumen, mientras mi mamá preparaba el guiso para las hallacas. Pero mi trabajo como tripulante de cabina, desde hacía mucho tiempo, me había mantenido lejos de casa en más de una ocasión, no solo en Navidad, sino en cumpleaños, aniversarios y bodas. Mi familia aún estaba en Venezuela, y Andrés también se encontraba lejos. Pensar todo eso, me resultaba más doloroso que nunca.

Pero Paula, con su alegría contagiosa, me sacaba de mis nubes de pensamientos y siempre encontraba la manera de sacarme una sonrisa. Mientras me ofrecía una copa de vino, brindamos por la salud, el clásico brindis. Con una mirada pícara, me dijo en tono juguetón:

—Oye, te invité a que me ayudaras a preparar galletas de jengibre, y ya te has comido la mitad. ¡Pareces uno de mis hijos!

Ambas estallamos en carcajadas. La verdad era que, mientras flotaba en mis pensamientos, sin darme cuenta, me había comido casi media bandeja de galletas recién salidas del horno, estaba cautivada con el dulce aroma aún flotando en el aire.

De repente, su teléfono sonó, rompiendo el momento de risa. Observé cómo la expresión de Paula cambiaba al contestar. La ligereza de la conversación se desvaneció en un instante.

—Hola, sí, soy Paula —dijo, y su semblante se tornó serio mientras escuchaba en silencio al otro lado de la línea. Cuando colgó, sus ojos reflejaban una mezcla de tristeza y resignación.

—¿Qué pasó? —le pregunté, con el tono cargado de preocupación.

—Valeria, es un vuelo de emergencia a París mañana. Quieren que lo cubra —respondió Paula, visiblemente afectada—. No puedo creer que tenga que irme en Nochebuena, en Navidad.

Sabía cuánto significaba para ella pasar las fiestas con su familia, especialmente con sus tres pequeños, que aguardaban ansiosos la mañana de Navidad. La miré a los ojos, y en ese instante supe lo que tenía que hacer.

—Paula, yo lo tomaré por ti. Mañana también estoy libre —le dije, esbozando una sonrisa que intentaba transmitirle tranquilidad.

Paula me miró con sorpresa, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

—Valeria, no puedes. Es Nochebuena, es Navidad, y tú también mereces estar con los tuyos —respondió, de manera firme, mientras se secaba las lágrimas.

—Mis planes son flexibles, y tú tienes a tu familia aquí. No es justo que te alejes de ellos en estas fechas. Yo estoy sola y mi familia está muy lejos; puedo manejar esto —insistí, tomando su mano con suavidad—. Además, París siempre ha sido un sueño para mí. Puedo aprovechar la oportunidad de disfrutar la Navidad allí, ese siempre ha sido uno de mis sueños.

Paula intentó negarse, pero finalmente aceptó, aliviada y profundamente agradecida.

—No sé cómo agradecerte esto, Valeria —dijo, sus ojos llenos de sinceridad, reflejando un alivio que casi me hizo sentir que estaba regalando un poco de magia navideña.

—No tienes que agradecerme, Paula —respondí, sintiendo una calma inesperada, como si por primera vez en mucho tiempo algo dentro de mí encajara con la realidad que me rodeaba.

Esa noche, mientras ayudaba a Paula a ultimar los detalles para su cena de Navidad, una mezcla de emociones comenzó a invadirme. Sabía que París sería espectacular, con su aura mágica y sus luces resplandecientes, pero también era consciente de lo que implicaba pasar esas fechas en una ciudad desconocida, rodeada de extraños y sin el calor de los seres queridos.

Al día siguiente, me encontré en el avión, lista para el vuelo a París. Mientras la aeronave despegaba, mis pensamientos volaban de vuelta a Paula y su familia, imaginándolos compartiendo la cena, abriendo regalos y riendo juntos. Sentí una satisfacción cálida por haberles brindado esa oportunidad, un regalo que no tiene precio: el regalo de estar juntos.

París me recibió con su inigualable encanto, vestida de gala para la Navidad. Las luces brillaban en cada rincón, transformando la ciudad en un escenario de ensueño que parecía sacado de un cuento. Mientras caminaba por la calle, la melodía de *Douce nuit, sainte nuit* flotaba en el aire desde algún altavoz cercano, añadiendo un toque de magia a la atmósfera. Las tiendas estaban decoradas con esmero, familias enteras posaban felices con la Torre Eiffel como telón de fondo, y la gente, apresurada, cargaba grandes paquetes envueltos en papeles brillantes. La euforia navideña era palpable, una energía festiva que llenaba el ambiente, pero no lograba alcanzarme del todo. Algo dentro de mí permanecía vacío, distante, como si la felicidad que emanaba de cada esquina no pudiera desatar el nudo que sentía en la garganta.

Mientras observaba la majestuosa Torre Eiffel, que titilaba con tantas luces brillantes, las palabras de mi padre resonaron en mi mente, palabras que había escuchado una y otra vez antes de embarcarme en esta aventura. «Sabes cuándo te vas, pero no cuándo regresas; muchos de los horarios no son compatibles con la familia», solía decirme. Y con la sabiduría que solo los años otorgan, añadía: «Disfruta, vuela lo más alto que puedas, y el día que deje de gustarte, porque puede pasar, ponles caducidad a esos sueños, los adaptas o empieza otro. La vida no está para dejar de ser feliz…»

Mientras vagaba por las calles parisinas, esas palabras se volvieron más claras que nunca. París, la ciudad de las luces, de los sueños y del amor, me mostraba un lado de la vida que hasta entonces no había considerado con tanta lucidez. Ser tripulante de vuelos largos era un privilegio, una experiencia emocionante que pocos tienen, pero también tenía un costo elevado: me daba la falta de un hogar estable, la ausencia de esos abrazos familiares que tanto añoraba. Me di cuenta de que, en ese momento, no era la fascinante Ciudad de la Luz lo que anhelaba, sino la calidez de un hogar, el sonido de la risa compartida, la sencillez de estar cerca de quienes amo.

Durante mi pequeña estancia en París, me sumergí en una profunda reflexión sobre mi vida, sobre los sueños que había perseguido con tanto fervor y las prioridades que, en el proceso, había dejado relegadas. Aceptar el vuelo de Paula fue la decisión correcta, pero comprendí que había llegado el momento de reevaluar lo que realmente deseaba para mi futuro. A veces, alcanzar nuestros sueños no nos brinda la satisfacción que habíamos imaginado; en ocasiones, al llegar a ellos, descubrimos sombras en la realidad que antes pasaban desapercibidas.

En esos momentos de introspección, también recordaba a Alex, como si sus palabras susurraran en mi mente: «Así es la vida, un constante vaivén entre la ilusión y la realidad, entre el deseo y la consecuencia... Cada experiencia, ya sea dulce o amarga, es un paso más en nuestro recorrido, un capítulo más en nuestra historia personal».

Con mi soledad, yo misma me daba las respuestas a lo que estaba viviendo: aunque los sueños puedan transformarse en pesadillas, es precisamente en esos momentos cuando descubrimos

quiénes somos realmente y lo que verdaderamente valoramos. Porque, al final, no se trata solo de alcanzar nuestros sueños, sino de encontrar la felicidad en el trayecto, de aprender a ser felices a pesar de los desafíos, y de recordar siempre que la vida es un regalo, uno que no debemos dejar de disfrutar.

Todos tenemos sueños que nos impulsan y nos desafían. Los míos siempre habían estado en el cielo, en volar de un lugar a otro, explorando el mundo. Sin embargo, en París, en medio de la belleza y la soledad, llegué a un punto crucial en mi vida: comprendí que los sueños no deben implicar sacrificios innecesarios, y que el verdadero valor de un sueño radica en cómo se entrelaza con aquello que más amamos. Con ese dolor de tristeza en mi pecho, sentí como si la vida me estuviera gritando que la felicidad no está en los destinos que alcanzamos, sino en el camino, en la compañía con la que compartimos el viaje.

Fue entonces cuando sentí vibrar el bolsillo de mi abrigo. Era Andrés llamándome. Durante un instante, me quedé paralizada, dudando si debía responder. Estaba al borde de las lágrimas, y lo último que quería era preocuparlo. Dejé que la llamada se desvaneciera en el aire, y poco después, un mensaje de voz llegó a mi buzón. Con manos temblorosas, lo escuché de inmediato.

Su voz, apagada pero llena de ternura, resonó en mis oídos: «¿Ey, niña? ¿Dónde andas? Te llamaba para desearte una feliz Navidad. Te echo mucho de menos desde el otro lado del charco. Espero que la próxima Navidad estemos juntos. Bueno, la verdad es que me gustaría que fuéramos tres, ya sabes a lo que me refiero. Quería decírtelo, justo ahora que faltan pocos minutos para Navidad. Te quiero, a pesar de la distancia, a pesar de los días sin ti. Un besito».

Fue entonces cuando me rompí por completo. Las lágrimas que había estado conteniendo se desbordaron, y lloré como no lo había hecho en mucho tiempo. Cada sollozo liberaba el dolor reprimido, el peso de la soledad, el anhelo de su compañía. Su voz, justo en ese momento, era todo lo que necesitaba escuchar. Pero, a pesar del torrente de emociones, no fui capaz de devolver la llamada. ¿Qué podía decirle? ¿Te quiero, pero te dejo? No tenía las palabras. Con manos aún temblorosas, me sequé las lágrimas y le envié un mensaje de texto: «Hola, Andrés. Estoy en París, es una ciudad hermosa. Gracias por tu mensaje. Que tengas una feliz Navidad». Mensaje enviado.

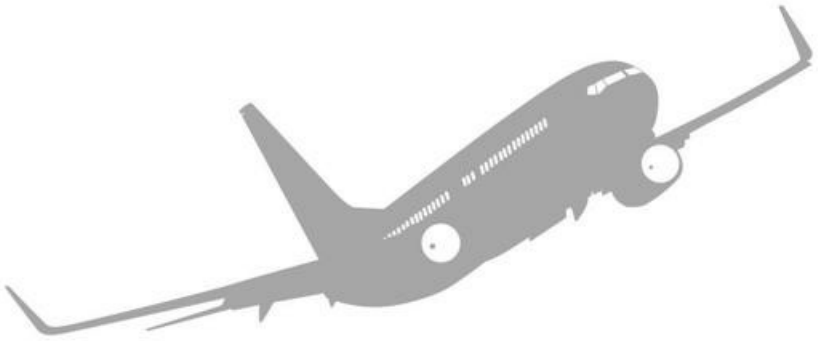
Qué mala costumbre la mía, esquivar las emociones cuando más necesito enfrentarlas. Puedo ser valiente en muchas cosas, pero en ese instante, mostrar lo rota que estaba por dentro era imposible. Me sequé las lágrimas y emprendí el camino de regreso al hotel. El resto de la tripulación estaba en alguna parte, quién sabe dónde, pero no quería molestar a nadie. Entré en mi habitación, amplia pero solitaria, y encendí la tele y busqué el vídeo de una chimenea en YouTube, apagué algunas luces, buscando darle un poco de calidez al espacio.

Decidí darme un baño. Llené la bañera con agua templada y vertí un poco de gel, dejando que las burbujas se formaran a mi alrededor. El suave sonido del agua cayendo rompía el silencio sepulcral de la habitación. Me sumergí en el baño, dejando que el agua me envolviera. La calidez me relajó, como si cada burbuja disolviera una pizca del peso que cargaba en el pecho. Llorar a los pies de la Torre Eiffel también había ayudado, como si ese llanto hubiera desatado el nudo que llevaba en la garganta desde hacía tanto tiempo.

Fue en ese momento, en medio de la calma, cuando me di cuenta de algo que había estado ignorando. Había cumplido un sueño, sí, pero la felicidad que esperaba encontrar no estaba allí. En lugar de sentirme plena, me sentía más vacía que nunca.

Ese vuelo a París me cambió la vida. Sentí como si hubiera tocado fondo, y ya no quedara más opción que subir. ¿Cómo se puede ser infeliz teniéndolo todo? Me preguntaba una y otra vez.

14



La carta

El regreso fue complicado; el mal tiempo nos retrasó varias horas el vuelo, y llegamos a la base mucho más tarde de lo previsto. Al entrar al apartamento que compartía con mis compañeras, solté esos tacones endemoniados que tanto odiaba. Ocho centímetros de tortura, solía llamarlos. El lugar estaba vacío, ninguna de mis compañeras había vuelto aún, y la soledad impregnaba cada rincón. Encendí la televisión solo para romper el silencio, mientras deshacía la maleta para luego preparar algo para comer.

Entonces vi la mesa de entrada, donde un puñado de sobres se amontonaba, probablemente recogidos por alguna de mis compañeras días antes. Comencé a abrir cada una de las cartas, y entre ellas, una me llamó la atención: era de mi padre. La carta decía:

¡Feliz Navidad, Valeria!

Probablemente te sorprenda recibir estas líneas, creo que es la primera vez que lo hago. Quiero aprovechar esta ocasión para desearte una muy feliz Navidad de una manera más tradicional, como en aquellos tiempos, cuando solo se enviaban cartas, y no con un mensaje instantáneo como es común ahora. Esta vez, quise hacerlo diferente.

Hace poco escuché a alguien en la televisión hablar de algo muy importante, pero que a menudo ignoramos, y por eso decidí enviarte esta reflexión:

El tiempo. El tiempo no perdona, Valeria, nunca se detiene. La única tranquilidad que tenemos es que es el mismo para todos. Es también uno de los conceptos más paradójicos: siempre ha estado presente, siempre ha existido, pero para muchas cosas parece que nunca hay suficiente. Por ejemplo, me encantaría leer todos los libros que existen, desde los más reconocidos hasta los menos conocidos, todos sin excepción. Pero no es posible, simplemente porque no hay tiempo.

También me gustaría visitar cada ciudad del mundo, explorar cada rincón de este planeta. ¿Pero sabes qué? Tampoco se puede, no hay tiempo.

Me encantaría aprender todos los idiomas, practicar cada deporte, fútbol, béisbol, tenis…, subir todas las montañas, ver todas las películas y hasta compartir un café con cada persona que he conocido a lo largo de mi vida. ¿Pero sabes algo...? Es imposible. No hay tiempo.

Mi deseo para ti esta Navidad es que, sin importar lo que estés viviendo, lo hagas para aprovechar tu tiempo al máximo, para realizar todo aquello que amas y para compartirlo con quienes realmente quieres. Porque al final, el tiempo es solo eso: tiempo.

Un fuerte abrazo, te quiero mucho,

Papá.

Las palabras de mi padre fueron como un golpe suave pero certero en el corazón. Aquella carta me hizo reflexionar más de lo que estaba preparada para admitir. En ese pequeño apartamento, con la televisión sonando de fondo y mi vida aparentemente en pausa, me di cuenta de algo muy simple: *estaba dejando que el tiempo pasara sin prestarle atención*. Y allí estaba mi padre, con su sabiduría práctica y directa, recordándome lo esencial: *no dejes que la vida te pase sin vivirla.*

Me quedé un rato sosteniendo la carta, como si esa hoja de papel tuviera el poder de responder todas mis preguntas existenciales. Luego, sin pensarlo demasiado, decidí que era el momento de hacer algo al respecto. Abrí mi correo y escribí un mensaje a la aerolínea pidiendo unos días libres. Era la primera vez que pedía vacaciones con tan poca anticipación, pero sentía que era lo correcto. A las pocas horas recibí la respuesta: mis vacaciones estaban aprobadas para el primero de enero.

Todo parecía alinearse de una manera inesperada, como si esa carta hubiera sido la chispa que necesitaba para reordenar mi vida.

A veces la vida es un caos, lo sé, pero también es en ese caos donde encuentro paz. Esa misma noche, antes de dormir, me encontraba haciéndome más preguntas de las que no tenía respuestas claras. ¿Quiero una casa? ¿Quiero hijos? ¿Qué quiero realmente? Y me di cuenta de algo muy liberador: *no necesito tenerlo todo claro, y eso está bien.* Algunas personas hacen planes y tienen todo bajo control, pero... yo no soy esas personas. Yo disfruto del cambio, de lo incierto. Hoy quiero vivir en la ciudad, mañana en la playa, y quién sabe, en un mes podría estar pensando en mudarme a la Luna. Y eso también está bien, eso no me asusta.

El fin de año llegó rápidamente, y con él, la sensación de que una etapa de mi vida estaba por concluir. Enero traería consigo una nueva oportunidad, un aire renovado para trazar nuevas metas y redefinir mis prioridades. Así fue como, al comenzar mis vacaciones, tomé un vuelo a las Antillas Holandesas, donde Andrés me esperaba. Lo abracé con todas mis fuerzas, sintiendo en su calidez la respuesta a tantas dudas.

Andrés, aunque había conseguido una gran oportunidad de trabajo, estaba ganando mucho dinero, me confesó que tampoco él era completamente feliz. Estaba cansado de la distancia, de estar solo, lejos de mí y de ver a sus padres envejecer sin poder estar cerca, de perderse los momentos importantes. Ambos estábamos agotados de depender de miles de kilómetros para

sentir el calor de un hogar.

Fue entonces cuando tomamos una gran decisión, unir nuestras prioridades para poder estar juntos, pase lo que pase. La decisión que cambiaría nuestras vidas para siempre, aunque en ese momento no sabía cuál sería. ¿Volver a los vuelos de corto radio? ¿Cambiar de profesión? ¿Mudarnos a otra ciudad? Quién sabe, lo único que teníamos claro era que formar una familia sería nuestra prioridad. El resto... se iría ajustando con el tiempo.

La vida comenzó a reconfigurarse para mí de una manera que jamás habría imaginado. Desde las aguas cristalinas, bajo un sol que hacía brillar la arena blanca y con el aire fresco del mar acariciando mi rostro, experimenté uno de los momentos más significativos de mi vida. Fue el comienzo de una nueva etapa, un capítulo en el que la felicidad se sentía tan tangible como las olas que acariciaban la orilla.

Reflexionando sobre este viaje, descubrí el poder transformador de vivir en el presente. Ahora entiendo mejor a mi padre y su forma de ver la vida. Valoro la libertad que me dio para elegir mi propio camino, para saborear la vida en toda su complejidad: a veces amarga, a veces dulce, pero siempre auténtica. Gracias a él, aprendí que el ahora es lo único que realmente poseemos, y que vivir plenamente en el presente es la clave para una vida verdadera.

Cada día con mi familia me recuerda que la verdadera riqueza no está en los logros individuales ni en los destinos lejanos, sino en esos momentos sencillos que compartimos, y en las conexiones humanas que forjamos. ¿De qué sirve alcanzar nuestros sueños si no hay risas compartidas, abrazos, ni noches de complicidad en casa? Esos son los tesoros que realmente valoro.

El tiempo, como el agua entre los dedos, es un recurso precioso y efímero que no podemos atrapar ni congelar. Pero lo que sí podemos hacer es aprovecharlo al máximo con quienes amamos.

Finalmente, comprendí que la vida es una serie de elecciones conscientes, y la verdadera sabiduría radica en equilibrar nuestros sueños con los deseos y necesidades de quienes nos importan.

No necesito volar para alcanzar el cielo, porque ya lo encontré dentro de mí misma, en esa paz y plenitud que tanto había buscado.

Fin

Agradecimientos

No podría haber recorrido este camino sin la compañía y el apoyo de quienes me rodean. A Pablo, Lucía y Alejandra, mis motores de vida, les agradezco por ser mi fuente inagotable de inspiración. Cada una de sus sonrisas, su amor y su paciencia han sido el faro que ha guiado cada palabra en este libro.

A mis padres y hermanos, gracias por enseñarme el valor del esfuerzo, los sueños y la perseverancia. Su amor ha sido el cimiento sobre el cual construí este sueño.

A Luise, Dani, Fran y Yoli, a pesar de la distancia que nos separa, la conexión que mantenemos me llena de fuerzas. Sus risas, sus palabras y su presencia en mi vida son tesoros que llevo conmigo a cada paso.

Finalmente, a ti, que estás leyendo estas palabras. Tu presencia en este viaje es el último ingrediente que da vida a todo lo que he escrito. Gracias, de corazón, por ser parte de esta aventura.

Si quieres estar al día de todas mis novedades, sígueme en mis redes sociales:



@nilsa_up

Biografía



Soy Nilsa Fernandes, nacida en Venezuela y graduada en Educación por la Universidad Central de Venezuela. Mi carrera profesional comenzó en las alturas, ejerciendo como tripulante de cabina durante 15 años, en vuelos que unían dos continentes: Latinoamérica y Europa. En esos años, descubrí que, aunque los aviones me ofrecían vistas asombrosas y encuentros fugaces con diferentes culturas, el viaje más profundo, el que realmente transforma, es el que realizamos al sumergirnos en las páginas de un buen libro.

La lectura y la escritura se convirtieron en mi refugio personal, mi forma de explorar más allá del horizonte físico. A través de ellas he podido viajar sin moverme, reflexionar sobre la vida y encontrar respuestas a preguntas que ni siquiera sabía que tenía. En las noches, cuando leo cuentos a mis hijas, veo en sus ojos la chispa que solo las historias pueden encender. Son esos momentos de conexión íntima, rodeados de palabras, los que me hacen entender el verdadero poder de la literatura: su capacidad de unirnos, de hacernos soñar y sentir en lo más profundo de nuestra humanidad.

En un mundo en el que las pantallas y las notificaciones parecen querer absorbernos, los libros son para mí una pausa necesaria. Leer y escribir no solo me permiten desconectar del ruido exterior, sino que también me ofrecen una manera de conectar con lo que verdaderamente importa. A través de las historias, encuentro una forma de comprenderme mejor a mí misma y a quienes me rodean, construyendo puentes invisibles entre corazones.

Escribir este libro ha sido uno de mis grandes sueños. Verlo ahora en tus manos es una experiencia que no solo me llena de satisfacción, sino también de gratitud. La protagonista de esta historia, Valeria, lleva en sí un pedacito de mí, y espero que también de ti, querido lector. Juntos, a través de sus páginas, podemos cuestionarnos y replantearnos la vida desde nuevas perspectivas.

Siempre he creído que los sueños no son lo que ves cuando duermes, sino aquello que te emociona tanto que te mantiene despierto.

[1] El DITCHING o rescate acuático, consiste en aquella práctica de evacuación a los pasajeros sobre el agua cuando se detecta o declara una situación de emergencia en el avión, de cualquier tipo. El ditching contempla lo relacionado con la evacuación efectiva de los pasajeros en el agua.

[2] Galley: Es la parte de un avión, donde se encuentra una especie de despensa donde se guarda todo para preparar el carrito para servir los aperitivos, la comida y bebida, durante el servicio a bordo.